MISTERIO DEL LADRON INVISIBLE



Enid Blyton

¿Quién es el misterioso ladrón que desaparece en la escena del crimen sin dejar rastro? ¿Qué significa esa extraña marca en el suelo y esas enormes huellas? Nada parece tener sentido. ¿Podrán los Cinco Pesquisidores y su perro «Buster» descubrir la identidad del ladrón invisible antes de que lo haga el señor Goon?



Enid Blyton

Misterio del ladrón invisible

Colección Misterio 08

ePub r1.0
gimli 13.02.14

Título original: *The Mystery of the Invisible Thief*
Enid Blyton, 1950
Traducción: Conchita Peraire del Molino
Ilustraciones: Carlos Freixas
Diseño de portada: Noiquet

Editor digital: gimli
ePub base r1.0



Prefacio

Éste es el octavo libro que nos cuenta las aventuras de nuestros cinco investigadores juveniles y el perro. Fatty, Larry, Daisy, Pip, Bets y «Buster», el «scottie», aparecen de nuevo ocupados en resolver otro misterio. El señor Goon también interviene, pero aunque el policía del pueblo se muestra más inteligente que de costumbre, no consigue alcanzar a Fatty y a los otros.

Esta obra, aun siendo la octava de la serie, constituye por sí sola una historia completa. Los otros siete libros son:

Misterio de la villa incendiada
Misterio del gato desaparecido
Misterio en la casa deshabitada
Misterio de los anónimos
Misterio del collar desaparecido
Misterio en la casa escondida
Misterio del gato comediante

Espero que disfrutéis con el «Misterio del ladrón invisible» tanto como disfrutasteis con los demás.

Con mis mejores deseos,

ENID BLYTON

Capítulo primero

Un día caluroso de verano

—¿Sabéis que ésta es la cuarta semana de las vacaciones de verano… la cuarta semana, fijaos… y aún no hemos «oído» hablar de ningún misterio? —exclamó Pip.

—Ni siquiera hemos olfateado ninguno —convino Fatty—. Caramba, cómo calienta el sol, «Buster», no jadees tan fuerte… que aún me da más calor.

«Buster» se arrastró hasta la sombra donde se tendió con pesadez. Mientras jadeaba tenía la lengua fuera, y Bets le acarició.

—¡Pobrecito «Buster»! Debe ser terrible tener que llevar abrigo con este tiempo… ¡y un abrigo que no puede desabrocharse ni entreabrirse!

—No le sugieras semejante cosa a «Buster» —replicó Fatty—. Estaría horrible.

—¡Oh…!, hace demasiado calor para reír —exclamó Daisy imaginándose a «Buster» queriendo desabrocharse su abrigo para dejarlo entreabierto.

—¡Aquí estamos los Cinco Pesquisidores y el perro —dijo Larry — sin nada que descubrir, nada que averiguar, y ocho semanas por delante! Fatty, se están desperdiciando las vacaciones. Aunque me parece que si tuviéramos un misterio yo tendría demasiado calor para pensar en pistas, sospechosos y demás.

Los cinco niños estaban tendidos sobre la hierba bañada por el sol. Todos llevaban la menos ropa posible, pero incluso así tenían calor. Ninguno podía soportar la proximidad del pobre «Buster» más de dos segundos, porque todo él irradiaba calor.

—¿A quién le toca ir a buscar la limonada? —preguntó Larry.

—Sabes muy bien que te toca a ti —replicó Daisy—. Siempre haces la misma pregunta cuando te corresponde ir a ti con la esperanza de que alguien vaya a buscarla fuera de turno. Ve a buscarla tú, perezoso.

Larry no se movió, y Fatty le empujó con el pie.

—Ve —le dijo—. Ahora todos tenemos sed. Levántate y ve a buscarla.

Una voz llegó hasta el jardín.

—¡Bets! ¿Llevas puesto el sombrero? ¿Y Pip?

Bets se apresuró a responder:

—Sí, mamá. Lo llevo puesto.

Pip la miraba con el ceño fruncido para advertirle que no dijera nada de él, pues como de costumbre, había olvidado su sombrero, pero su madre no se dejaba engañar.

—¿Y Pip? Pip, ven a buscar tu sombrero. ¿Quieres «volver» a coger una insolación?

—¡Maldición! —exclamó Pip levantándose, e inmediatamente Larry dijo lo que todos sabían que diría:

—Bueno, de paso cuando vuelvas puedes traer la limonada.

—Tienes un arte especial para no ir cuando te toca a ti —gruñó Pip, alejándose—. Si hubiera sido lo bastante rápido te hubiera dicho que me trajeras tú el sombrero al ir a buscar la limonada. Está bien, mamá. ¡«Ya voy»!

La limonada helada les reanimó a todos en seguida. En primer lugar tuvieron que sentarse, lo cual les hizo sentirse más despejados, y en segundo lugar Pip les trajo una noticia.

—Escuchad…, ¿sabéis lo que mamá acaba de decirme? —exclamó—. ¡El inspector Jenks va a venir esta tarde a Peterswood!

—¿«De veras»? —dijeron todos a una, muy interesados.

El inspector Jenks era un gran amigo suyo, y admiraba mucho a los Cinco Pesquisidores a causa de los numerosos misterios que habían resuelto.

—¿Y a qué viene? —quiso saber Fatty—. Oye…, ¿no habrá algún misterio por aquí, verdad?

—No, me temo que no —contestó Pip—. parece ser que su ahijada va a participar en el concurso hípico que se celebra en Petter's Field, y él ha prometido venir a verla.

—¡Oh…, qué desilusión! —exclamó Daisy—. Yo creí que tal vez estuviese sobre la pista de algún caso emocionante.

—Voto porque vayamos a saludarle —dijo Fatty, y todos estuvieron de acuerdo. Todos querían al robusto inspector de aspecto simpático, ojos astutos y brillantes y modales sencillos. Especialmente a Bets le gustaba mucho, y le consideraba la persona más inteligente, después de Fatty.

Comenzaron a hablar de los misterios que habían resuelto, y de cómo el inspector Jenks les había ayudado siempre animándoles.

—¿Os acordáis del collar desaparecido y de cómo lo encontramos? —dijo Larry—. ¡Y el misterio de la casa escondida fue superior!

—El más emocionante fue el misterio de la casa deshabitada —dijo Pip—. Caramba… nunca olvidaré cuando me subí al árbol junto a la enorme casa vacía… ¡y al mirar una habitación de arriba la vi toda amueblada!

—Nos hemos divertido bastante —intervino Fatty—. Sólo espero que no se haya acabado la diversión. Nunca estuvimos tanto tiempo durante las vacaciones sin un misterio que fuera necesario resolver. El cerebro se nos va a enmohecer.

—El tuyo nunca puede enmohecerse, Fatty —exclamó Bets con admiración—. ¡Las cosas que se te han ocurrido! ¡Y tus disfraces! No te has disfrazado todavía estas vacaciones. ¿No te habrás cansado ya?

—Cielos, no —replicó Fatty—. Pero en primer lugar hace demasiado calor… y por otra parte el viejo Goon está ausente, y el otro policía que ocupa su lugar nunca se sorprende por nada. Me alegraré cuando regrese Goon y oigamos su familiar «¡Largaos!». Y el bueno de «Buster» se alegrará también… echas de menos sus tobillos, ¿verdad, amigo «Buster»?

Bets rio.

—¡Oh… las veces que «Buster» ha danzado alrededor de los tobillos del señor Goon sin cesar de ladrar! La verdad es que «Buster» es muy malo con él.

—En eso tienes razón —dijo Fatty—. Espero que Goon vuelva y así «Buster» podrá hacer ejercicio corriendo a su alrededor.

«Buster» levantó la cabeza al oír su nombre, meneando la cola.

Aún jadeaba, y se aproximó a Fatty.

—Vete, «Buster» —le dijo Fatty—. Cuando te acercas, nos chamuscamos. En mi vida vi un perro tan caliente. Deberíamos atarle al cuello un ventilador o algo por el estilo.

—No hagas chistes —le suplicó Daisy—. Hace demasiado calor para reír. Ni siquiera sé cómo voy a poder andar hasta Petter's Field esta tarde para ver al inspector.

—Podríamos llevarnos la merienda e invitar al inspector y a su ahijada —dijo Fatty.

—¡Buena idea! —exclamó Daisy—. Así podríamos hablar con él. Tal vez tenga alguna novedad. Nunca se sabe. Al fin y al cabo, si hay algún caso nuevo, o algún misterio en el aire, es él quien debe saberlo antes que nadie.

—Se lo preguntaremos —dijo Fatty—. «Aparta», «Buster». Tu lengua me está goteando el cuello.

—Lo que necesitamos para divertirnos un poco es un misterio bien sabroso, y que Goon vuelva a hacerse un lío como siempre, mientras nosotros lo solucionamos todo —dijo Pip.

—Cualquier día de éstos, será Goon quien lo resuelva todo y nosotros los que nos hagamos un lío —exclamó Daisy.

—Oh, «no» —dijo Bets—. Es imposible que nos hagamos un lío si es Fatty quien se encarga de la investigación. —Los otros la miraron con disgusto…, excepto Fatty, naturalmente, quien adoptó un aire de superioridad.

—No des coba a Fatty, por amor de Dios —dijo Pip—. Siempre le estás alabando. Ahora nos contará alguna historia maravillosa de sus hazañas durante el último curso.

—Pues, a decir verdad, me olvidé de deciros que este último curso «ocurrió» algo realmente extraordinario —dijo Fatty—. Y fue lo siguiente…

—No sé el principio de esta historia, pero estoy seguro de conocer el final —comentó Larry.

Fatty estaba sorprendido.

—¿Cómo puedes saber el final si desconoces el principio? —preguntó.

—Es bien fácil si tiene que ver contigo —repuso Larry—. Estoy seguro de que el final será que tú resolviste ese suceso

extraordinario en dos minutos, cogiste al culpable, y fuiste vitoreado y aplaudido, y que tus notas fueron «tan brillantes como siempre». ¡Es bien fácil!

Fatty se abalanzó sobre Larry y los dos rodaron por la hierba mientras «Buster» ladraba excitado.

—Oh, basta —dijo Pip apartándose de su camino—. Hace demasiado calor para eso. Decidamos lo de esta tarde. ¿Vamos a llevarnos la merienda o no? Si hemos de llevarla, iré ahora a decírselo a mi madre. No le gusta que le demos prisa a última hora.

Larry y Fatty dejaron de pelearse y permanecieron tendidos boca arriba, jadeando y apartando a «Buster».

—Sí, claro que vamos a llevarnos la merienda —dijo Fatty—. Creí que ya estaba decidido. Claro que habrá merienda en el entoldado de Petter's Field, pero hará mucho calor dentro. Ya sabéis cómo son los entoldados. Nos llevaremos la nuestra y buscaremos al inspector. Estoy seguro de que le gusta merendar en los entoldados como a mí.

—Además del concurso hípico hay una exhibición canina —dijo Bets—. ¿No podríamos inscribir a «Buster»... o es demasiado tarde?

—El único premio que podría ganar hoy es el del perro más caluroso —dijo Fatty—. Ése lo ganaría a buen seguro. «Buster», «apártate». Pareces una estufa eléctrica.

—Será mejor que nos marchemos —dijo Larry levantándose con un gemido—. Se tarda el doble en llegar a casa con este calor... parece como si uno se arrastrase. ¡Vamos, Daisy, muévete!

Daisy y Larry bajaron la avenida y tomaron el camino de su casa. ¡Pip y Bets no tuvieron que moverse porque ya estaban en la suya! Fatty cogió su bicicleta y apoyó el pie en el pedal.

—¡«Buster»! —gritó—. Vamos. Te pondré en la cesta de mi bicicleta. Si vas corriendo hasta casa, te convertirás en una mancha de grasa.

«Buster» se acercó despacio con la lengua fuera como de costumbre. Vio el gato de la cocinera encima de la cerca, pero no se sintió con ánimos para seguirle. Daba lo mismo porque el gato también era incapaz de echar a correr.

—Fatty cogió a «Buster» y lo colocó en la cesta. «Buster» ya estaba acostumbrado, y había viajado muchos kilómetros de esta

manera con Fatty y los otros.

—Tendrás que adelgazar un poco, «Buster» —le dijo Fatty mientras pedaleaba por la avenida—, pesas demasiado. ¡La próxima vez que veas a Goon no podrás bailar a su alrededor, parecerás un pato!

En casa de Pip sonó una campanilla.

—La comida —dijo Pip incorporándose lentamente—. Vamos…, espero que haya ensalada y gelatina…, es todo lo que deseo. No nos olvidemos de pedir a mamá que nos prepare la merienda de esta tarde. Seguramente se alegrará de verse libre de nosotros.

¡Y así fue!

—¡Buena idea! —les dijo—. Pedir a la cocinera lo que queráis… y si os lleváis algo de beber, «haced el favor» de dejar hielo en la nevera. La última vez os lo llevasteis todo. Sí… desde luego que ir a merendar fuera es una idea estupenda… y yo pasaré una tarde tranquila.

Capítulo II

En la «gimkama»

Los cinco niños, y «Buster» naturalmente, se reunieron en Petter's Field a eso de las tres. El concurso hípico ya había comenzado, y los caballos se paseaban por todas partes. «Buster» no se separaba de Fatty. No le importaba pasar todo un día en un campo con uno o dos caballos, pero treinta o cuarenta galopando eran demasiados.

—¿Alguien ha visto al inspector? —preguntó Daisy, que llegaba con una gran cesta llena de víveres y bebidas.

—No, todavía no —dijo Fatty apartándose del camino para dejar paso a un caballo colosal montado por un niño muy pequeño—. ¿Es que aquí no hay ningún sitio por donde no pasen caballos? A «Buster» le va a dar un ataque al corazón de un momento a otro.

—Mirad allí —exclamó Bets riendo—. ¿Veis esa mujer que está en ese tiro de anillas o lo que sea? ¡Podría ser Fatty disfrazado!

Todos miraron comprendiendo al punto lo que Bets había querido decir. La mujer de aquel barracón llevaba un sombrero con toda clase de flores, una falda voluminosa, un chal de seda sobre los hombros, y tenía los pies muy grandes.

—¡Fatty podría disfrazarse así maravillosamente! —comentó Daisy—. ¿Es una mujer de verdad… o alguien disfrazado?

—¡Es el inspector Jenks disfrazado! —exclamó Bets riendo, y se sobresaltó cuando alguien la tocó en el hombro.

—¿Qué estabas diciendo de mí? —le dijo una voz familiar, y los cinco se volvieron en seguida con la sonrisa en el rostro. ¡Conocían muy bien aquella voz!

—¡Inspector Jenks! —exclamó Bets, radiante—. Escuche, antes

de que nadie se adelante…, ¿le gustaría merendar con nosotros… y traer también a su ahijada, naturalmente? Hemos traído muchas cosas.

—Eso parece —replicó el inspector Jenks contemplando las grandes cestas—. Vaya, me preguntaba si os vería aquí. Sí, me encantará merendar con vosotros… y a Hilaria también… es mi ahijada. Bueno, Pesquisidores… ¿algún misterio? ¿En qué andáis trabajando actualmente?

Fatty hizo una mueca.

—En nada, inspector. Ahora no hay ningún misterio en Peterswood. Han pasado ya cuatro semanas de las vacaciones y nada. Estamos perdiendo miserablemente el tiempo.

—Y Goon no está, ¿verdad? —dijo el inspector—. De manera que tampoco podéis provocarle… la vida debe resultaros muy aburrida. Aunque esperad a que vuelva… vendrá con muchas ínfulas. Creo que ha estado haciendo un cursillo de repaso.

—¿Qué es un cursillo de repaso? —preguntó Bets.

—Oh…, pues se trata de un cursillo para aumentar sus conocimientos policiales para refrescar su memoria y aprender algunos trucos nuevos —dijo el inspector—. Cuando vuelva querrá poner en práctica todo lo que haya aprendido. ¡Cuidado, Federico!

—Me suena extraño cuando llama usted a Fatty por su verdadero nombre —dijo Bets—. Ooooh, Fatty… esperemos que no haya ningún misterio para que el señor Goon no lo resuelva antes que nosotros.

—No seas tonta —le dijo Pip—. Nosotros siempre seremos mejores que el señor Goon. Es una lástima que no haya ocurrido nada durante su ausencia… hubiéramos podido solucionarlo antes de su regreso, y sin sus interrupciones.

—Aquí está mi ahijada —exclamó el inspector volviéndose para sonreír a la niña que llevaba pantalones y chaqueta de montar—. Hola, Hilaria. ¿Aún no has ganado ningún premio?

Hilaria iba montada en un «pony» incapaz de estarse quieto, y «Buster» se apartó.

—Hola, tío —dijo Hilaria—. Voy a correr ahora. Aún no he ganado nada. ¿Quieres venir a verme?

—Claro —replicó el inspector—. Déjame que te presente a estos

cinco amigos míos… que me han ayudado en más de un caso difícil. Quieren que tú y yo merendemos con ellos. ¿Qué te parece?

—Sí. Me gustaría mucho —dijo Hilaria tratando de detener a su montura para que no tropezase con un anciano caballero—. Gracias.

El «pony» por poco pisa a «Buster», que lanzó un aullido. El inquieto animal soltó un relincho e Hilaria le pegó. No cesaba de menear la cabeza y le quitó el sombrero al inspector…

—Oh…, lo siento —dijo Hilaria—. Me temo que «Bonny» es un poco fresco.

—Estoy plenamente de acuerdo —repuso el inspector recogiendo su sombrero antes de que «Bonny» pudiera pisotearlo—. Está bien, Hilaria… ahora iré a verte montar… y cuando hayas terminado merendaremos todos juntos.

Hilaria se alejó subiendo y bajando sobre su montura mientras sus cabellos revoloteaban bajo su gorra de «jockey». «Buster» se sintió aliviado al verla marchar, y se aventuró a salir de detrás de Fatty al ver a un amigo suyo con quien se dispuso a pasar un rato…, pero con tantos caballos de distintos tamaños y colores no se sentía seguro.

Realmente fue una tarde muy agradable. El policía que había reemplazado a Goon mientras éste estaba de vacaciones permanecía de pie en una esquina donde había sombra y ni siquiera reconoció al inspector cuando pasó ante él. Cierto que el inspector vestía de paisano, pero Bets creía que «ella» le hubiera reconocido a un kilómetro de distancia aunque fuera en traje de baño.

—Buenas tardes, Tonks —dijo el inspector al pasar ante el policía, quien reaccionó en seguida y después pudieron verle yendo de un lado a otro muy atareado. ¡El inspector allí!, ¿ocurría algo? ¿Habría rateros… o alguna clase de delincuentes? Tonks se puso ojo avizor en seguida olvidándose de permanecer cómodamente a la sombra.

Hilaria no ganó ningún premio. La verdad es que «Bonny» no se portó muy bien. Se asustó por algo y casi se abalanza sobre los jueces, que desde aquel momento le miraron desfavorablemente. Hilaria estaba muy desilusionada.

Fue a reunirse con ellos en una esquina sombreada para merendar y trajo a «Bonny» con ella. «Buster» gruñó. ¡Vaya… otra

vez aquel odioso caballo! «Bonny» dirigió el morro hacia él y el perro se apresuró a esconderse en una tienda cercana, escurriéndose por debajo de la lona.

Hilaria era muy tímida y apenas pronunciaba palabra, y no soltaba las riendas de «Bonny», con lo que hacía muy bien, porque «Bonny» era en realidad un caballito muy curioso, y Daisy no cesaba de vigilar las cestas de la merienda.

El inspector charlaba alegremente, pero los niños estaban decepcionados porque no tenían ningún caso para ellos ni ningún misterio que investigar.

—Es una de esas temporadas en las que no ocurre nada —dijo el inspector Jenks dando un mordisco a un bocadillo de huevo y lechuga con buen apetito—. Ni robos, ni estafas, ni delitos de ninguna clase. Todo está tranquilo.

Agitó el bocadillo en el aire al hablar y «Bonny» casi se lo arrebata de la mano. Todos se echaron a reír ante la sorpresa del inspector.

—¡Pues por poco se comete un robo! —exclamó Daisy. Hilaria reprendió a «Bonny», que se alejó hacia otro grupo que estaba merendando. «Buster» asomó el hocico por debajo de la lona de la tienda, pero decidió no salir aún para tomar parte en la reunión.

¡Y mientras ocurría todo esto es cuando surgió el misterio en plena merienda campestre! Nadie lo esperaba, ni nadie lo comprendió al principio.

Pip estaba mirando por casualidad hacia el lugar donde Tonks, el policía, se hallaba de pie junto a la tienda de la Cruz Roja, adonde acababa de llevar a cierta persona que se había desmayado debido al fuerte sol. Permanecía allí, en pie, secándose la frente, probablemente pensando que él iba a ser el siguiente en desmayarse, cuando un hombre se le acercó rápidamente. Parecía un jardinero o asistente.

Estuvo hablando con el señor Tonks, quien en seguida sacó su cuaderno de notas negro, se humedeció el pulgar y fue volviendo páginas hasta encontrar una en blanco. Luego comenzó a escribir afanosamente.

Pip vio todo esto, pero no le dio importancia, pero luego Tonks dirigióse hacia donde el inspector Jenks estaba sentado con los

Cinco Pesquisidores e Hilaria.

—Perdone que le interrumpa, inspector —le dijo—. Pero se ha cometido un robo en pleno día en Peterswood, y tengo que ir a investigar. Parece bastante serio.

—Iré con usted —repuso el inspector ante la desilusión de los niños. Miró a su alrededor—. Lo siento —dijo—. ¡El deber me llama! Puede que ya no vuelva a veros si he de regresar directamente a mi oficina. Gracias por la espléndida merienda. Adiós, Hilaria. Has montado muy bien.

Al volverse, tropezó con «Bonny», quien al retroceder arrastró a Hilaria que sujetaba sus riendas. Aprovechando la confusión general Fatty habló con el señor Tonks:

—¿Dónde se ha cometido el robo? —quiso saber.

—En «Villa Norton» —replicó el señor Tonks—. Está arriba de la colina.

—No la conozco —dijo Fatty decepcionado, y se puso en pie para hablar con el inspector.

—¿Puedo ir con usted? Er… puede que le sea útil.

—Lo siento, Federico… ahora no puedes acompañarme —repuso el inspector—. Supongo que será un trabajo fácil… muy por bajo de tus facultades… ¡Si no lo fuese así… bueno, ya tendrías oportunidad de intervenir, no lo dudes!

Se marchó con Tonks. Fatty les contempló con pesar. Ahora ellos serían los primeros en enterarse de todo… lo verían todo, y repararían en todo. ¡Y cuando regresara Goon y Tonks le pusiera al corriente, él lo terminaría colocándose una pluma en su gorra!

Fatty volvió a sentarse. ¡Si pudiera ir a «Villa Norton» por su cuenta a echar un vistazo! Pero ahora no podía hacerlo… al inspector le molestaría verle allí después de haberle dicho que no fuera y, desde luego, que los colonos no le permitirían la entrada si iba después de que el inspector se hubiese marchado.

—No importa, Fatty —le dijo Bets al ver su desilusión—. Supongo que será un robo sin complicaciones. ¡Nada interesante… ni misterioso!

Entonces ocurrió algo sorprendente. ¡Hilaria se echó a llorar! Sollozaba ruidosamente y las lágrimas resbalaban por sus gordezuelas mejillas.

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal? —le preguntó Daisy, alarmada.

—No. ¡Oh…, pobre de mí…, es «mi» casa la que han robado! —sollozó Hilaria—. Yo vivo en «Villa Norton». Tío Jenks debe haberse olvidado de donde vivo. ¡Oh!, ¿qué voy a hacer?

Fatty aprovechó la ocasión al punto y rodeó con su brazo a Hilaria.

—¡Vamos, vamos! —le dijo sacando de su bolsillo un pañuelo inmaculado para que la niña se secara las lágrimas—. No te preocupes. Yo mismo te acompañaré a casa y cuidaré de ti. ¡Incluso registraré toda la casa para asegurarme de que no queda ningún ladrón!

—Oh, gracias —dijo Hilaria—. No me gustaría tener que volver sola a casa.

—Será mejor que aguardemos un poco para que tu padrino tenga tiempo de echar un vistazo —dijo Fatty, quien no deseaba tropezarse con el inspector, si podía evitarlo—. Luego iremos… ¡y yo cuidaré de que no te ocurra nada, Hilaria!

Capítulo III

Fatty aprovecha la oportunidad

Los otros miraron a Fatty con admiración. Siempre se salía con la suya de una manera u otra. Él deseaba con todas sus fuerzas registrar la casa robada, el inspector no le permitió que le acompañara…, pero ahora podría ir para llevar a Hilaria, ¡y nadie tendría derecho a decirle nada!

—No puedo ir todavía —sollozó Hilaria—. Tengo que montar una vez más. No me dejarás, ¿verdad? ¿Me «llevarás» a casa? Verás, mis padres no están, y allí sólo está Jinny…, que es nuestra ama de llaves.

¡Mejor que mejor! En ausencia de sus padres Fatty estaba seguro de poder husmear cuanto quisiera. Larry y Pip le miraron con cierta envidia.

—Nosotros también acompañaremos a Hilaria a su casa —dijo Larry.

—Será mejor que no vengáis —repuso Fatty—. Muchas manos en un plato… etcétera, etcétera.

Hilaria le miró preguntándose qué habría querido decir, pero los niños lo sabían muy bien. La pequeña comenzó a llorar de nuevo.

—Estoy pensando en mis trofeos —explicó entre sollozos—. Las copas que he ganado en los concursos hípicos. Tengo muchas, y el ladrón puede habérselas llevado.

Estos comentarios sobre sus premios sorprendieron bastante a los niños, quienes no tenían gran opinión de las habilidades hípicas de Hilaria y «Bonny». Fatty le dio unas palmaditas en la espalda volviendo a entregarle su enorme pañuelo.

—Subiré contigo a tu habitación para ver si están todas tus cosas

—le dijo Fatty, muy satisfecho al pensar que de esta manera podría realizar un buen registro—. Y ahora no llores más, Hilaria.

Bets sentía ciertos celos. ¡Qué tonta era Hilaria! ¿Por qué Fatty se preocupaba tanto por ella? Seguro que se hubiera avergonzado si ella se comportase de aquella manera.

—Yo también iré, Fatty —dijo Bets—. Y Fatty iba ya a decirle que no, cuando pensó que probablemente sería una buena idea dejar que Bets les acompañase… así Hilaria podría enseñarle esto o aquello… y él escabullirse sin que le viera realizar el registro solo.

—De acuerdo, Bets —exclamó—. Puedes venir… así harás compañía a Hilaria.

Bets estaba contenta. ¡Ahora aquella tonta de Hilaria no podría acaparar a Fatty… de eso se encargaba ella!

Una voz potente comenzó a anunciar por el campo: «Clase 22, hagan el favor de ocupar sus puestos. Clase 22».

—Ésa es mi clase —dijo Hilaria poniéndose en pie. Se encasquetó la gorra y se secó los ojos. «Bonny» estaba nervioso. Deseaba correr ahora que veía en movimiento a varios caballos. ¡Había merendado tanto como los niños! Era un experto en meter el hocico en las cestas.

Hilaria se alejó con «Bonny» llevando todavía en su rostro la huella de las lágrimas, y Fatty miró a su alrededor con aire triunfante al tiempo que les guiñaba un ojo a sus compañeros.

—A pesar de todo asistiré a la representación —dijo—. Siento que vosotros no podáis venir, Pip, Larry y Daisy… pero todos no podemos ir a la casa. Se daría cuenta de nuestras intenciones. Bets puede serme útil porque distraerá la atención de Hilaria mientras yo echo un vistazo.

Bets asintió. Estaba orgullosa de poder ir con Fatty.

—¿Iremos después de que Hilaria haya montado? —le preguntó.

Fatty estuvo reflexionando. Sí… seguramente después Tonks y el inspector ya se habrían ido.

Así que, después de que la Clase 22 hubo competido en el concurso e Hilaria ganado la copa de plata ante la sorpresa de todos, Fatty, Bets y los demás se marcharon acompañados de una Hilaria muy risueña.

Iba montada sobre «Bonny», que ahora que había ganado

parecía algo más sensato. Los demás caminaron tras ella hasta llegar al camino donde Larry y Daisy tenían que dejarles. Un poco más adelante se despidió Pip para dirigirse a su casa, y Fatty y Bets subieron la colina con Hilaria. «Buster» iba muy tranquilo junto a los talones de Fatty sin perder de vista las patas de «Bonny», pensando para sus adentros que los caballos habían sido dotados de demasiadas pezuñas.



Llegaron a «Villa Norton». El automóvil del inspector seguía aún allí. ¡Maldición! Por suerte Hilaria no quiso entrar por la puerta principal, sino ir primero a los establos, que estaban detrás de la casa, para dejar a «Bonny».

—¿No le cepillas antes de dejarle? —le preguntó Fatty—. A mí me encantaría hacerlo, Hilaria. Te has cansado mucho esta tarde.

Hilaria pensó que Fatty era el niño más simpático que había conocido en su vida. ¡Mira que ocurrírsele una cosa así! ¡No hubiera quedado tan impresionada de haber sabido que Fatty trataba desesperadamente de permanecer en los establos hasta que el inspector se marchase!

Fatty cuidó del «pony» tan a conciencia, que incluso Hilaria estaba sorprendida. Bets y «Buster» le observaban aburridos.

—Ve a ver si se han ido ya —le susurró Fatty, inclinando la cabeza en dirección al jardín.

Bets desapareció, no tardando en volver. Hizo un gesto de asentimiento y Fatty se enderezó, aliviado. ¡Ahora podría dejar de trabajar en aquel «pony» gordo e inquieto!

—Ahora vamos a la casa para ver qué es lo que ha ocurrido exactamente —dijo Fatty a Hilaria—. Espero que tu ama de llaves esté aquí. Ella nos lo contará todo. Y luego debes enseñar a Bets todos los premios que has ganado. Le encantará verlos. ¿No es verdad, Bets?

—Sí —repuso la niña sin gran entusiasmo.

—Tú también debes verlos, Fatty —dijo Hilaria, y él asintió resignado.

—Vamos —dijo Hilaria echando a andar por un largo camino que atravesaba el jardín en dirección a la casa, que era muy bonita, cuadrada y con muchas ventanas. Estaba rodeada de árboles y por eso no se veía desde la carretera.

Entraron por la puerta posterior, y una mujer que estaba allí, al verles lanzó un chillido de miedo.

—¡Oh, cielos! ¡Oh, es usted, señorita Hilaria! Estoy tan nerviosa, que creo que gritaría al ver mi propia imagen reflejada en un espejo.

Fatty la observó. Era una mujer bajita y rechoncha, de ojos brillantes, boca sensible y buen humor. Le gustó. La mujer se sentó en una silla y comenzó a abanicarse.

—Me he enterado de lo del robo —dijo Hilaria—. Jinny; este niño me ha traído a casa y esta niña se llama Bets. Son amigos de mi padrino, el inspector Jenks.

—¿Oh, sí? —exclamó Jinny, y Fatty comprendió que en el acto se habían ganado su estimación—. Ah, el inspector Jenks es un

hombre muy correcto. Tan paciente y amable. Lo registró todo una y otra vez. ¡Y las preguntas que me hizo! ¡Vaya, nunca creí que nadie pudiera lanzarlas de esa manera!

—Debe haber sido un gran golpe para usted, Jinny —le dijo Fatty con su tono más cortés y simpático. Tenía una voz maravillosa para esos matices, y Bets le contempló con admiración—. Yo también lo siento por la pobre señorita Hilaria, y creí mi deber acompañarla a casa.

—Muy caballero por su parte —replicó Jinny, pensando que Fatty era el niño más simpático que conociera en su vida—. La señorita Hilaria es muy nerviosa. ¡Y yo también lo seré después de esto!

—Oh, no necesita serlo —dijo Fatty—. Los ladrones pocas veces vuelven dos veces al mismo sitio. Cuéntenos todo lo ocurrido… si no es demasiada molestia.

Jinny no se hubiera cansado de contarlo ni siquiera cien veces, y comenzó en seguida:

—Pues yo estaba aquí sentada, medio dormida, con mi labor de punto sobre mis rodillas… a eso de las cuatro, creo que serían. Y pensaba para mí: «Tendría que levantarme y poner a hervir la tetera», cuando oí un ruido.

—¡Ooooh! —exclamó Hilaria con voz débil.

—¿Qué clase de ruido? —preguntó Fatty, deseando poder sacar su libreta de notas para anotarlo todo. No obstante, si él olvidaba alguna cosa, Bets la recordaría.

—Una especie de estruendo —dijo Jinny—. Y sonó en algún lugar del jardín, como si alguien hubiera arrojado algo por una ventana y hubiera caído en el jardín.

—Continúe —le animó Fatty mientras Bets e Hilaria escuchaban interesadas.

—Luego oí toser en el piso de arriba —dijo Jinny—. Era una tos de hombre y fue contenida rápidamente como si no quisiera que se oyera. ¡Eso me espabiló, os lo aseguro! «¡Un hombre!» —me dije para mí—. «¡Y arriba! No es posible que el señor haya vuelto… y de todas maneras ésa no es su tos». De manera que me levanté y grité al pie de la escalera: «¡Si ahí arriba hay alguien que no debiera estar, voy a llamar a la policía!».

Se detuvo para mirar a sus oyentes, agradecida por su gran interés.

—Fue usted muy, muy valiente —dijo Fatty—. ¿Y qué ocurrió después?

—Pues… de pronto vi una escalera fuera —continuó Jinny disfrutando intensamente—. Parecía la escalera del jardinero… y estaba apoyada en la pared donde está la habitación de la señora. Y yo me dije: «¡Ajá! Señor ladrón, esté donde esté, he de verle bajar por la escalera». ¡Y bien que me fijaré! ¡Si tiene un juanete en el pie yo lo veré, o si es bizco le podré reconocer otra vez! Sé lo importante que es fijarse en todos los detalles que se pueda, ¿comprendéis?

—Muy cierto —dijo Fatty en tono de aprobación—. ¿Y cómo «era» el ladrón?

—No lo sé —replicó Jinny, desconcertada—. ¡No llegó a bajar por esa escalera!

Hubo una pausa.

—Bueno…, ¿entonces por dónde salió de la casa? —preguntó Fatty—. ¿No le oyó usted?

—Ni el menor ruido —dijo Jinny—. Yo estaba de pie en el recibidor, por eso sé que no bajó por la escalera… y no hay otra en la casa. Y allí me quedé temblando, no me importa confesarlo… hasta que vi el teléfono ante mí. ¡Lo cogí y llamé a la policía!

—Continúe —dijo Fatty—. ¿Qué le ocurrió al ladrón? ¿Estaba aún arriba?

—Pues cuando terminaba de telefonear llegó el panadero y yo le grité: «¡Eh, usted, venga aquí y suba arriba conmigo! Hay un ladrón en la casa». Y el panadero, que es un hombre muy, muy valiente, aunque muy bajito… entró en la casa y recorrimos todas las habitaciones sin encontrar a nadie. ¡A nadie!

—Debió escapar por otra ventana —dijo Fatty al fin.

—¡Imposible! —exclamó Jinny en tono de triunfo—. Todas estaban cerradas, o lo suficientemente altas para que se matase el que intentara saltar. Os aseguro que tuvo que bajar por la escalera o por la que estaba apoyada contra la pared… ¡pero no bajó por ninguna de las dos! ¡Ése sí que es un buen acertijo!

—Bien, entonces aún debe estar aquí —dijo Fatty e Hilaria lanzó

un grito.

—No está aquí —replicó Jinny—. El inspector ha mirado en todos los agujeros y rincones, incluso en el arcón de la habitación de su mamá, señorita Hilaria. Les diré lo que «yo» creo… ¡se hizo invisible! Oh, ríanse cuanto quieran…, ¿pero cómo si no pudo marcharse sin que yo le viera?

Capítulo IV

Muchas pistas

Fatty hizo muchas preguntas a Jinny que ella tuvo sumo gusto en contestar. Hilaria se aburría.

—Subid arriba para ver mis trofeos —dijo—. Jinny, «ésos» no los han robado, ¿verdad?

—¡No, querida señorita Hilaria… no se han llevado ninguno! —repuso Jinny para tranquilizarla—. Fui a mirarlo puesto que sé cuánto los aprecia. Lo que ha desaparecido son cosas como el relojito de plata de su mamá, algunas de sus joyas que dejó aquí y la pitillera de su padre. Todo estaba en los dormitorios… no se llevaron nada de la planta baja, que yo sepa.

—Vamos, Bets —dijo Hilaria arrastrando a Bets fuera de la habitación—. Vamos arriba. Tú ven también, Fatty.

Fatty obedeció de buen grado, e Hilaria se adelantó dándole ocasión de poder susurrar al oído de Bets:

—Tienes que fingir gran interés, Bets, ¿comprendes? Eso me dará una oportunidad de escabullirme para echar un vistazo.

Bets asintió. Se aburría con Hilaria, pero hubiera hecho cualquier cosa por Fatty. Fueron todos arriba, e Hilaria les condujo a su dormitorio. Bets quedó asombrada al ver la cantidad de copas y otros premios que había ganado, y comenzó en seguida a hacerle preguntas para que Fatty pudiera marcharse.

—¿Dónde ganaste esta copa? ¿Qué es esto? ¿Por qué hay dos copas exactamente iguales? ¿Qué dice la inscripción de esta copa?

Hilaria estaba deseando explicárselo todo y Fatty sonrió. Pronto pudo escabullirse con «Buster» pegado a sus talones para examinar todos los dormitorios. Observó que en la mayoría de las

habitaciones las ventanas estaban cerradas y atrancadas como Jinny había dicho. En el dormitorio de los padres de Hilaria había una abierta. Fatty se asomó viendo una escalera apoyada contra el muro que llegaba hasta el suelo.

«Ésta debe ser la escalera que Jinny vio por la ventana del recibidor —pensó Fatty—. Yo mismo la vi al dirigirme a la escalera. ¿Cómo pudo bajar el ladrón del piso de arriba sin ser visto, si Jinny no le vio ni en esta escalera ni en la otra? No es posible que esté aún aquí porque los objetos robados han desaparecido… y de todas maneras la casa debe haber sido registrada a conciencia por el inspector y Tonks».

Fue a ver si había alguna otra ventana o balcón por el que el ladrón pudiera haberse marchado sin ser visto, pero no lo encontró.

Fatty concentró su atención en el dormitorio donde habían robado. En la pared, y junto a la ventana había unas grandes huellas de dedos sucios que Fatty estudió con interés.

—El ladrón llevaba guantes… y muy sucios por cierto —se dijo —. ¡Bueno, no puede ser un ladrón muy experto habiendo dejado semejantes huellas! Será mejor que las mida.

Fatty las midió.

—Un individuo de manos muy grandes —dijo—. Por lo menos calza un ocho y medio de guantes, y probablemente un nueve. Sí, yo diría que un nueve. Hola, aquí también ha dejado sus huellas… encima del tocador.

Allí estaban de nuevo las mismas marcas enormes, y Fatty las contempló pensativo. Sería fácil identificar al ladrón… la verdad es que tenía las manos muy grandes.

Volvió junto a la ventana y se asomó sobre la escalera.

—Subió por esta escalera… no le importaba la planta baja… y luego arrojó el botín desde aquí…, ¿dónde aterrizaría? Supongo que allí sobre aquel parterre. Bajaré a mirar. Pero, sin embargo, «no bajó» por aquí. ¿Por qué? ¿Tuvo miedo de que le viese Jinny? Sabía que ella estaba en la casa porque la oyó gritar.

Fatty reflexionó intensamente. ¿Cómo diantre pudo bajar el ladrón sin ser visto? Cierto que podía haber saltado por las otras ventanas, pero con el riesgo de romperse una pierna, porque había de dar un salto hasta alcanzar el suelo… no había hiedra a la que

agarrarse, ni balcón desde el que descolgarse. Fatty volvió a recorrer el piso superior de la casa muy intrigado.

—Llegó a un cuartito pequeño… muy pequeño, con una ventanita que estaba cerrada. Fatty la abrió para mirar abajo. En el exterior había una tubería, que llegaba hasta el suelo.

«Vaya… "si" la ventana hubiera estado abierta en vez de cerrada… y "si" el ladrón fuese incluso más pequeño que yo… para poder pasar por esta ventana tan pequeña… hubiera podido llegar al suelo bajando por la tubería —pensó Fatty—. Pero la ventana estaba cerrada y Jinny dijo que todas lo estaban excepto la de la escalera y alguna otra desde la que nadie podría saltar».

Bajó la escalera oyendo cómo Hilaria seguía hablando satisfecha de sus trofeos. A Bets no se le oía ni una palabra en absoluto. ¡Pobrecilla! ¡La verdad es que era un encanto!

—¿Qué es eso? —exclamó Jinny asustada al oír bajar a Fatty por la escalera.

—Soy yo —dijo Fatty—. Jinny, es un verdadero misterio el que el ladrón se marchase sin ser visto, ¿verdad? Sobre todo cuando debe tratarse de un individuo bastante corpulento a juzgar por el tamaño de sus manos. He estado mirando todas las ventanas, y sólo hay una que tiene una tubería que llega hasta el suelo… la del cuartito pequeño… es una ventanita muy pequeña. ¿Estaba cerrada?

—Oh, sí —replicó Jinny—. El inspector me hizo la misma pregunta. Dijo que él también la encontró cerrada. Y tiene usted razón, señorito… el ladrón no pudo pasar por esa ventana tan pequeña siendo tan corpulento. Debiera ver las huellas de sus pies en el parterre… ¡son como de gigante!

—Iré a verlas, si no le importa —dijo Fatty. Jinny no tuvo inconveniente… estaba satisfecha de poder hacer cualquier cosa por aquel niño tan simpático y educado. ¡No se ven niños así todos los días, lo cual es una lástima!

Fatty salió al jardín yendo hasta el lugar donde la escalera estaba apoyada contra la casa, y miró el parterre de debajo. Allí había muchas pisadas… ¡cierto que el ladrón tenía los pies tan grandes como sus manos!

«Calza un cuarenta y cinco o cuarenta y seis —pensó Fatty—.

¡Um! ¿Dónde está mi cinta métrica?».



Fatty midió una huella anotándola en su cuaderno de notas. Hizo también un dibujo del talón de goma que el ladrón llevaba en sus botas… y que se veía claramente en las pisadas.

Luego fue al lugar donde el ladrón había arrojado los objetos

robados. Fueron lanzados bastante lejos de la escalera y cayeron sobre un arbusto. Fatty lo examinó para ver si lograba encontrar algo. Estaba seguro de no lograrlo porque el inspector ya lo había registrado… y Fatty sentía un gran respeto por la habilidad del inspector Jenks para descubrir cualquier pista que pudiera haber.

Encontró una marca muy curiosa… grande, redonda, con una serie de líneas entrecruzadas aquí y allí. ¿Qué pudo arrojar el ladrón para dejar una huella semejante? Fue a preguntárselo a Jinny.

—Ah, el inspector también me lo preguntó —dijo—. Y no supe qué decirle. Que yo sepa no se han llevado nada tan grande. Yo también he visto esa marca… y no sé qué pudo hacerla. Es una marca extraña… redonda y tan grande… ¡es tan grande como mi palangana de lavar!

Fatty había medido la extraña marca y la dibujó en su cuaderno con las rayas entrecruzadas aquí y allí. Extraño. ¿Qué podría ser? Debía tener alguna relación con aquel robo.

Cerró su cuaderno. Ya no había nada más que examinar ni descubrir, estaba seguro. También estaba seguro de que no había descubierto nada que no viera antes el inspector… ¡probablemente mucho menos que él! Si el inspector había descubierto algo interesante se lo había llevado consigo. ¡Qué lástima que Fatty no hubiera estado allí con él cuando fue con Tonks!

«Supongo que no será un gran misterio —pensó Fatty subiendo la escalera con "Buster" para buscar a Bets—. Seguramente un ladrón tan corpulento como éste no será difícil de encontrar. ¡No me sorprendería que el inspector ya le hubiera detenido!».

Aquel pasatiempo era descorazonador. Fatty fue al dormitorio de Hilaria y sonrió al ver la cara de aburrimiento de la pobre Bets. Ella le devolvió la sonrisa.

—¡Oh, Fatty…!, ¿ya es hora de irnos? Hilaria me ha estado explicando cómo ganó todos sus trofeos.

—Sí —dijo Hilaria muy satisfecha de sí misma—. ¿Quieres que ahora te lo cuente a «ti», Fatty? Mira, éste…

—Oh, ya lo he oído antes —dijo Fatty—. ¡Eres maravillosa, Hilaria! ¡Pensar que has ganado todas esas copas! La verdad es que debes estar muy orgullosa.

—Oh, bueno… —dijo Hilaria tratando de parecer modesta—. Mira, éste lo gané…

Fatty miró a su reloj y lanzó tal exclamación que Bets pegó un respingo e Hilaria se detuvo al instante sobresaltada.

—¡Cielo santo! ¡«Mira» qué hora es! Tendré que dejar tus trofeos para otro día, Hilaria. Bets… he de llevarte a casa… te van a reñir mucho si llegas tarde.

Hilaria parecía decepcionada. Estaba dispuesta a contar la historia de sus victorias otra vez. Bets estaba encantada al ver que Fatty se disponía a marchar.

—Muchísimas gracias, Hilaria, por haberme hecho pasar tan buen rato —dijo Bets en tono cortés pero poco sincero. Fatty dio unas palmaditas en el hombro de Hilaria diciéndole cuánto se había alegrado de conocerla. Hilaria sonrió satisfecha.

Fue con ellos hasta la puerta del jardín y les fue diciendo adiós con la mano hasta que se perdieron de vista. Bets exhaló un suspiro de alivio cuando doblaron la esquina y ya no pudieron verla.

—¡Oh, Fatty!… ¿has descubierto algo? ¿Es un misterio? —le preguntó con ansiedad—. ¡Cuéntame!

—No creo que lo sea —replicó Fatty—. Se trata sólo de un robo vulgar, con un par de detalles curiosos… pero supongo que el inspector y Tonks tendrán más información que la que yo tengo hasta ahora, puesto que llegaron primero. Iré a ver a Tonks. Tal vez pueda decirme algo.

—¿Por qué no le preguntas al inspector? —dijo Bets cuando enfilaban el camino de su casa.

—Er… no… creo que no —dijo Fatty—. No quiero que sepa que he ido a inspeccionar a pesar de todo. A Tonks es a quien he de interrogar. Iré a verle mañana. Dile a Pip que le pasaré a buscar a las once.

Acompañó a Bets hasta la puerta de su casa y le dio las buenas noches.

—Y muchísimas gracias por ayudarme —le dijo—. Sé que estabas aburrida… pero no podía marcharme sin echar una ojeada… has sido una gran ayuda.

—Entonces no me importa haberme aburrido —le dijo Bets—. ¡Oh…, no quiero volver a oír hablar en mi vida de trofeos de

concursos hípicos!

Capítulo V

Tonks proporciona cierta información

Fatty regresó a su casa, dirigiéndose al cobertizo del fondo del jardín donde guardaba sus más preciosos tesoros.

Paseó su mirada por los diversos cajones y cajas de su cobertizo. Allí guardaba sus disfraces… ropas usadas de todas clases, sombreros, zapatos y bufandas raídas. ¡Allí tenía una caja llena de cosas curiosas que no quería que su madre encontrase y las tirase!

Dientes postizos para colocar encima de los suyos… mofletes para desfigurar su rostro… cejas de todos colores… pelucas que le sentaban y pelucas que no eran de su medida, bigotes grandes y pequeños. ¡Oh, Fatty poseía una colección interesantísima en su cobertizo al fondo del jardín!

Contempló sus pertenencias.

«Me gustaría disfrazarme —pensó—. Lo haré cuando regrese Goon. No resulta muy divertido disfrazarse cuando no hay ningún misterio, o no está aquí Goon para regañarme. Quisiera saber cuándo volverá. Mañana se lo preguntaré a Tonks».

A la mañana siguiente a eso de las diez se fue a ver a Tonks. «Buster» corría junto a su bicicleta, pues Fatty comprendió que estaba demasiado gordo… y que un poco de ejercicio le vendría bien. Así que el pobre «Buster» jadeaba tras su bicicleta con la lengua colgando ora por un lado de su boca, ora por otro.

Fatty llamó a la puerta.

—¡Adelante! —dijo una voz y Fatty entró.

Tonks estaba revisando un montón de papeles y al entrar Fatty, el robusto policía alzó la cabeza e hizo un gesto de asentimiento.

—¡Ah!… es el señorito Federico Trotteville, ¿no? Un buen amigo

del inspector, ¿verdad? Ayer me estuvo contando algunas de las cosas que usted ha hecho.

Aquello parecía un buen comienzo. Fatty se sentó.

—No sé si estará usted demasiado ocupado para dedicarme un minuto —dijo—. Anoche acompañé a su casa a la señorita Hilaria… estaba tan asustada la pobrecilla… ya sabe… la ahijada del inspector.

—Oh… eso es lo que quiso decir cuando exclamó de pronto: «¡Cielos, "Villa Norton"… ésa es la casa de Hilaria!» —dijo el policía—. Yo no me atreví a preguntarle.

—Creo que cuando se fue con usted no se había dado cuenta de que era la casa de su ahijada la que habían robado —dijo Fatty—. De todas formas, estaba tan asustada que la acompañé a su casa. Naturalmente eché un vistazo… y quisiera saber si habré descubierto algo que pueda serle de utilidad.

—No lo creo —replicó Tonks—. No es que yo sea gran cosa resolviendo casos… nunca lo he sido… pero el inspector estuvo allí, ¿comprende, señorito?, y a «él» no se le pasan muchas cosas por alto. No obstante, ha sido usted muy amable al venir a ofrecerme su ayuda.

—No tiene importancia —repuso Fatty en su tono más cortés—. Y… ¿encontraron ustedes algo interesante?

—Oh… sólo huellas dactilares… o mejor dicho huellas de guantes… de zapatos —dijo Tonks—. Lo mismo que usted, supongo. Parece que el ladrón era un tipo muy corpulento. Y también supo emprender bien la retirada… nadie le vio salir, ni nadie le encontró en la colina… ¡debía ser invisible!

Fatty rio.

—Eso es lo que dijo Jinny. Es de suponer que un individuo tan corpulento como éste llevando un paquete o un saco al hombro, debía llamar la atención, ¿no le parece? Es una lástima que el panadero no le viese cuando fue a entregar el pan.

—Sí. Nunca ve nada —replicó Tonks—. Debo reconocer que fue muy valiente al subir arriba con Jinny para registrarlo todo… es un tipo bajito que no hubiera podido hacer nada ante un individuo tan corpulento. Anoche fui a verle. Reconoce que su llegada sorprendió al ladrón, que por lo visto no había robado nada, que yo sepa.

—¿Fue alguien más a «Villa Norton» aquella tarde? —preguntó Fatty.

—El cartero, una mujer repartiendo impresos para las elecciones y un hombre vendiendo leña, según dijo… Jinny —explicó Tonks—. Les hemos visto a todos… no observaron nada fuera de lo normal, ni siquiera la escalera de mano. De todas formas llegaron mucho antes que el ladrón.

—¿Dónde estaba el jardinero? —quiso saber Fatty.

—Había ido a llevar algunas cosas al concurso hípico para la señorita Hilaria —dijo Tonks—. Regresó cuando acababa de ocurrir. El panadero le envió para que me comunicara el robo, de manera que volvió de nuevo a Petter's Field.

Fatty guardó silencio. Aquel ladrón era muy extraño… alto, corpulento, fácil de ver… ¡no obstante, invisible, al parecer! Nadie le había visto.

—¿Encontraron ustedes alguna otra pista? —preguntó Fatty, y Tonks le miró dudando. Ya le había dicho bastante a aquel niño tan cortés y educado, pero ¿es que debía contárselo todo?

—No es necesario que se preocupe por lo que me diga —le dijo Fatty viendo que Tonks tenía algo más que decir, pero que no se atrevía—. Soy amigo del inspector…, usted ya lo sabe. Y todo lo que hago es ayudar si está en mi mano.

—Sí, lo sé —replicó Tonks—. El inspector dijo: «¡Bueno, bueno… si nosotros no conseguimos encontrar al ladrón, estoy seguro de que el señorito Federico lo logrará, Tonks!».

—Pues ahí tiene —dijo Fatty sonriendo—. «Ustedes» aún no lo han encontrado… así que deme una oportunidad, Tonks.

El policía sacó dos trozos de papel sucio y los entregó a Fatty, quien los contempló con interés. En uno estaba escrito:

2 Frinton

El otro aún más breve. Decía simplemente:

1 Rods.

—¿Qué significan? —preguntó Fatty estudiando los dos fragmentos de papel.

—No sabemos mucho más que usted —dijo Tonks, recogiéndolos —. El número 2 de Frinton. Y el número 1 de Rods. Parecen direcciones. ¡Pero no pienso ir ni a Frinton ni a Rods, estén donde estén, para buscar al ladrón! Encontramos esos pedazos de papel cerca del arbusto donde arrojaron los objetos robados.

—Es curioso —dijo Fatty—. ¿Y usted cree que realmente tiene alguna relación con el caso? Parecen pedazos de papel rotos por cualquiera y arrojados al aire.

—Eso es lo que dije yo —convino Tonks—. De todas formas, tenemos que guardarlos por si tuvieran importancia.

Fatty comprendió que ya no iba a sacar nada más de Tonks y se puso en pie.

—Bueno… le deseo buena suerte para encontrar al ladrón —dijo —. ¡Me parece que la única manera de descubrirle es mirar por todas partes hasta ver a un hombre que calce guantes del nueve y zapatos del cuarenta y cinco!

Tonks sonrió de repente.

—Bueno…, si al señor Goon le gusta eso, sea bien venido, se encargará del caso cuando regrese. Le agradará tener algo que hacer en este rincón aburrido. Yo estoy acostumbrado a las grandes ciudades… y no me gustan los lugares campestres y tranquilos como éste, donde lo único que ocurre es que un perro persigue a las ovejas, o un hombre no adquiere la licencia para su aparato de radio.

Fatty hubiera podido decirle a Tonks lo equivocado que estaba contándole todos los extraordinarios y emocionantes misterios que habían ocurrido en Peterswood…, pero no lo hizo porque el policía inesperadamente le proporcionó noticias de Goon.

—¿Dijo usted que el señor Goon iba a regresar? —preguntó—. ¿Cuándo?

—Parece usted muy contento —dijo Tonks—. He oído decir que ustedes dos no se podían ver. Regresa esta tarde. Y pondré el caso en sus manos. No quiero tener nada más que ver con esto. De todas formas, Goon pronto le echará el guante al ladrón… que no puede andar muy lejos.

Fatty miró el reloj que había encima de la repisa de la chimenea. Tenía que marcharse para no hacer esperar a los otros. Había

averiguado todo lo que deseaba saber… aunque en realidad no le servía de gran ayuda. ¡Y Goon iba a regresar! El viejo Goon. El Ahuyentador con sus modales pomposos y su antagonismo hacia los Cinco Pesquisidores y sus andanzas… para no nombrar a «Buster».

Los otros le aguardaban en el jardín de Pip. Hacía mucho calor y estaban tendidos a la sombra bebiendo limonada helada.

—Aquí está Fatty —dijo Pip al oír el timbre de su bicicleta cuando Fatty se acercaba a sesenta kilómetros por hora por la avenida—. ¿Cómo podrá ir a esa velocidad con este calor?

Pero Fatty era portador de noticias y no pensó en el calor ni una sola vez cuando se acercaba por el jardín para reunirse con los otros. Dejó su bicicleta y les miró muy sonriente.

—Goon vuelve —dijo—. ¡Esta misma tarde! Y se encargará del caso del ladrón invisible…, así que tendremos diversión.

Todos se incorporaron al punto.

—Ésa es una buena noticia —exclamó Larry, quien siempre disfrutaba pudiendo competir con Goon—. ¿Entonces has visto a Tonks? ¿Te ha dicho algo nuevo?

Fatty se sentó.

—No mucho —fue su respuesta—. En realidad él y el inspector no descubrieron mucho más que yo. Os diré en un minuto lo que descubrí ayer… si es que Bets no os lo ha contado aún.

No, Bets no les había dicho nada. Pensó que era Fatty quien debía explicarlo todo…, de manera que sacó su cuaderno de notas y revisó todos los detalles del nuevo caso.

Les contó cómo estaba colocada la escalera de mano… las grandes huellas de pisadas que había en el parterre de debajo… y las igualmente grandes huellas de guantes en el dormitorio del piso de arriba… el modo en que fueron arrojados los objetos robados… y la huida del ladrón, al parecer completamente invisible.

—Sólo pudo escapar por dos sitios…, bajando por la escalera de mano o por la de la casa —dijo Fatty—. Y Jinny, el ama de llaves, estaba en el recibidor desde donde podía verlas a las dos… y jura que no bajó nadie ni por la una ni por la otra.

—Entonces debió salir por una de las ventanas de arriba —dijo Pip.

Todas estaban cerradas, o hay demasiada altura para saltar —

replicó Fatty—. Sólo hay una que pudo utilizar… y ésa es una ventanilla diminuta de un cuartito pequeño… desde allí sale una cañería que llega hasta el suelo. Cualquiera pudo deslizarse por ella… ¡si era lo bastante pequeño como para salir por esa ventana! Pero… esa ventana estaba cerrada y atrancada cuando Jinny subió a registrar esa parte de la casa.

—¡Hum…!, bueno, ningún ladrón puede salir por una ventana, deslizarse por una cañería y luego cerrar y atrancar la ventana… desde fuera —dijo Pip—. Es un poco complicado, ¿no? Jinny tiene razón… ¡ese hombre es invisible!

—Bueno, si es así, pronto volverá a actuar —dijo Larry—. ¡Quiero decir… que un ladrón invisible tiene una gran ventaja!

Fatty rio y se dispuso a mostrarle su cuaderno de notas con los dibujos de las huellas de pisadas y de los guantes… y la marca curiosa de forma circular y ligeras rayas entrecruzadas.

—¿No podéis decirme qué es lo que dejó «esta» marca? —preguntó—. Estaba cerca del arbusto donde fueron arrojados los objetos robados. Y mirad…, ¿qué os parece esto?

Y les enseñó las dos direcciones… si es que eran direcciones… que también había en su cuaderno.

—El número 2 de Frinton. Y el número 1 de Rods —dijo—. Estas palabras y estos números fueron encontrados en dos pedazos de papel sucio cerca del arbusto. ¿Qué diantres significan?

—Frinton —dijo Bets arrugando la frente para pensar—. Aguarda un minuto. Ésa me suena. Frinton, Frontón. ¿«Frinton»? ¿Dónde lo he oído últimamente?

—Oh… una de tus amigas te envió una postal desde Fronton-de-Mar —le dijo Pip.

—No es eso. ¡Espera un momento…, ya me recuerdo! —exclamó Bets—. Es un lugar que está más abajo del río… pero no muy lejos de aquí… ese sitio donde van los turistas… ¡Frinton Lea!

—Bets, qué lista eres —le dijo Fatty con admiración—. Tal vez tenga algo que ver. Si encontramos a un individuo muy corpulento merodeando por allí, no le perderemos de vista.

—¿Y qué hay del número 1 de Rods? —preguntó Larry.

A ninguno se le ocurrió nada.

—Iremos a ver los nombres de las casas para ver si encontramos

alguna que lleve ese nombre —propuso Fatty—. Rods. Es un nombre extraño. ¡Bueno…! ¡Bueno…, Pesquisidores…, el misterio ha comenzado!

Capítulo VI

El segundo robo

El señor Goon regresó aquella tarde dándose mucha importancia. El cursillo de renovación y las cosas que en él había aprendido le dieron nuevas ideas respecto a su trabajo. ¡Ah, ahora sabía muchísimo más para capturar! Y además acababa de adquirir grandes conocimientos en el arte del disfraz.

Fue enteramente por causa de Fatty por lo que el señor Goon se aplicó tanto durante el cursillo en el arte del disfraz. Fatty había asombrado, enfurecido, intrigado y humillado al pobre Goon tan a menudo por sus acertados disfraces. Las veces que aquel niño apareció convertido en un repartidor de telegramas pelirrojo y descarado… o en un anciano harapiento… ¡o incluso en una vieja ordinaria y voluble!

El policía apretaba los dientes siempre que lo recordaba. Pero ahora… «ahora» el señor Goon sabía bastante de disfraces y había traído consigo una colección muy notable de ropas y otros adminículos.

Le demostraría a aquel niño rechoncho que no era el único que sabía disfrazarse. Se palpó el bolsillo mientras regresaba en el autovía. Pintura oleosa… cejas… una barba… una peluca… sí, lo llevaba todo, y con ello engañaría a aquel sapo. Sí, aquel niño era un verdadero sapo.

El señor Goon quedó encantado al enterarse por Tonks del nuevo robo. ¡Ah…, allí había algo en el que hincar el diente en seguida! Con todas las cosas que había aprendido, podría resolver aquel nuevo caso con facilidad… y liquidarlo, por así decirlo, mucho antes de que Fatty lo hubiera comenzado siquiera.

Tuvo una ligera desilusión al descubrir que Fatty ya estaba enterado y que le interesaba.

—¡Ese niño! —se lamentó ante Tonks—. ¡Siempre tiene que meterse en todo!

—Bueno, esta vez no pudo evitarlo —replicó Tonks—. Estaba allí cuando yo fui a dar parte del robo al inspector.

—¡Cómo no! —dijo Goon con el ceño fruncido—. Escuche, Tonks…, voy a decirle una cosa… si las joyas de la Corona fuesen robadas una noche oscura, ese niño lo sabría… ¡y estaría allí!

—Eso es mucho suponer —repuso Tonks pensando que Goon era un poco tonto—. Bueno, me marcho. Ya le he dado todos los detalles… tiene usted esos fragmentos de papel, ¿verdad? ¿Con las direcciones?

—Sí. Y voy a hacer algo inmediatamente —dijo Goon con aire ceremonioso—. Creo que si esos lugares son vigilados, algo descubriremos… y se vigilarán.

—Bien —dijo Tonks—. Bueno, adiós, señor Goon, y buena suerte.

Se marchó mientras Goon exhalaba un suspiro de alivio antes de sentarse a revisar los papeles que Tonks le había dejado.

Pero no llevaba estudiándolos mucho tiempo cuando sonó el teléfono. Goon tomó el aparato y lo acercó a su oído.

—Aquí la policía —dijo en tono seco.

Alguien habló muy excitado desde el otro extremo. Goon se puso tenso para escuchar… Oh… otro robo… ¡aquello se iba poniendo interesante!

—Voy en seguida, señora. Deje todo tal como está. No toque nada —ordenó Goon con aire oficial, y poniéndose su casco salió en busca de su bicicleta.

«Y esta vez no estarán allí esos niños entrometidos para molestarme —pensó mientras pedaleaba rápidamente a pesar del calor—. Yo seré el primero».

Atravesó el pueblo, enfiló un camino secundario y se detuvo ante una casa. Cuando hubo dejado su bicicleta apoyada en la acera, se dirigió hacia la puerta principal.

¡Y le fue abierta por Fatty!

El señor Goon contuvo el aliento y frunció el ceño. No se le

ocurría nada que decir. Fatty le sonrió.

—Buenas tardes, señor Goon —dijo en su tono más cortés, aquel tono que siempre enfurecía al señor Goon.

—¿Qué «estás» haciendo aquí? —exclamó el señor Goon encontrando al fin su voz—. ¿Acaso has querido gastarme una broma? ¿Me has hecho salir de casa para nada? Ya me pareció que aquella voz sonaba algo rara por teléfono… era una voz tonta… y una historia tonta. Debí haber adivinado que se trataba de una de tus bromas… para darme la bienvenida, supongo. Bien…, pues lo sentirás. ¡Te denunciaré! ¿Te has pensado que porque el inspector es amigo tuyo puedes librarte de todo? ¿Te has creído…?

—¡Guau! —se oyó y «Buster» salió como una flecha y extasiado al oír la voz de su antiguo enemigo no cesaba de menear la cola de alegría. Aquello fue suficiente para que Goon se marchase precipitadamente hablando entre dientes hasta perderse de vista en su bicicleta.

—¡Vaya! —exclamó Fatty, sorprendido—. ¿Qué le ocurre? ¡No es posible que piense que me estoy burlando de él! Larry, ven aquí. ¡Goon ha perdido la cabeza!

Aparecieron Larry y Daisy, quienes miraron a Goon, que en aquellos momentos atravesaba la verja.

—Se ha ido —dijo Fatty—. Vino… vio… y no se quiso quedar para vencer. ¿Qué le ocurrirá?

—Yo hubiera dicho que con otro robo tan espléndido se quedaría a investigar —comentó Daisy.

—Bueno, la señorita Lucy le puso al corriente de todo —replicó Fatty—. Yo la oí mientras hablaba por teléfono.

Alguien les gritó:

—¿Es la policía? Decidles que pasen aquí.

—Era el señor Goon —dijo Fatty—. Vino… pero se fue en seguida. Es curioso.

—Bueno, gracias que tú, Larry y Daisy estáis aquí —dijo la señora Williams—. No sé lo que hubiera hecho sin vosotros.

Todo había ocurrido repentinamente. Fatty había ido aquella tarde a merendar con Larry y Daisy, mientras Pip y Bets salieron con su madre. Estaban merendando en el jardín, cuando alguien comenzó a pedir auxilio en la casa vecina.

—¡Socorro! ¡Ladrones! ¡Socorro! ¡Socorro!

—Cielos…, es la señora Williams —dijo Larry levantándose a toda prisa—. Es nuestra vecina de la casa de al lado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Daisy semiasustada, pues los gritos continuaban.

—Le han robado —dijo Fatty—. ¡Vamos…, de prisa!

Y los tres saltaron a la cerca y se plantaron en el jardín vecino. La señora Williams les vio desde una ventana y les hizo señas.



—¡Entrad, de prisa! ¡Estoy asustada! Corrieron hacia la puerta posterior. En la cocina no había nadie. Sobre la mesa vieron un montón de comestibles y cuatro panecillos colocados cuidadosamente uno al lado del otro. Junto a la puerta había un paquete.

La rápida mirada de Fatty reparó en todo mientras atravesaba

corriendo la cocina en dirección al recibidor.

—La puerta de la cocina estaba abierta… probablemente el ladrón habrá entrado por ahí. Me pregunto si será el mismo de ayer.

La señora Williams estaba sentada en su sofá, muy pálida. Era una anciana agradable de cabellos grises y estaba asustadísima.

—Tráeme las sales que están en mi bolso —dijo a Daisy con voz débil, y la niña fue a buscarlas y luego las aproximó a su nariz.

—¿Qué ha ocurrido, señora Williams? —preguntó Fatty, intrigado.

—Pues estaba descansando aquí, como todas las tardes —dijo la señora Williams—. Y de pronto oí ruidos de fuertes pisadas en el piso de arriba, y luego una tos profunda y hueca…, la verdad es que se parecía mucho al balido de una oveja.

—¿Una tos hueca? —dijo Fatty al punto, recordando que Jinny también había oído el mismo ruido.

—Sí. Me incorporé asustada —continuó la señora Williams—. Y salí al recibidor. De pronto alguien me empujó dentro del armario que hay allí. Cerraron la puerta con llave y no pude salir.

Mientras estaba hablando se oyó el ruido de una llave en la puerta principal, que fue abierta y luego cerrada de nuevo.

—¿Quién es? —preguntó Fatty.

—Oh, es Lucy, mi señorita de compañía… la señorita Lucy —explicó la señora Williams—. Oh, me alegro de que haya vuelto. Lucy, Lucy, venga aquí. ¡Ha ocurrido algo terrible!

Entró la señorita Lucy, que era una mujer menudita, parecida a un pájaro, de ojos muy vivos y de una manera de caminar muy peculiar. En seguida se aproximó a la señora Williams.

—¿Qué le pasa? ¡Está pálida!

La señora Williams repitió de nuevo lo que ya había contado a los niños, que aguardaban pacientemente a que llegara al punto en que la empujaron y la encerraron en el armario.

—Pues, allí estaba yo, dentro del armario, oyendo al ladrón andando de nuevo por el piso de arriba —dijo la señora Williams—. Pisaba fuerte y era bastante brusco, a juzgar por su modo de tirar las cosas. Luego bajó le escalera… lo oía perfectamente porque la escalera pasa por encima del armario del recibidor… y volví a oír aquella horrible tos de oveja.

Se detuvo sacudida por un estremecimiento.

—Continúe —le dijo Fatty en tono amable—. ¿Cómo consiguió salir del armario? ¿Le abrió el ladrón?

—Debió ser él —dijo la señora Williams—. Me asusté tanto al oírle bajar la escalera que debí desmayarme… y cuando volví en mí otra vez, me encontré caída encima de todas las botas, zapatos y palos de golf… ¡la puerta estaba abierta! La empujé… y se abrió.

—¡Hummmm! —exclamó Fatty—. Señorita Lucy, creo que lo mejor será que telefonee a la policía… y yo iré a echar un vistazo. ¡Esto es muy… muy interesante!

Capítulo VII

El señor Goon se encarga del caso

Como ya sabemos, la señorita Lucy corrió al teléfono para avisar a la policía y habló con el señor Goon. Muy excitada y entrecortada, le refirió todo lo que había ocurrido, y luego aguardaron la llegada del agente.

Mientras esperaban, Fatty se apresuró a echar un vistazo. Estaba seguro de que el ladrón era el mismo que estuvo en «Villa Norton» el día anterior. En primer lugar… aquella tos profunda y hueca… y en segundo las fuertes pisadas parecían señalar al mismo ladrón.

Fatty corrió al piso de arriba. Lo primero que vio en uno de los dormitorios fue una marca en la pared, precisamente junto a la puerta… ¡la marca de un guante enorme! Abrió su cuaderno de notas para compararla con las medidas allí detalladas. Sí… eran exactamente las mismas.

¿Habría huellas de pisadas en el jardín? El suelo estaba tan seco ahora que a menos que el ladrón hubiera pisado un parterre era muy probable no que hubiese dejado las huellas.

Fatty se disponía a salir para comprobarlo, cuando vio al señor Goon que avanzaba por la avenida principal en dirección a la puerta de la casa. ¡«Qué» sorpresa iba a llevarse al verle! A Fatty le divirtió en grande abrir la puerta.

Pero la sorpresa fue suya cuando el señor Goon se marchó tan pronto. No era posible que fuese tan tonto como para pensar que Fatty se había burlado de él. Bueno… bueno… si era así, él podía continuar investigando. El señor Goon no le hubiera dejado de haberse encargado del caso, era seguro.

De manera que Fatty se apresuró mientras el sol brillaba, y salió

al jardín dejando que Larry y Daisy explicaran a la señora Williams y a la señorita Lucy la repentina marcha de Goon. Ambas se indignaron.

Fatty salió por la puerta de la cocina. Había decidido que el ladrón entró por allí, puesto que la puerta principal estaba cerrada. Echó a andar por el sendero que partía de la cocina. El macizo estaba situado debajo de la ventana del saloncito, y era allí donde la señora Williams había estado durmiendo.

Fatty lanzó una exclamación. En el parterre había un par de huellas muy grandes. Iguales a las de ayer… ¡estaba seguro! Volvió a abrir su cuaderno.

El parterre estaba más seco que el que examinó el día anterior en busca de huellas, y no se distinguía el tacón de goma…, pero las grandes pisadas estaban allí bien a la vista.

«El ladrón se acercó a mirar por la ventana —pensó Fatty—. Y vio a la señora Williams profundamente dormida. Hola…, aquí hay más huellas… en este parterre. ¿Por qué vendría hasta aquí?».

Aparentemente no había razón alguna para que el ladrón hubiese pisado el segundo parterre… pero estaba bien claro que las huellas eran iguales a las otras. En resumen, todo coincidía… las marcas de guantes, las huellas de pisadas y la tos hueca. ¿Habría alguna señal como aquella grande y redonda que Fatty viera en «Villa Norton»?

La estuvo buscando… ¡y la encontró! Cierto que estaba muy poco marcada y que las líneas entrecruzadas apenas se veían. La marca redonda estaba junto a la puerta de la cocina, en el polvo del camino. Algo estuvo apoyado allí… ¿pero qué era?

—¿Habrán también fragmentos de papel esta vez? —se preguntó Fatty, sorprendido al verlo todo repetido en aquel segundo robo. Buscó por todas partes… pero esta vez no había ningún pedazo de papel.

Entró en la casa, tropezando con la señorita Lucy, que salió a buscarle.

—El señor Goon acababa de telefonear —le dijo—. No le entiendo. Quería saber si «realmente» se había cometido un robo. Vaya, ¿por qué no se quedó para preguntarlo cuando vino antes? Debe estar loco.

Fatty sonrió. Era evidente que Goon había reflexionado y decidido que lo mejor era asegurarse de cuál era la verdad… y ante su disgusto descubrió que el robo era auténtico… ¡y no una broma de Fatty!

—Es un poquitín distraído —replicó Fatty alegremente—. No importa. Cuando venga, dígale que yo me encargo de todo… y que no necesita preocuparse por nada.

La señorita Lucy contempló a Fatty indecisa. Estaba un poco aturdida con los ladrones, la policía que llegaba y se iba al minuto y niños que se comportaban como debiera hacerlo la policía.

Fatty señaló las viandas que había sobre la mesa.

—¿Quién la ha traído? —quiso saber—. ¿Tienen ustedes cocinera?

—Sí. Pero hoy tiene el día libre —repuso la señorita Lucy—. Dejé abierta la puerta de atrás para que la chica del colmado dejara los comestibles en la cocina… lo hace así a menudo. Veo que también ha venido el panadero… el cartero… porque hay un paquete junto a la puerta. La señora Williams ha estado en casa toda la tarde, pero le gusta dormir la siesta de manera que los repartidores nunca llaman cuando la cocinera no está. Lo dejan todo aquí, como ves, y basta.

—Sí, ya comprendo —dijo Fatty pensativo, y contemplando las viandas, el pan y el paquete. Tres personas habían llegado a la casa en poco espacio de tiempo. ¿Alguna de ellas habría notado la presencia del ladrón? Debía averiguarlo.

El señor Goon llegó de nuevo, un tanto avergonzado. La señorita Lucy le hizo pasar con aire severo. Ella consideraba que era ridículo que un policía se comportara como el señor Goon.

—Er… siento no haber venido antes… —dijo el señor Goon—. Espero no haberles hecho aguardar demasiado… er… asuntos urgentes, ya sabe. A propósito…, ¿se ha ido ya ese niño? Ese gordito.

—Si se refiere al señorito Trotteville aún está aquí examinándolo todo —replicó la señorita Lucy con frialdad—. Me dijo que no se preocupara. Él se encarga de todo y estoy segura de que recuperará las joyas que le han robado a la señora Williams.

Goon se puso como la grana y la señorita Lucy se alarmó. No

deseaba la presencia de aquel extraño policía en la casa y trató de cerrar la puerta principal…, pero Goon puso su enorme pie en el quicio para impedírselo.

La señorita Lucy lanzó un ligero gemido, y el señor Goon se apresuró a retirar el pie tratando en vano de decir algo tranquilizador a aquella criatura tan parecida a un pájaro.

La señorita Lucy se apresuró a cerrar la puerta e incluso echó la cadena. Goon contempló la puerta y volvió a enrojecer. Caminó pomposamente hasta la puerta posterior, donde encontró a Fatty examinando el sendero en busca de huellas de pisadas.

—¡Bah! —exclamó el señor Goon en tono de profundo disgusto—. ¿Es que no puedo librarme de ti? Primero te encuentro en la puerta principal y ahora en la de atrás. Lárgate. Este caso no te afecta en nada absolutamente.

—Ahí es donde se equivoca, señor Goon —replicó Fatty con su tono más cortés, que hizo enloquecer a Goon—. Me llamaron pidiendo ayuda, y ya he descubierto muchísimas cosas.

Larry y Daisy habían oído la voz airada de Goon y asomaron la cabeza por la puerta de la cocina para escuchar.

—¿También estáis aquí vosotros? —dijo Goon todavía con mayor disgusto—. ¿Es que habéis de meter la nariz en todo? Ahora largaros todos y dejad que yo me ponga a trabajar. ¡Y haz el favor de llamar a tu perro!

«Buster» acababa de unirse al terceto y correteaba encantado tras los pies del señor Goon.

—Echaba de menos sus tobillos —le explicó Fatty—. No le prive de un poco de diversión, señor Goon. Y no le dé patadas. Si lo hace, no lo llamaré.

El señor Goon se dio por vencido. Empujó a Larry y a Daisy para entrar en la cocina todavía perseguido por «Buster», y luego pasó al recibidor, donde con algo de trabajo consiguió cerrar la puerta de la cocina en el hocico de «Buster», que comenzaba a arañarle mientras ladraba ruidosamente.

—Bueno, ahora se dedicará a los interrogatorios —dijo Fatty, sentándose en el escalón de la cocina—. Me temo que las dos damas no van a ser muy complacientes con él. Ha empezado con el pie izquierdo.

—Fatty, ¿has descubierto algo interesante? —le preguntó Larry, interesado—. Desde la ventana te he visto emplear tu cinta métrica. ¿Qué has encontrado?

—Pues he descubierto exactamente lo mismo que descubrí ayer —repuso Fatty—. Excepto que no he encontrado ningún trozo de papel con nombres ni guarismos. Mirad esas huellas de ahí.

Larry y Daisy las examinaron con interés.

—Sólo conozco a una persona en todo el pueblo que tenga los pies tan grandes como para dejar estas huellas —dijo la niña y Fatty alzó la cabeza al punto.

—¿Quién es? ¡Tal vez hayas acertado! No puede haber muchas personas con unos pies tan grandes.

—¡Pues… es Goon… el viejo Ahuyentador! —exclamó Daisy riendo, y los otros le hicieron coro.

—Tienes razón. ¡Sus pies encajarían en estas huellas, desde luego! —dijo Fatty—. Por desgracia es la única persona de pies grandes que está completamente descartada.

—Desde luego que tendremos que ir con los ojos fijos en los pies de la gente —dijo Larry—. ¡Es lo único que el ladrón no puede ocultar! Puede esconder sus manazas en sus bolsillos, y contener su tos hueca…, pero no podrá esconder sus enormes pies.

—No…, tienes razón —replicó Fatty—. Bueno, no nos entretengamos más. Creo que Goon ya nos ha visto bastante por esta tarde.

Saltaron la cerca del jardín de Larry. «Buster» pasó por un agujero del seto.

—Cielos… había olvidado que estábamos a medio merendar —dijo Fatty, complacido al ver los restos de bocadillos y pasteles por encima de la hierba—. ¿Qué les ha ocurrido a estos bocadillos de carne? Larry, tu gato se ha sentado encima…

—¡«Buster»… en guardia! —exclamó Larry al punto, y «Buster» se dispuso a buscar al gato.

Terminaron de merendar hablando de los dos robos. Al cabo de un rato «Buster» volvió a gruñir y fue a la cerca.

—Debe de ser Goon que estará al otro lado investigando —dijo Fatty con una sonrisa—. Vamos a ver cómo trabaja su cerebro de mosquito.

Goon estaba buscando huellas y pistas y le irritó en gran manera ver las tres cabezas que le contemplaban por encima de la cerca. Le miraron muy serios mientras él medía y marcaba.

—¡Mirad! ¡Ha descubierto una huella de pisada! —exclamó Larry en tono de admiración. El cogote del señor Goon se puso rojo, pero no dijo nada.

—Ahora la está midiendo —dijo la niña—. ¡Ooooooh!, ¿verdad que es «meticuloso»?

—Inteligente, Daisy, inteligente —dijo Fatty—. ¿Qué podemos hacer nosotros ante un cerebro así?

Parecía como si el señor Goon estuviese a punto de estallar. ¡Aquellos niños! ¡Sapos! ¡Impertinentes! Siempre interponiéndose en su camino, y zumbando a su alrededor como un enjambre de mosquitos. Se retiró a la cocina con bastante premura al descubrir que «Buster» había pasado a través del agujero del seto y corría tras él.

—¡Lárgate! —le gritó cerrando la puerta de golpe en el hocico del perro—. ¡Largo de aquí!

Capítulo VIII

Fatty traza algunos planes

Al día siguiente Fatty convocó una reunión en su cobertizo. Larry y Daisy llegaron con toda puntualidad, y Pip y Bets poco después. «Buster» les saludó calurosamente como si hubiera estado años sin verles.

—Ésta es una verdadera reunión —les anunció Fatty—. Quiero decir que es una reunión oficial. Ya tenemos nuestro misterio… y sólo cuatro semanas para resolverlo. ¡Eso debiera ser mucho tiempo!

—Sí…, ¡debiera serlo para unos veteranos como nosotros! —replicó Larry sonriendo—. ¿Les has contado a Pip y a Bets lo del robo de la casa vecina a la nuestra? ¿Lo saben ya todo?

—Sí. Anoche fui a contárselo —dijo Fatty—. Esta mañana hemos de trazar planes.

—¿Qué? ¿Te refieres a la lista de sospechosos y demás? —preguntó Bets con ansiedad.

—No tenemos ni un mal sospechoso —dijo Fatty—. ¡Ni uno solo! Es el único misterio que se me presenta con dos delitos y sin ningún sospechoso. Es extraordinario. Va a ser un poco difícil seguir adelante hasta que encontremos algunos sospechosos sobre los que investigar.

—Tenemos muchas pistas —intervino Daisy—. Huellas de pisadas… de guantes… toses… pedazos de papel…

—¿Cuál es tu plan, Fatty? —preguntó—. Apuesto a que tienes uno.

—Pues la verdad es que lo tengo —respondió Fatty con modestia —. Es el siguiente… todo lo que tenemos en que basarnos por el

momento es el aspecto que suponemos tiene el ladrón… pies grandes, muy grandes, torpe y con una tos profunda y hueca… y los dos pedazos de papel que posiblemente se le cayeron… y si lo que hay en ellos escrito son direcciones, cosa muy probable, debemos averiguar quiénes viven en ellas.

—Sí —dijo Larry—. ¿Y qué te parece si preguntásemos al panadero, al cartero y al de la tienda de ultramarinos si vieron a algún individuo de pies grandes ayer tarde cuando hicieron el reparto por nuestra calle?

—A eso iba —replicó Fatty—. Me parece que debemos repartirnos el trabajo como solemos hacer.

—Oh, pobre de mí —exclamó Bets—. La verdad es que yo sola no valgo gran cosa.

—Tú eres la mejor de todos —le dijo Fatty con calor, mientras la niña enrojecía de satisfacción—. ¿Quién aclaró el misterio del gato comediante? Tú fuiste, Bets… ¡oh, sí… sin tu maravillosa idea nunca hubiéramos podido resolverlo! De manera que esta vez cumple también tu cometido.

—Oh, lo haré, Fatty —replicó Bets de corazón.

—Tú, Larry, ve a interrogar al cartero —le dijo Fatty—. Y tú, Pip, al panadero. Si es el mismo a quien pidió auxilio Jinny, la de «Villa Norton», y que estuvo registrando el piso de arriba, tanto mejor. Es posible que haya notado alguna semejanza en ambos casos que a nosotros se nos haya pasado por alto.

—Bien —replicó Pip—. Creo que también es «nuestro» panadero.

—Y vosotras, Daisy y Bets, id a interrogar a la chica de la tienda de comestibles —dijo Fatty—. Al parecer es una chica quien reparte los artículos de Harris… es decir, el tendero. Id y hacerla hablar… escuchad todo lo que diga…, recordadlo bien, y cuando volvamos a reunimos, nos contaremos todo lo que hayamos averiguado.

Hubo un silencio. Todos se preguntaban cuál sería el trabajo que Fatty había reservado para sí.

—¿Y «tú» qué vas a hacer? —quiso saber Bets.

—Voy a disfrazarme —replicó Fatty, y Bets lanzó un grito le alegría—. Y pienso ir a vigilar a Frinton Lea por si vive allí algún sujeto de pies grandes. Si vigilo la casa todo el día, es posible que vea algo.

—Pero, Fatty… si te estás allí todo el día, vas a llamar la atención —dijo Daisy—. Además…, ¿dónde comerás?

—Ya he pensado en todo eso —fue la respuesta de Fatty—. ¡Dejadme hacer a mí! No os diré de qué voy a disfrazarme. Cuando hayáis terminado vuestros trabajos, venir a ver si podéis reconocerme. Estaré a cincuenta metros de la casa durante todo el día… visible para todo el mundo… ¡pero os apuesto lo que queráis a que nadie me prestará ni un minuto de atención!

Todos le miraron y él sostuvo su mirada con ojos resplandecientes.

—Yo te descubriré en seguida —exclamó Daisy.

—Está bien. Entonces, descúbreme —repuso Fatty—. Y ahora cada uno a lo suyo. ¡Largaros todos… y dejad que me disfrace!

Todos se fueron riendo y preguntándose qué iría a hacer Fatty. Estaban plenamente convencidos de que le descubrirían en seguida, y de que todo el mundo se fijaría en él. ¿Cómo es posible permanecer todo un día delante de una casa sin llamar la atención? ¿Y las comidas? En Frinton Lea no había ni siquiera una cafetería. Estaba entre campos y por delante discurría un río.

—Ya me vuelvo a casa a esperar al panadero —dijo Pip—. Creo que suele venir a las doce.

—Oh, muy buena idea —exclamó Larry—. Yo iré contigo y esperaré que el cartero pase también por tu casa. Mientras, nos haremos compañía mutuamente.

—Puede que no venga —dijo Pip—. No siempre nos traen paquetes.

—Tendré que arriesgarme —replicó Larry—. No me siento con ánimos para ir a la oficina de correos e interrogar al cartero delante de todo el mundo. ¡Al principio pensé que no tendría más remedio que hacerlo!

—¿Y qué hay de la chica de la tienda de comestibles? —preguntó Daisy—. ¿Compráis en casa de Harris, Pip? En ese caso Bets y yo podríamos ir contigo y Larry y así estaríamos todos juntos.

—No, no compramos en Harris —dijo Pip—. Déjame pensar… ¿en qué calles reparte esa chica por las mañanas? Yo la he visto en alguna parte. Sé que sólo va por nuestro barrio por la tarde.

—¡Ya sé! Reparte por la otra parte del pueblo —exclamó Bets de

pronto—. Una vez estaba en casa de los Kendal, pues había ido a llevar un recado de mamá… y entonces llegó la chica. Podríamos ir allí y esperarla, Daisy.

—Bien. Vámonos —contestó Daisy—. Adiós, chicos…, ¡no os pongáis a jugar y olvidéis vuestro trabajo!

—No seas tonta, Daisy —replicó Larry, molesto.

Los niños se fueron a casa de Pip y las niñas al otro extremo del pueblo.

Tuvieron suerte porque no les fue preciso esperar mucho. Se sentaron a tomar un helado en una lechería cercana a la casa de la señora Kendal, en espera de la camioneta del tendero.

—¡Ahí está! —exclamó Bets de pronto, y Daisy alzó la cabeza, viendo la camioneta amarilla de Harris que doblaba la esquina, yendo a detenerse allí cerca.

Daisy y Bets se apresuraron a pagar sus helados y salieron corriendo. Llegaron a tiempo de ver apearse de la camioneta a la joven, que fue a la parte posterior de la misma y abriendo la portezuela sacó una gran caja llena de comestibles.

—Dejemos que entre primero y ya le hablaremos cuando salga —propuso Daisy, y se acercaron despacio a la parte posterior de la camioneta. Entonces Bets vio en la carretera un paquete de jabón en polvo que se había caído.

—Debe haberse caído de la caja que llevaba esa joven —le dijo Daisy—, y fue a recogerlo precisamente cuando la muchacha volvía a salir con la caja vacía.

—Oiga… se le ha caído esto —le dijo Bets, entregándoselo.

—Oh, muchísimas gracias —dijo la muchacha, agradecida—. Lo eché de menos ahora al entregar las cosas. Esta mañana tengo mucha prisa…, ¿sabéis?, he tenido una entrevista con la policía por el robo en casa de la señora Williams.

Aquello les abría la puerta que deseaban. Y Daisy aprovechó la ocasión.

—Oh, ¿de veras? ¿Sabe usted que mi hermana y yo vivimos en la casa vecina a la de la señora Williams y que corrimos en su ayuda?

—¡No! ¡Vaya! —exclamó la joven, asombrada—. ¿Y visteis al ladrón? He oído decir que se llevó bastantes joyas de la señora

Williams.

—¿De veras? —exclamó Daisy, que no sabía exactamente lo que se habían llevado—. «Usted» fue a su casa ayer tarde, ¿verdad? ¿No vio al ladrón?

—No, no vi nada —replicó la joven—. No vi a nadie. Creo que debió ir antes que yo. No, no vi ni oí nada.

—¿Vio usted el pan y un paquete junto a la cocina cuando entró? —preguntó Bets para saber si la muchacha había llegado a la casa antes que los otros.

—No estaba el pan cuando llegué, ni tampoco vi ningún paquete —repuso la joven subiendo a la camioneta—. El señor Goon me hizo un montón de preguntas esta mañana… y no pude decirle nada. ¡Pensar que estuve allí y que pude rozarme con el ladrón!

Bets y Daisy, no sabiendo qué responder, se limitaron a asentir con la cabeza.

—Siento no poder entretenerme —dijo la joven—. Me encantaría que me contarais lo que hicisteis vosotras… pero no tengo tiempo. Pensar que no pude ver ni oír «nada». Mala suerte, ¿verdad?

Se marchó. Daisy y Bets se miraron.

—Bueno, ha sido bien sencillo —dijo Bets—. Apenas hemos tardado un minuto. Podemos regresar para ver qué tal les va a los niños.

De manera que fueron a reunirse con los niños, que aguardaban pacientemente la llegada del cartero y el panadero. Estaban balanceándose sobre la puerta de la cerca para que no se les pasaran por alto y se sorprendieran mucho al ver a Daisy y Bets tan pronto.

—Ha sido muy fácil —explicó Daisy—. Pero no hemos sacado nada. La chica del tendero entregó los comestibles antes que los otros, y no vio ni oyó nada sospechoso.

—Nadie ha visto a ese ladrón —dijo Larry—. Le han oído y se han visto las huellas de sus pies y de sus guantes, pero nadie le ha visto. Apuesto a que tampoco le vieron el cartero ni el panadero.

—¡Aquí «está» el cartero! —exclamó Daisy—. Mirad…, viene por la carretera con su triciclo. Esperemos que traiga algún paquete a tu casa, Pip.

El cartero dejó dos paquetes en la casa vecina. Luego salió, y montando en su triciclo pedaleó lentamente hasta la casa de Pip. Recogió del cajón un paquete.

—Señora Hilton —leyó mirando a los niños—. ¿Alguno de vosotros es Hilton?

—Sí, yo —contestó Pip acercándose al triciclo—. Se lo daré a mi madre. Le ahorraré el ir hasta la puerta.

—Gracias —dijo el cartero—. ¿Quieres firmar?

Pip firmó.

—Espero que hoy no se tropiece con ningún ladrón —le dijo al cartero al devolverle la libreta y el lápiz—. ¡He oído decir que ayer casi tropieza con uno!

—Sí —replicó el cartero—. El señor Goon, el policía, ha estado tratando de averiguar si le vi. Pues no. Entré por la puerta de atrás, como me dijo la cocinera, para no molestar a la señora Williams… y vi las viandas encima de la mesa y yo dejé mi paquete junto a la puerta.

—¿Estaba también el pan sobre la mesa? —preguntó Larry.

—No, que yo recuerde —dijo el cartero—. Sólo metí la mano para dejar el paquete y volví a marcharme. Tenía prisa. No vi ni oí nada… tal vez estuviese merodeando por los alrededores… o escondido detrás de un arbusto.

Comenzó a pedalear, alejándose lentamente. Los niños le miraron marchar.

—Nadie nos ayuda —dijo Pip—. Nunca conocí a un ladrón que no fuese visto por nadie. Yo creo que por lo menos debían ver sus enormes pies, ¿no os parece?

—Ahora esperemos al panadero —propuso Larry—. Y luego iremos a Frinton Lea para ver a Fatty. «Apuesto» a que le descubro. Aunque se haya disfrazado de árbol, apuesto a que le descubriré.

—¡Ánimo, panadero! —dijo Bets balanceándose en la cerca—. ¡Eres el único que quedas… y me figuro que tampoco has visto al ladrón!

Capítulo IX

El extraño pescador

Por fin llegó el panadero, que era un hombrecillo menudo, con una voz altisonante y unos andares muy curiosos. Dejó su camioneta en la carretera y echó a andar con su cesta al brazo.

—Hola, pequeños —les dijo al acercarse a la cerca—. ¿Columpiándoos, eh?

—¿Quiere que le llevemos el pan a la cocina? —le preguntó Pip.

—Pues…, ¡ya sabes que hay ladrones! —exclamó el panadero fingiendo temor—. Palabra que ayer casi tropiezo con uno en casa de la señora Williams. ¿No lo habéis oído contar?

—¿Qué ocurrió? —preguntóle Larry pensando que lo mejor era dejarle hablar.

—Pues en realidad nada que me concierna —replicó el panadero —. Yo fui allí, como todos los días, con mi cesta al brazo. Llamé a la puerta de la cocina sin acordarme que la cocinera había salido. Vi las viandas encima de la mesa y al paquete junto a la puerta y me dije: «Ah, la chica del tendero ha estado aquí y ha dejado sus cosas igual que el cartero. ¡Ahora te toca a ti, panadero!».

Sonrió como si hubiese dicho algo gracioso.

—De manera que leí la nota que la cocinera deja para mí, y vi que quería cuatro panes —prosiguió el menudo hombrecillo—. Y luego de dejarlos, me marché.

—¿Y durante ese rato no vio ni oyó al ladrón? —dijo Larry, decepcionado.

—No. Nada —replicó el panadero—. Todo lo que vi fueron las huellas de unos pies grandes en un parterre.

—¡Ah… usted las vio! —exclamaron Pip y Larry a una, y el

panadero pareció sorprendido.

—¿Qué «sabéis» de eso? —dijo—. Sí, las vi… y pensé… «ah, alguien ha estado pisando con sus enormes pies todos los parterres. Puede que haya sido el que limpia las ventanas». Y allá me fui.

—Eso significa que el ladrón debía haberse marchado ya, o estar escondido en alguna parte mientras usted dejaba el pan —dijo Larry —. Cielos…, le hubiera sido bien fácil verle. ¡Qué lástima que no fuese así!

—Tampoco vi al otro en «Villa Norton» —dijo el panadero con su vocecilla altisonante—. Oí gritar a Jinny y entré…, pero no vimos a ningún ladrón.

—Es curioso —comentó Pip, intrigado—. Bien, panadero, si quiere usted darme la cesta, la llevaré hasta la cocina para ver cuánto pan quiere la cocinera. Se ahorrará un buen trecho.

Y alargó la mano para que le entregase la cesta, pero el panadero echóse hacia atrás meneando la cabeza.

—No, gracias. No quiero que los niños toquen mi pan —dijo el hombrecillo—. Soy muy meticuloso, y el único panadero de Peterswood que cubre el pan con un paño bien limpio.

—Oh, está bien —dijo Pip—. Llévelo usted. Prefiero no tener que llevarlo hasta la puerta de atrás. Me parece que pesa mucho.

El panadero atravesó la cerca y echó a andar por la avenida como un gallito de pelea. Los niños al verle se echaron a reír.

—¡Qué tipo tan divertido! —dijo Bets—. Y tan orgulloso que está de su pan y de su limpieza. ¡Pues ya podría llevar las manos limpias, si es que es tan limpio! ¡Las lleva asquerosas!

Le contemplaron mientras doblaba un recodo, tan pulcro y elegante con una chaqueta blanca, pantalones de montar, y unas botas diminutas, muy brillantes, con polainas.

—Qué desilusión —dijo al volver de la casa—. Hoy no hay ningún ladrón aquí. No me importa deciros que ahora estoy a la expectativa. ¡Cualquier sospechoso y aviso en seguida a la policía! Se lo he prometido al señor Goon. Voy a casi todas las casas y tengo los ojos bien abiertos. ¡Él cree que pronto habrá más robos!

—¿De veras? —dijo Larry, cortés, y el panadero fue hacia su camioneta silbando.

—Está muy satisfecho de sí mismo, ¿verdad? —exclamó—. No

me gusta mucho.

—Ahora vamos a Frinton Lea a ver si descubrimos a Fatty —dijo Bets, bajándose de la cerca.

—Sí, vamos —replicó Daisy de buen grado—. Todos hemos cumplido ya nuestro cometido… aunque no hayamos descubierto nada.

Bajaron por el camino hasta el río y luego siguieron por la orilla hasta Frinton Lea. Pronto la tuvieron ante su vista. Era una casa grande y destartalada, que había sido edificada por gente rica, y cuyo propietario actual alquilaba habitaciones.

Las barcas se deslizaban por el agua, y los pescadores sentados en la orilla, quietos y pacientes, parecían parte del escenario. Todos tenían un taburete de campaña y todos se inclinaban sobre su caña, observando el corcho como un gato vigila el agujero donde hay un ratón.

—Nunca he visto que ninguno de estos pescadores pescara ningún pez —dijo Bets deteniéndose junto a uno de ellos.

—¡Chisss! —le dijo el pescador furioso, y Bets se alejó, alarmada.

—Has asustado a los peces que no pesca —le dijo Pip riendo—. ¡Por amor de Dios, no vuelvas a molestar a un pescador!

Pasaron ante dos labriegos que trabajaban en un campo, y llegaron a Frinton Lea. Miraron expectantes por si veían a Fatty disfrazado. ¿Estará por allí?

Al principio no vieron a nadie…, pero luego, sentada en una pequeña barca, no lejos de la orilla, distinguieron a una figura encorvada que pescaba silenciosamente. Vestía de un modo estrafalario.

Como sombrero llevaba una gorra de dibujo muy chillón, y su bufanda era de un color verde amarillento. La chaqueta era de alpaca azul eléctrica, y llevaba tirantes rojos que asomaban por la chaqueta abierta.

Los niños contemplaron aquella extraña figura. Él les miró y luego apartó la vista.

—¡Ahí está Fatty! —exclamó Pip—. ¡Pero, qué disfraz! Si más bien parece una máscara. ¿Qué estaría pensando para vestirse así?

—Debe tener alguna razón —replicó Daisy—. Fatty nunca hace

nada sin una razón. ¡Qué tirantes!

—¿Le visteis la cara cuando nos miró? —dijo Larry riendo—. Lleva unas cejas y un bigote fiero, y debe haber vuelto a ponerse las mejillas postizas porque tiene la cara muy gorda.

—Ojalá nos hubiese mirado más —dijo Bets, quien no podía reconocer a Fatty.

—No seas tonta —replicó Pip—. Él espera que no le reconozcamos.

El pescador de la barca no miraba en su dirección y seguía pescando impasible hasta que tosió con una tos muy conocida.

—Buena tos —dijo Pip en voz alta, pero el pescador no le hizo caso.

—¡Pssssss! —le siseó Larry, pero él no se dignó volver siquiera la cabeza. Cualquier pescador corriente habría ya perdido los estribos y les hubiera dicho que se marcharan. Decididamente era Fatty.

—¡No seas mentecato! —le gritó Pip.

—¡Te hemos descubierto! —exclamó Daisy sin alzar la voz—. ¡Ha sido bien sencillo!

El pescador se obstinaba en no mirar en su dirección, y tras algunos siseos más e intentos para hacer que se volviese, los cuatro se dieron por vencidos.

—Vamos a casa y ya volveremos luego —dijo Larry—. Se está haciendo tarde. Fatty es un tonto.

Fueron a sus casas, comieron y luego regresaron. Tal vez Fatty estuviera más asequible aquella tarde.

—La barca ha desaparecido —exclamó Daisy—. Oh, no, mirad… está ahí junto a la orilla, y el pescador está sentado en la hierba comiendo tranquilamente. ¡«Ahora» le haremos hablar!

Fueron hasta donde se hallaba el pescador y se sentaron con aire solemne. Él les miró de soslayo, y luego engulló un bocado tan de prisa que se atragantó.

—Mala suerte —le dijo Larry con simpatía—. ¿Has pescado mucho?

—No —repuso el pescador con voz extraña, y poniéndose en pie, se dirigió a su barca.

—¡Psss! —le dijo Larry, pero el pescador se apresuró a subir a la barca, que se balanceó con fuerza. Larry estaba a punto de acudir

en su ayuda y de paso susurrar algunas frases al oído de Fatty, cuando Bets le cogió de un brazo para detenerle. Él se volvió sorprendido.

Ella le miró, meneando la cabeza con los ojos muy abiertos y asustados. Con un gesto le señaló las botas del pescador. ¡Eran enormes… lo mismo que sus manos!

Larry se detuvo, sorprendido. ¡Cielos… aquél no era Fatty! Naturalmente que no. ¿Quién era entonces? ¿Y por qué se comporta de un modo tan extraño?

—¡Pies grandes…, manos enormes! —susurraba Bets—. ¡Es el ladrón! ¡Lo es, Larry…, tiene que serlo! Por eso ha tratado de despistarnos. Tiene miedo de que le sigamos la pista.

El pescador había vuelto a llevar la barca al centro del río y les daba la espalda encorvado como antes. Le contemplaron en silencio. ¿Cómo era posible que le hubieran tomado por Fatty?

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Daisy en voz baja—. Tenemos que contárselo a Fatty. Pero ¿dónde está? ¿Andará por aquí cerca… disfrazado? ¡No podemos dejar que el ladrón se marche ahora que le hemos encontrado! ¿Dónde está Fatty? ¡No le veo por ninguna parte!

Capítulo X

Goon recibe una llamada telefónica

Larry reflexionó intensamente. Cuando Fatty no estaba, él era el jefe de los cinco. ¿Qué sería mejor hacer?

—¡Si lográsemos localizar a Fatty! —gimió—. Os diré lo que podemos hacer. Pip, tú y Bets os quedáis aquí vigilando al ladrón, y Daisy y yo iremos a ver si podemos encontrar a Fatty. Dijo que estaría a unos cincuenta metros de Frinton Lea, de manera que así será.

—De acuerdo —replicó Pip, sentándose en la orilla cubierta de hierba con Bets. Los otros dos se alejaron por el camino y el pescador, al oír sus pasos, volvió la cabeza cautelosamente para ver quiénes eran.

—¿Le has visto volverse? —susurró Bets—. ¡Está deseando que nos marchemos! Entonces apuesto a que remará hasta la orilla para escapar.

Resultaba bastante aburrido permanecer allí sentados observando al pescador. No cogió ni un solo pez, pero continuaba allí, inmóvil, y al parecer, dormido.

Pero no lo estaba, y de pronto tosió con una tos desagradable y cascada. Bets se acercó más a Pip.

—¿Has oído? Ahora estoy segura de que es el ladrón. Ha tosido como una oveja… igual que dijo la señora Williams. Ojalá volviera a toser.

Pero no fue así. Se tumbó en la barca fingiendo dormir, pero no dormía, porque cada vez que pasaba alguien por allí cerca se volvía para dirigir una rápida mirada.

Mas no pasaban muchas personas. Sólo el cartero en su bicicleta,

y el repartidor de telegramas silbando fuertemente, que se metió en Frinton Lea. El pescador volvióse para dirigirle una rápida mirada y los niños pudieron verle bien, preguntándose si sería Fatty, pero no. Era demasiado delgado. ¡Sólo había una cosa que Fatty no pudiera ocultar su gordura!

Pasó también una niña con un cochecito de niño, y luego el panadero con su cesta de pan. Había tenido que dejar su camioneta bastante lejos porque no había ninguna carretera buena que bajase hasta el río, únicamente senderos.

Al acercarse con su paso de gallo de pelea reconoció a los niños.

—¡Hola, hola, «hola»! —les dijo con su vocecilla chillona—. ¡Aquí estamos otra vez! ¿Cuántos panecillos quiere hoy, señorita? ¿No ha cogido a ningún ladrón todavía?

Pip pensó que el panadero era muy tonto al hablarle como si tuviera seis años. Se limitó a saludarle con la cabeza y luego se volvió, pero el panadero no estaba dispuesto a marcharse tan pronto.

Se acercó contemplando al pescador de la barca.

—¡Ése sí que es un trabajo agradable y sencillo! —parloteó—. Sentado al sol, rodeado de agua y durmiendo lejos de todos. Nadie le molesta, ni tiene que llevar ninguna cesta pesada. Vaya, ¿por qué no seré pescador?

El pescador había vuelto la cabeza una vez para mirar al panadero, y no le hizo caso. El panadero le gritó:

—¡Eh, usted! ¿Ha pescado algo?

El pescador no se volvió.

—¡Todavía no! —replicó con su extraña voz.

El panadero continuó hablando con Pip y Bets, pero le hicieron tan poco caso como el pescador. Le consideraban un tonto. Por fin se marchó con su cesto y entró en Frinton Lea.

—Es un tontaina —dijo Pip—. Las botas le quedan grandes. Se tiene en tanta estima que no comprende que molesta.

—Bueno, alejémonos un poco hasta que vuelva a salir y se marche —prosiguió Bets, y los dos se levantaron y caminaron en dirección contraria. El panadero salió pronto, les saludó con la mano y luego dirigióse hacia donde estaba su camioneta.

—Me pregunto qué tal les irá a Larry y Daisy —dijo Bets—.

Espero que hayan encontrado a Fatty. Es enloquecedor no tenerle aquí en estos momentos tan importantes.

Larry y Daisy habían recorrido todos los alrededores de Frinton Lea sin encontrar a Fatty. Una vez creyeron haberle descubierto… cuando vieron una mujer sentada en un taburete pintando una vista del río. Era bastante corpulenta, iba muy peinada y llevaba un sombrero que ocultaba su rostro. Daisy le dio un codazo a Larry.

—¡Ése es Fatty, seguro! Mira… esa mujer que está pintando. Es un buen sistema para permanecer sentado vigilando la casa… fingirse artista.

—Sí. Pudiera ser Fatty —replicó Larry—. Nos acercaremos a ver.

La mujer alzó la cabeza para mirarles cuando se detuvieron a su lado. Al instante los dos niños comprendieron que no era Fatty. Su nariz era demasiado pequeña. Fatty podría aumentar su nariz… pero, desde luego, disminuirla no.

—Tampoco —dijo Larry con pesimismo—. ¡Maldita sea! ¿Dónde diantre estará?

—Puede que sea uno de estos pescadores —dijo la niña—. Mira… están sentados solemnemente en la orilla. Ése de ahí se parece muchísimo a Fatty… por su modo de sentarse por lo menos. Y se ha situado de manera que tiene ante sí para contemplar, mientras pesca, una buena vista de Frinton Lea.

—Ése es el que hizo ¡chisss! a Bets —dijo Larry—. Será mejor que andemos con cuidado o nos siseará a nosotros también. Caminemos sin hacer ruido.

Se acercaron en silencio… tan en silencio que el pescador no les oyó llegar. Miraron sus manos… las manos siempre descubren la identidad de las personas porque no pueden modificarse… pero el pescador llevaba guantes. Miraron sus pies… ¡pero llevaba botas de goma! Y también un gran sombrero que ocultaba su rostro.

El pescador no tenía la menor idea de que hubiese nadie tras él, y de pronto abrió la boca bostezando aburrido… ¡y eso le descubrió al punto! ¡Era el bostezo de Fatty! Fatty siempre bostezaba prolongada y ruidosamente… desde luego era Fatty.



Larry fue a sentarse junto a él y Daisy se colocó al otro lado.

—¡Fatty! —le dijo Larry en voz baja—. Hemos encontrado al ladrón.

El pescador se convirtió inmediatamente en Fatty y lanzó un silbido prolongado volviéndose para mirar a Larry, que se sobresaltó. ¡Los ojos eran de Fatty, pero nada más! Llevaba dientes

postizos encima de los suyos, y también había cambiado sus cejas. Además de un bigotillo ridículo, que le hacía parecer otra persona, pero los ojos eran los mismos: penetrantes, claros y astutos.

—¿Qué has dicho? —preguntó el pescador con la voz de Fatty, y Larry se lo repitió.

—¿Ves a ese individuo que está allí, en la barca? —le dijo Larry —. ¡Pues es el ladrón! Debieras ver sus pies y manos enormes… y además tose como una oveja. Es él, Fatty. Apuesto a que vive en Frinton Lea. ¡Le hemos descubierto!

Fatty guardó silencio y permaneció reflexionando durante unos instantes.

—¿Estáis seguros? —dijo al fin—. Bueno, me quedaré aquí vigilando mientras vosotros vais a telefonear al señor Goon.

—¿Telefonear a «Goon»? —exclamó Larry, sorprendido—. ¿Por qué hemos de «decírselo»? No trabajamos para «él», ¿verdad?

—Haced lo que os he dicho —repitió Fatty—. Si no estuviera, volved a llamarle al cabo de un rato. Decidle lo del sujeto de la barca. Se emocionará. Y decidle también que yo le vigilo hasta que venga él a detenerle.

Larry y Daisy estaban muy intrigados, y le miraron, pero el rostro de Fatty había cambiado tanto con los dientes protuberantes, el bigote y las cejas, que no pudieron adivinar lo que estaba pensando.

—De acuerdo —dijo Larry poniéndose en pie intrigado, porque Fatty no demostraba la menor excitación, y se alejó en busca de Bets y Pip.

—Yo creo que Fatty tiene celos porque hemos descubierto al ladrón antes que él —dijo Larry—. ¡Aunque vaya una manera de terminar un misterio… entregando el ladrón a Goon!

Daisy también estaba decepcionada. No era propio de Fatty el estar celoso. Se llegaron hasta donde estaban Bets y Pip y se sentaron a su lado diciéndoles en un susurro lo que debían hacer.

—Iremos «todos» a telefonear —exclamó Daisy—. Ya estoy cansada de estar aquí. Fatty dice que él vigilará al ladrón desde allí. Puede verle muy bien desde donde se encuentra.

Abandonaron la orilla del río y se encaminaron al pueblo decididos a ir a la oficina de correos para telefonear… pero

¡diantre! Goon no estaba. La mujer de la limpieza contestó al teléfono. No sabía dónde estaba, pero les dijo que le había dejado una nota diciéndoles que volvería a las cuatro y media lo más tardar.

—¡Caramba! ¡Y sólo son las cuatro menos cuarto! —dijo Larry—. Vamos a tomar un helado y limonada para matar el tiempo.

De manera que se tomaron unos helados… dos cada uno… y limonadas en la lechería. En ella emplearon casi media hora… y luego volvieron a la cabina telefónica para volver a probar suerte.

Esta vez el propio Goon contestó al teléfono. Larry miró a los otros.

—Está —les dijo—. ¡Bien!

—Aquí la policía —dijo Goon en tono seco y tajante—. ¿Quién habla?

—¡Señor Goon! Soy Laurence, el amigo de Federico Trotteville —dijo Larry—. Tengo algo que comunicarle… respecto al robo… bueno a los dos robos, quiero decir.

—Bien…, continúa —le dijo Goon.

—Hemos encontrado al ladrón —le dijo Larry, incapaz de contener la emoción—. Hoy le hemos visto.

—¿Dónde? —quiso saber el señor Goon.

—En una barca frente a Frinton Lea —dijo Larry—. Lleva allí mucho tiempo. Probablemente vive en la casa de huéspedes. ¿Recuerda que se encontró un pedazo de papel con esa dirección?

Se oyó un ruido extraño en el otro extremo del hilo.

—¿Qué ha dicho usted? —preguntó Larry, mas Goon guardó silencio mientras el niño proseguía con ansiedad:

—Es un individuo con un aspecto terrible, señor Goon. Le hemos reconocido debido a sus pies y manos enormes. Es feísimo… con las mejillas abultadas y ojos saltones… y tiene una tos como una oveja… como explicaron la señora Williams y Jinny. Si va usted al río ahora podrá cogerle. Fatty le está vigilando.

Larry hizo una prueba. Goon no parecía tomarle en serio.

—Señor Goon…, ¿va usted a detenerle?

Por el aparato se oyó un fuerte gruñido… y luego un golpe. ¡Goon había colgado con tanta fuerza que debía haber roto el teléfono!

—Ha colgado —dijo Larry, sorprendido—. ¿Qué le ocurrirá?

Capítulo XI

Una merienda… y una cena

Larry y los otros salieron de la cabina telefónica donde estuvieron apiñados. Larry repitió la conversación ante el asombro general.

—Será mejor que vayamos a contárselo a Fatty —dijo Larry al fin—. Está bien claro que Goon no nos cree. Ahora tendremos que hacer algo «nosotros». Quisiera telefonear al inspector.

—No. No lo hagas hasta haber hablado con Fatty —dijo Bets—. Me parece que hay algo raro en todo esto. Volvamos con Fatty.

—¡Vaya… si está aquí! —exclamó de pronto, y cierto… ¡allí estaba Fatty! Convertido otra vez en el Fatty limpio y aseado de siempre, acompañado de «Buster» que trotaba tras sus talones.

Los otros salieron de la oficina de correos y le contemplaron asombrados mientras él les sonreía.

—¡Fatty! ¿Le has dejado? ¿Cómo has vuelto a casa y te has cambiado tan de prisa? ¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Larry.

—Oh, se marchó inmediatamente después que vosotros —contestó Fatty—. Así que yo también me marché.

—¿Le seguiste? ¿A dónde fue? —quiso saber Daisy.

—No. No le seguí —dijo Fatty—. No tenía por qué hacerlo… sé perfectamente a dónde ha ido. ¿Telefoneasteis a Goon?

—Sí. La primera vez había salido…, pero la segunda pudimos hablar con él —dijo Larry—. Le hablé del terrible sujeto de la barca… con todo detalle, naturalmente… y él se limitó a gruñir y a colgar el aparato. Supongo que no me creería.

De pronto Fatty se echó a reír como si hubiera estado conteniéndose durante mucho tiempo. Se llevó las manos a los

costados y rio hasta que las lágrimas acudieron a sus ojos. Bets comenzó a reír también, pues su risa resultaba contagiosa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Larry, receloso—. ¿De qué os reís? Hoy te estás comportando de un modo muy extraño, Fatty. Lo mismo que Goon.

—Sí. Tienes razón respecto a «él» —replicó Fatty secándose los ojos—. ¡Oh, cielos… hubiera dado cualquier cosa por ver la cara de Goon cuando le llamasteis para decirle lo horrible que era con sus pies grandes, sus manazas y sus ojos saltones!

Los otros le miraron con los ojos muy abiertos sin comprenderlo al principio… hasta que la luz se hizo en su cerebro. Larry tuvo que sentarse en un banco de madera junto a la parada del autobús, porque de pronto se sintió muy débil.

—¡Troncho! No querrás decir… no querrás decir «de verdad» que aquel horrible pescador de la barca era Goon… ¡el propio Goon!

—Lo que no comprendo es cómo pudo engañaros con ese ridículo disfraz —dijo Fatty—. Debierais avergonzaros. Vaya, si se le conocía a cien leguas con esas ropas estrafalarias. ¡Y vosotros pensasteis que era el ladrón!

—Oh, Fatty… «yo» fui quien les metí la idea en la cabeza —dijo Bets como si estuviera a punto de deshacerse en lágrimas—. Vi esos pies tan grandes… y esas manos… ¡oh, Fatty!

—¡Y tú, Fatty… nos dijiste que fuéramos a telefonear a Goon… y nosotros le dimos su propia descripción! —exclamó Daisy llena de horror—. ¡Oh, Fatty…, qué malo eres!

—Lo tenéis bien merecido —repitió Fatty, insensible y volviendo a reír—. ¡Valiente hatajo de detectives estáis hechos! ¡Vais en busca del ladrón y escogéis al único policía del pueblo, disfrazado! ¡Bah… como dice Goon!

—Ahora no me extraña que gruñera y colgara el teléfono —comentó Daisy todavía más alarmada—. Escuchad… espero que no vaya otra vez a quejarse a nuestros padres.

—No lo hará —dijo Fatty—. Él no sabe si os ha engañado o no con su disfraz. Si cree que sí, estará muy satisfecho al pensar que no lo habéis descubierto, y si considera que adivinasteis quién era a pesar de su disfraz y que le queríais tomar el pelo al telefonearle, se

sentirá en ridículo. En ninguno de los casos dirá una palabra. Sólo gruñirá.

—Ahora no nos tendrá mucha simpatía —dijo Pip.

—Nunca nos la ha tenido —replicó Fatty—. De todas formas, me sorprendió verle allí esta mañana. Le descubrí en seguida.

—¡Sí! —exclamó Larry, entre contrariado y admirado.

—Al verle comprendí que había tenido la misma idea que nosotros respecto a Frinton Lea —explicó Fatty—. Y lo que es más, probablemente ahora irá a husmear por los alrededores de Rods, esté donde esté.

—¿Tú crees que servirá de algo el vigilar los alrededores de Frinton Lea y Rods, esté donde esté? —le preguntó Larry.

—No, ya no le creo —repuso Fatty considerando la cuestión—. Es sólo que no podemos dejar ninguna pista sin explorar. ¡De hacerlo es probable que precisamente aquélla nos llevara a la solución! De todas maneras, esta tarde tuve un poquitín de suerte, poco antes de que Larry y Daisy vinieran a hablar conmigo.

—¿Qué? —exclamó Larry—. Eres afortunado, Fatty… siempre tienes un poquitín de suerte en todas las ocasiones.

—Estaba sentado pescando cuando esa pintora vino a sentarse a mi lado —dijo Fatty—. Supongo que la veríais. En aquel momento se me voló el sombrero y ella lo recogió. Empecé a hablar con ella… ¡y resultó que vivía en Frinton Lea!

—¡Caramba! —exclamó Larry—. De manera que le harías algunas preguntas, supongo.

Fatty sonrió.

—¡Se las hice! Y averigüé que el único hombre que se hospeda en Frinton Lea ha estado muy enfermo y ahora comienza a levantarse. De manera que podemos descartarle como ladrón, puesto que tiene que ser un individuo muy ágil, aparte de otras cosas.

—Oh…, qué bien —exclamó Daisy—. Así que tú no has perdido el día, Fatty. No viste al ladrón, pero has podido averiguar que no vive en Frinton Lea.

—Vosotros tampoco lo perdisteis del todo —dijo Fatty volviendo a echarse a reír—. Espero no acordarme esta noche cuando esté cenando con mis padres de que telefoneasteis a Goon. Si no me

atragantaré.

—¿Y qué hay de la merienda? —preguntó Bets—. Empiezo a tener apetito.

—¡Pero si acabas de tomarte dos helados y una limonada! —exclamó Pip.

—Bueno, eso no cuenta —replicó Bets—. Los helados no se comen… se deslizan por la garganta. De todas maneras será mejor que volvamos a casa de prisa o llegaremos tarde a merendar.

—Yo os invito a todos —dijo Fatty, generoso—. Llevo bastante dinero —y sacó un puñado de monedas de su bolsillo para contarlas —. Sí, vamos. Iremos a Oliver y tomaremos merengues y chocolate… para celebrar el haber encontrado al «ladrón que no era».

Todos rieron y Bets se cogió del brazo de Fatty. ¡Qué bueno y generoso era! Siempre tenía mucho dinero, pero siempre lo compartía con los demás. Bets le apretó el brazo con afecto.

—El misterio sigue adelante, ¿no? —dijo—. Hemos descartado a Frinton Lea y ahora tendremos que buscar dónde está el número uno de Rods, y descartarlo también.

—Pues no llegaremos muy lejos en este misterio, tontina, si seguimos revisando pistas sin que ninguna conduzca a parte alguna —dijo Pip, exasperado, a su hermana pequeña—. Y de todas formas eso de número uno, Rods, parece más bien una nota hecha por alguien que tenía mucha prisa.

—Es una idea —dijo Fatty entrando en Oliver. Se sentaron y pidieron limonada, bocadillos de huevo, merengues, chocolate y pasteles de chocolate. A Bets se le hizo la boca agua.

—Nunca sé si comer tan de prisa como pueda para disfrutar de todo antes de que deje de sentir hambre, o comer despacio para paladear hasta el último pedazo —dijo Bets contemplando el montón de deliciosos pasteles.

—Tonta —le dijo Pip—. Dejarás de sentir hambre cuando hayas comido cierta cantidad, lo mismo si ha sido despacio que de prisa.

—Come como quieras, Bets —le dijo Fatty, que siempre defendía a Bets cuando discutía con su hermano.

Todos comenzaron a merendar discutiendo amistosamente si los merengues eran mejores que los bollos. La fuente pronto quedó

vacía y Fatty, después de volver a contar su dinero, pidió más.

—Y en cuanto a ese sitio llamado Rods —dijo Fatty—, o bien es el nombre de una casa abreviado… o el nombre de una familia completo o también abreviado. Aunque nunca he conocido a nadie que se apellidara Rods.

—¿Cómo podríamos averiguarlo? —preguntó Larry—. Podríamos mirar en la guía telefónica los nombres que comenzaron por Rod o Rods.

—Sí, es una buena idea —replicó Daisy tomando su segundo bollo—. En casa tenemos una guía de calles, con todas las casas y los nombres y números.

—Hablas con mucho sentido —dijo Fatty, complacido—. ¿Alguien tiene alguna idea para encontrar a una persona con los pies grandes? Quiero decir aparte de examinar los pies de todo el mundo. Casi lo he descartado… sería horrible tener que mirar nada más que pies, pies y pies todo el día, vayamos donde vayamos.

Bets rio por lo bajo.

—Y aunque encontrásemos a alguien con los pies enormes, no podemos pararle y decirle: «Perdone, ¿me permite ver la forma de sus pies y tacones de goma?».

—No, no podemos —dijo Pip—. Pero, escuchad… os diré lo que «podríamos» hacer… se me acaba de ocurrir. ¡He tenido una repentina inspiración!

—¿Qué? —preguntaron todos a una.

Pip bajó la voz. Algunas personas del establecimiento se interesaban demasiado por lo que estaban hablando.

—¿Por qué no vamos al zapatero, al único que hay ahora en Peterswood, ya que el otro se ha ido… y le preguntamos si tiene algún par de botas del número cuarenta y cinco por arreglar? Y de ser así que nos diga de quién son.

Se hizo un silencio después de esta notable sugerencia. Luego Fatty alargó su mano para estrechar la de Pip con toda solemnidad.

—¡De primera clase! —exclamó—. ¡Una idea brillante! ¡Eso sí que es tener inspiración! Adelante, Pip. ¡Eso «puede» que nos conduzca al fin a alguna parte!

Capítulo XII

Fatty, el remendón… y Goon

Al día siguiente se pusieron a trabajar para poner en práctica las sugerencias hechas en la cafetería. Daisy y Larry dijeron que consultarían la guía de calles para ver si encontraban alguna cosa que comenzara por Rod a Rods.

Pip y Bets iban a mirar los nombres de la guía de teléfonos, y Fatty a hablar con el zapatero remendón. Ninguno tenía un interés especial en ir porque no sabían cómo hacerlo sin que el remendón les tomara por tontos o por locos.

—Yo lo arreglaré —dijo Fatty—. Ya se me ocurrirá algo. Y por amor de Dios, no os dejéis engañar otra vez por ningún disfraz de Goon… ya veo que durante este cursillo ha estudiado de firme, y sólo Dios sabe lo que se pondrá la próxima vez.

—Yo miraré sus pies —dijo Bets—, y si son enormes ¡sabré que pertenecen a Goon!

Fatty reflexionó con mucho cuidado buscando el medio de aproximarse al remendón. Era de todos sabido que tenía muy mal genio y que no soportaba tonterías. Tenía que presentarse ante él con alguna excusa razonable, ¿pero cuál?

Fatty se acordó de una antigua tienda de objetos de segunda mano que viera una vez en Sheepridge, y se esforzó por recordar si vendían botas. Sí, le parecía que sí. En ese caso sería una buena idea el tomar el autobús hasta Sheepridge, buscar la tienda en cuestión y comprar el par mayor que tuvieran… y que seguramente necesitaría una reparación, y luego llevarlo al remendón. Fatty estaba seguro de que con aquella excusa podría averiguar fácilmente si el zapatero tenía otros clientes con pies enormes.

«Así sabré nombres y veré si alguno de ellos puede ser el ladrón —pensó».

De manera que fue a tomar el autobús de Sheepridge. Encontró la tienda de segunda mano, y penetró en ella conteniendo su deseo de taparse la nariz a causa del olor a polvo y humedad que había en su interior.

Había un cajón especial para botas y zapatos. Fatty los revolvió todos, y en el fondo encontró lo que deseaba… un par del número cuarenta y cinco, con un tacón gastado y un corte a un lado.

Los compró por ocho pesetas y se marchó muy satisfecho a coger el autobús de regreso a Peterswood. Volvió a su casa dudando entre si disfrazarse o no, y por fin decidió hacerlo para no perder la costumbre.

Fue a su cobertizo para echar un vistazo a sus cosas. ¿Se disfrazaría de viejo vagabundo? Le salía bastante bien. ¡Sí… no era mala idea… y podría ponerse aquellas horribles botas! Le harían cojear, ¿pero qué importaba eso? Así resultaría más natural.

Fatty comenzó a trabajar rápida y eficazmente con la esperanza de que su madre no fuera a buscarle. Se hubiera asustado al ver en el cobertizo a un viejo y sucio mendigo. Al cabo de media hora, abrióse la puerta y el mendigo salió al jardín caminando a cortos pasos y mirando a todas partes con recelo.

Su aspecto era terrible. Fatty había ennegrecido sus dos dientes centrales y puesto una mejilla postiza para dar la sensación de que tenía dolor de muelas en el lado derecho. Se había puesto también unas cejas grises despeinadas, y un bigotillo hirsuto del mismo color, y su rostro estaba surcado de sucias arrugas. ¡Fatty era muy aficionado a embadurnarse el rostro! Su peluca era una de las mejores de su colección… cabellos erizados color gris con una calva en el centro.

Fatty se había reído de sí mismo al contemplarse en el espejo del cobertizo. ¡Qué mendigo! Llevaba guantes llenos de agujeros, pantalones de pana muy sucios, y una camisa igualmente sucia… ¡y las botas!

Fatty tenía que arrastrar los pies con ellas, de manera que cogió un bastón que había cortado de un seto durante uno de sus paseos para apoyarse al andar. Sujetóse una pipa de arcilla entre sus

dientes y sonrió. Se sentía verdaderamente orgulloso y por un instante estuvo tentado de presentarse en la puerta posterior y pedir un pedazo de pan seco a la cocinera.

Decidió no hacerlo. La última vez que lo hizo, la cocinera pegó tal chillido que casi se hunde la casa, y su madre por poco le pesca. Salió cautelosamente del cobertizo para dirigirse al fondo del jardín. Pensaba salir por aquella puerta para no correr el riesgo de encontrarse con nadie de la casa.

El viejo vagabundo echó a andar carretera abajo, chupando su pipa vacía y lanzando ruidos muy curiosos semejantes a gruñidos. Se dirigió a la tiendecita del zapatero remendón y penetró en su oscuro interior.

El remendón se inclinó sobre el mostrador para mirar al oír la campanilla.

—¿Qué desea? —le preguntó.

—Oooooh… ah… —exclamó Fatty quitándose la pipa de la boca —. Son mis botas, maestro. Me hacen daño. Son demasiado pequeñas y además hay que remendarlas. ¿Tiene usted algunas mayores para venderme?

El remendón se inclinó sobre el mostrador para mirar los pies de Fatty.

—¿Qué número calza… cuarenta y cuatro o cuarenta y cinco? —dijo—. No, no tengo ninguna de ese número. Es poco corriente.

El viejo vagabundo lanzó una risa muy curiosa.

—Ah, sí, son grandes. Antes era un hombre alto, ¡ya lo creo! ¡Apuesto a que en este vecindario no hay nadie que tenga los pies más grandes que yo!

—Aquí hay dos que tienen los pies grandes —repuso el zapatero tras reflexionar—. Uno es el señor Goon, el policía, y el otro el coronel Cross… son los que los tienen más grandes. Les cobro más caro cuando les vendo las botas… ¡y el cuero que gasto en ponerles medias suelas! ¿Quiere usted que le remiende las suyas?

—Ay, sí…, si puede conseguirme otro para ponerme mientras me remienda éstas —repuso el viejo mendigo volviendo a soltar aquella risita tan particular—. ¿No podría prestarme un par del coronel Cross…? ¿Tiene algunas suyas para arreglar?

—No… y tampoco se las prestaría si las tuviera —replicó el

zapatero tajante—. ¿Es que quiere crearme un conflicto?

—No, no —dijo el vagabundo—. ¿Lleva tacones de goma en sus botas?

El zapatero perdió la paciencia.

—¿Qué le pasa? ¿Ha venido para hacerme perder el tiempo? Luego querrá saber si el carnicero lleva cordones negros o marrones. Largo de aquí, y no vuelva más.

—Está bien, señor, está bien —dijo el hombre renqueando hasta la puerta, donde se detuvo presa de un alarmante golpe de tos.

—Deje de fumar en pipa y se librará de la tos —le dijo el remendón malhumorado. Y entonces vio a alguien que trataba de entrar apartando al vagabundo—. Salga de mi tienda y deje entrar a los demás.

La persona que trataba de entrar era un hombre corpulento con un bigotillo negro, rostro moreno, gafas oscuras y grandes pies. Empujó al vagabundo para pasar.

—Déjeme sitio —dijo de mal talante, y Fatty aguzó el oído al punto. Conocía aquella voz… sí, y la figura también le era familiar… ¡era Goon!

«¡Goon! ¡Con “otro” disfraz! —pensó Fatty lleno de sorpresa y regocijo—. Esta vez lo ha hecho mejor…, se ha puesto lentes oscuros para ocultar sus ojos de sapo, y maquillaje en el rostro para que parezca bronceado».

Contempló al robusto Goon. Llevaba pantalones de franela blanca, camisa sin corbata, cinturón rojo, y los pies calzados con enormes zapatos blancos.

«¿Por qué ese disfraz? —se preguntó Fatty—. ¿Lo habría hecho únicamente para hacer prácticas como yo? ¿O es que piensa ir a husmear a alguna parte? Tal vez haya descubierto dónde está o quién es Rods. Será mejor que me quede para averiguarlo».

Y se sentó en un banco de madera que había fuera del establecimiento, y estuvo alerta para ver si captaba alguna palabra. ¿Qué iba a hacer Goon a la zapatería? ¡Seguramente habría tenido la misma idea brillante de Pip… para preguntar capciosamente por las reparaciones de botas grandes!

¡Y así era! Goon estaba muy satisfecho y había inventado una bonita historia para que le ayudara.

—Buenos días —dijo al zapatero—. ¿Ha dejado aquí mi hermano sus botas para que se las arregle? Me dijo que viniera a buscarlas. Son muy grandes, del cuarenta y cuatro o cuarenta y cinco.

—¿Qué nombre es? —preguntó el remendón.

—No dijo su nombre —replicó el señor Goon—. Sólo dejó las botas.

—Pues no tengo ningún par tan grande —repuso el zapatero—. Nada más tengo dos clientes que calcen ese número.

—¿Quiénes son? —quiso saber Goon.

—¿Y a usted qué le importa? —replicó el zapatero impaciente—. ¿Es que voy a perder toda la mañana hablando de botas grandes?

—Sé que uno de esos clientes es el señor Goon —dijo el policía —. Conozco mucho al señor Goon. Es un gran amigo mío. Un individuo muy simpático.

—¿Oh, «sí»? Entonces le conoce usted mejor que yo —dijo el remendón—. Yo no he tenido tiempo para perderlo con ese viejo y pretencioso policía.

El señor Goon enrojeció bajo el maquillaje.

—¿Quién es el otro cliente? —preguntó en tono tan fiero que el zapatero le miró sobresaltado—. Me refiero al de los pies grandes. Será mejor que conteste a mi pregunta. ¡Puede que me haya enviado aquí el propio policía señor Goon!

—¡Bah! —replicó el remendón, pero luego pensándolo mejor, agregó—: El otro es el coronel Cross.

—¿Lleva tacones de goma? —preguntó el señor Goon, quien quedó muy sorprendido por la repentina cólera del remendón.

—¡Tacones de goma! ¡Cuántas personas quieren saber si lleva tacones de goma! ¿Y a mí qué me importa? ¡Vaya a preguntárselo usted! —rugió el zapatero poniéndose tan rojo como el señor Goon —. ¡Vaya un par que están hechos usted y ese viejo vagabundo!

—¿Qué viejo vagabundo? —exclamó Goon, muy sorprendido.

—¡Ése al que ha empujado para entrar… y que tiene los pies tan grandes como usted! —rugió el zapatero—. ¡Largo de mi tienda! ¡Tengo mucho quehacer! ¡Tacones de goma!

Goon salió con aire de gran dignidad y deseando decir al zapatero quién era… qué sorpresa se hubiera llevado. ¿Qué le había

llamado? ¡Viejo pretencioso! Goon lo grabó bien en su memoria. ¡Algún día el zapatero se arrepentiría de sus rudas palabras!

Y ahora, ¿qué había sido del vagabundo de los pies grandes? ¿Dónde estaba? ¡Debía ser el ladrón! Al parecer en Peterswood no había muchas personas con los pies grandes. Que él hubiera podido averiguar… nada más él y el coronel Cross. Tendría que preguntar por las botas del coronel… y ver si llevaban tacones de goma… aunque no era muy probable que aquel coronel Cross fuera a robar a las casas de sus vecinos.

Goon apareció ante la brillante luz del sol, alegrándose de llevar lentes oscuros. ¿Dónde estaba aquel mendigo? ¡Vaya… qué suerte… allí estaba, sentado en un banco cercano!

Goon tomó asiento a su lado. Fatty le miró y por poco se echó a reír al ver cómo Goon observaba sus viejas botas. Ah… había despertado sus sospechas. Bien, Fatty estaba dispuesto a permanecer allí sentado tanto tiempo como Goon… y a divertirse un poco también. Alargó las piernas para que sus botas se vieran bien. ¡Vamos, Goon…, di algo!

Capítulo XIII

Un poco de diversión

Goon no tenía la más remota idea de que se hallaba sentado al lado de Fatty, y contempló a aquel anciano sucio a través de sus lentes ahumados. ¿Sería el ladrón? Quiso ver sus manos, pero Fatty las seguía llevando cubiertas por un par de guantes agujereados.

—¿Quiere tabaco? —le dijo Goon viendo que la pipa de arcilla de Fatty estaba vacía. Fatty le miró antes de llevarse la mano a la oreja—. ¿«Quiere tabaco»? —insistió Goon en tono más alto.

Fatty continuó con la mano detrás de la oreja mientras miraba interrogadoramente a Goon y sin dejar de chupar su vieja pipa.

—«¡Que si quiere un poco de picadura!» —rugió el señor Goon.

—Oh, ah… sí… me duele mucho la cabeza —repuso Fatty—. Oh, mi cabeza. Es algo crónico.

—¡He dicho que si «quiere picadura»! —volvió a gritar Goon.

—Ya le he oído la primera vez —dijo Fatty con dignidad—. Estoy en tratamiento en el hospital. Y mis pobres pies también.

Lanzó una tos seca y prolongada y luego se secó la nariz con el revés de la mano.

—¡Tiene usted los pies muy grandes! —dijo Goon.

—Oh, ah… se está muy bien al sol en este banco —convino el viejo vagabundo—. Yo siempre me siento aquí por las mañanas.

—He dicho… «que tiene usted los pies grandes» —gritó Goon.

—Tiene razón. No hay bastante carne hoy en día —dijo el vagabundo volviendo a toser—. Tiene mucha razón. La carne es buena.

Goon se dio por vencido.

—Viejo tonto —dijo en tono normal, pensando que el

vagabundo era sordo como una tapia, pero ante su sorpresa el vagabundo le oyó.

—¡Eh, oiga! ¿Por qué me llama viejo tonto? —exclamó el vagabundo en tono fiero—. ¡Le he oído! ¡Sí, le he oído! Se pensaba que era sordo, ¿no? ¡Pero le he oído!

—Vamos, vamos… no sea tonto —dijo Goon alarmado ante el enfado del vagabundo—. Cálmese.



—¡Le pegaré! ¡Sí, le pegaré! —dijo el vagabundo levantando el bastón. Goon se retiró apresuradamente hasta el otro extremo del banco discutiendo consigo mismo. Aquel viejo no podía ser el ladrón. Era sordo, tenía los pies enfermos y dolor de cabeza. Pero ¿de dónde habría sacado aquellas botas? Lo mejor era seguirle hasta su casa para ver dónde vivía. Era evidente que de nada iba a servir

el preguntárselo y que tan sólo obtendría una estúpida respuesta. De manera que Goon sacó su pipa y se dispuso a llenarla en espera que el viejo vagabundo se marchara.

Fatty también esperaba que se marchase Goon porque deseaba saber si el policía había descubierto quién era o dónde estaba Rods. Así que ambos permanecieron allí sentados: uno chupando su pipa vacía, y el otro fumando la suya y produciendo una humareda tal que Fatty casi se ahoga.

¡Y entonces vio a Larry, Daisy, Bets y Pip que se acercaban por la calle! Gracias a Dios que no llevaban a «Buster», quien al instante hubiera olfateado a Fatty saludándole con alegría, mas el perro estaba encerrado en el cobertizo cuya puerta seguramente arañaría en vano.

Fatty hundió la barbilla en el pecho con la esperanza de que ninguno de los cuatro le reconociera. Hubiese sido una lástima, porque al acercarse a él le descubrirían ante Goon.

Pero no le reconocieron. Tras dirigirle apenas una mirada, posaron sus ojos en Goon.

Pasaron de largo volviendo la cabeza para dirigir furtivas miradas al policía disfrazado, quien mordía su pipa con desesperación, rezando para que los cuatro se marchasen. Menos mal que no iba con ellos aquel gordito, pues le hubiera descubierto en seguida, fuera o no disfrazado.

Los cuatro niños se detuvieron al final de la calle porque Bets comenzó a tirar de la manga de Larry con toda urgencia.

—¿Qué te pasa, Bets? —le preguntó Larry.

—¿Ves a aquel hombretón que está sentado en ese banco al lado de ese vagabundo? —dijo la niña. ¡Estoy segura de que es Goon! Conocería sus manos sucias en cualquier parte. Ha vuelto a disfrazarse… esta vez su disfraz es mejor porque se ha tapado los ojos. Es imposible equivocarse si se le ven.

—Yo creo que Bets tiene razón —exclamó Daisy mirando hacia atrás—. Sí… es Goon… por el modo de sentarse y por todo. ¡«Es» Goon!

—Entonces vamos a divertirnos un poco con él —propuso Pip—. Adelante. Él no sabe si le hemos descubierto o no, y se llevará un susto terrible.

Bets rio.

—¿Qué vamos a hacer?

—Oh, no gran cosa… acercarnos a él con aire inocente para hacerle unas cuantas preguntas tontas —dijo Larry—. Ya sabes. ¿Quiere hacer el favor de decirme qué hora es? ¿Tiene cambio de cinco chelines? ¿Dónde está la parada del autobús?

Todos rieron.

—Yo iré primero —dijo Pip dirigiéndose hacia el banco. Fatty se alarmó al verle venir. Seguro que Pip no le había reconocido, y parecía dispuesto a hablarle. ¡No… con quien iba a hablar era con Goon!

—¿Podría decirme qué hora es, por favor? —le preguntó Pip en tono inocente, y Goon frunció el ceño mientras consultaba su enorme reloj.

—Las doce menos diez —le dijo.

—Muchísimas gracias —dijo Pip ante el asombro de Fatty. Pip tenía reloj. ¿A qué venía entonces la pregunta? ¡Cielos…!, ¿sería posible que los otros hubieran reconocido a Goon a pesar de todo… y hubieran decidido divertirse a su costa?

Luego llegó Larry.

—Oh…, ¿podría usted cambiarme esta moneda, señor? —preguntó a Goon en tono cortés, y Fatty casi se atraganta, aunque su tos quedó ahogada por el gruñido de Goon.

—No. Lárgate —replicó Goon, incapaz de olvidar su expresión favorita.

—Muchísimas gracias —dijo Larry con toda cortesía antes de marcharse.

Fatty sacó su pañuelo dispuesto a ocultar su rostro si se acercaba alguno más con una nueva embajada. Aquello sí que no se lo había imaginado.

Entonces llegó Daisy.

—Perdone, ¿podría decirme si para aquí el autobús que va a Sheepridge? —le preguntó.

Goon estaba a punto de explotar. ¡Aquellos niños! Allí estaba él, con un disfraz perfecto para que nadie pudiera reconocerle, y que debiera haberle protegido contra aquella plaga de niños… y allí estaban todos persiguiéndole como un enjambre de abejas. ¿Es que

hacían lo mismo con todo el mundo? ¡Tendría que denunciarles… y quejarse ante sus padres!

—Ve a mirar el tablero del horario —le dijo a Daisy.

—Oh, muchísimas gracias —replicó Daisy antes de marcharse.

Fatty estaba casi muerto de risa tratando de contener sus carcajadas. Tuvo otro acceso de tos y se cubrió la cara con el pañuelo, y Goon le miró con recelo.

—Qué tos tan fea tiene usted —le dijo, y el pobre Fatty no pudo responderle. Rezaba para que los otros no fueran a hacerle más preguntas.

Goon estaba discutiendo otra vez consigo mismo. Con todos aquellos niños revoloteando a su alrededor, nunca llegaría a ninguna parte. ¿Le habrían reconocido a pesar del disfraz? ¿O es que se comportaban siempre así? Al ver que Daisy se acercaba de nuevo, se levantó precipitadamente para encaminarse al puesto de policía. No podía soportarlo más.

Fatty se desahogó por fin escondiendo el rostro en su pañuelo y riendo hasta que le saltaron las lágrimas. Daisy le miró, alarmada.

—¿Se encuentra usted bien? —le preguntó con timidez.

Fatty se incorporó.

—Sí, gracias, Daisy —repuso con su voz normal, y Daisy se le quedó mirando boquiabierta.

—¡Fatty! —susurró—. ¡Oh, «Fatty»! Hemos reconocido a Goon… ¡pero no sabíamos que el vagabundo eras tú!

—Escucha —le dijo Fatty—. No quiero tener que cambiarme… me cuesta mucho ponerme y quitarme este disfraz… y quiero ver si Goon ha descubierto algo respecto a Rods. Esta vez está haciendo uso de su cerebro, ¿sabes? Se le ha ocurrido ir a hablar con el remendón igual que a nosotros, y no quiero que se nos adelante. Creo que lo mejor será que hoy le sigamos.

—Está bien —replicó Daisy sentándose a su lado y hablándole en voz baja—. Supongo que querrás que te traigamos algo de comer. Cerca de la casa de Goon hay una parada de autobús. Puedes sentarte allí, comer tu comida y leer el periódico… y al mismo tiempo vigilar a Goon.

—Sí…, eso haré —dijo el niño—. Presiento que Goon lleva adelante este caso, y si nos gana terreno, quiero saberlo.

—Esta mañana no pude encontrar la guía de calles —dijo la niña sin volver la cabeza hacia Fatty para que nadie sospechara que estaba hablando con el mendigo—. Esta tarde Larry pedirá una prestada. Pip ha encontrado dos nombres en la guía telefónica que nos pueden servir… uno es Rodney, y el otro Roderick. Los Rodney viven arriba, en la colina, y los Roderick cerca de tu casa.

—Oh, sí… ahora me acuerdo —dijo Fatty—. Vaya, me parece que podemos destacar a los Roderick. Sólo hay una anciana, la señora Roderick, y una señorita joven. Allí no vive nadie que lleve zapatos del cuarenta y cinco. Pero no conozco a los Rodney.

—¿Quieres que yo y los otros vayamos a ver si podemos averiguar algo de los Rodney? —dijo la niña—. Podríamos ir esta tarde. Mamá les conoce, de manera que es fácil encontrar alguna excusa.

—En el pueblo se celebra una subasta benéfica —dijo Fatty—. ¿No podríais ir a pedir objetos? Especialmente botas viejas… lo más grandes posibles, como las que lleva un vagabundo que tú conoces.

Daisy rio por lo bajo.

—Tienes unas ideas estupendas, Fatty —le dijo—. ¡Supongo que ese vagabundo eres tú! Sí, iré a pedir objetos. ¡Deben estarse preguntando qué es lo que estoy haciendo aquí, hablando sola!

Desde luego que quedaron muy sorprendidos al ver que Daisy se sentaba después de la marcha de Goon, y que al parecer hablaba sola. Estaban ya a punto de acercarse a ella cuando la niña abandonó el banco para volver con ellos.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Larry, y Daisy sonrió encantada.

—¡Era Fatty! —susurró—. No deis muestras de reconocerle por lo que más queráis. Tenemos que traerle algo de comida como sea, porque sospecha que Goon sigue alguna pista y quiere vigilarle.

Los cuatro pasaron solemnemente por delante del banco de Fatty y a todos les fue guiñando un ojo el vagabundo a medida que pasaban.

—Nos vamos a comer —exclamó Daisy en voz alta como si hablara con Larry. ¡Pero el vagabundo sabía muy bien que se dirigía a «él»!

Capítulo XIV

Una tarde muy ocupada

Fatty se fue arrastrando los pies, hasta la parada del autobús, próximo a la casa de Goon. Iba inclinado hacia delante como si le doliera la espalda, y de cuando en cuando lanzaba un gruñido. Una mujer sentada en un banco le miró con simpatía. ¡Pobre hombre! E inclinándose hacia delante, le ofreció una moneda.

Fatty quedó tan sorprendido que por poco se olvida de que era un mendigo. No obstante, reaccionó rápidamente y se llevó el índice a la frente exactamente igual que el anciano cochero de su padre cuando iba a verles.

—Gracias, señora —rezongó.

No había ni rastro del señor Goon, quien se había retirado presuroso a la parte posterior de la casa y se estaba quitando el disfraz. Aquella tarde saldría con su uniforme… ¡y ay de los remendones que se atreviesen a replicarle!

Pronto llegó Daisy con unos bocadillos envueltos en un periódico. ¡Fatty aprobó este detalle! Así hubiera llevado su comida de ser un auténtico vagabundo. ¡Bien por Daisy! Su tropa se estaba portando muy bien.

Daisy se sentó en el banco fingiendo atarse el zapato, y habló a Fatty por la comisura de sus labios.

—Aquí tienes tu comida. Es lo mejor que he podido conseguir. Larry ha mirado los nombres de las casas en la guía que le han prestado. Sólo hay una que empiece por Rod, y es una que se llama Rodways, y está cerca de la de Pip.

—Gracias. Tú ve a casa de los Rodney a pedir para la subasta con Bets, y dile a Larry que vaya a Rodways a investigar —le dijo

Fatty—. Que averigüe si hay alguien que tenga los pies grandes, y que pudiera ser el ladrón, Rodways es una casita pequeña, ¿verdad?

—Sí —replicó Daisy—. De acuerdo. Y tú vas a seguir a Goon para ver si ha descubierto algo, ¿no? Más tarde nos encontraremos en tu cobertizo.

Acabó de atar el cordón de su zapato, se incorporó y le dijo adiós, pero al marcharse dejó sobre el banco el paquete de comida envuelta en papel de periódico.

«¡Muy inteligente! —pensó Fatty, abriéndolo—. Bien por Daisy».

Se comió bien a gusto los bocadillos de huevo y de tomate, y él gran pedazo de pastel de frutas. ¡Daisy había puesto incluso una botella de «Coca-Cola» con su abridor correspondiente! Una vez hubo terminado su comida, Fatty volvió a llevarse a la boca su pipa de arcilla, y abriendo el periódico, que era de aquel día, se dispuso a leerlo con toda comodidad.

Goon fue a la salita de la parte delantera de su casa y se sentó a leer los periódicos. Al mirar por la ventana, vio al vagabundo sentado en el banco.

«¡Ha vuelto a aparecer como la falsa moneda! —díjose Goon interiormente—. Bien, puedo vigilarle mientras siga sentado ahí. No obstante, él no puede ser el ladrón… está demasiado achacoso».

El vagabundo, después de leer el periódico pareció quedarse dormido. Goon, una vez hubo comido, estuvo haciendo algunas llamadas telefónicas; luego se dispuso a proseguir su trabajo, y para ello consultó sus notas.

Frinton Lea. Ya estaba tachado. Después de pasarse el día vigilando la casa y tras las averiguaciones hechas, había llegado a la conclusión de que podía descartarlo. Ahora tenía que ir a por los Roderick… los Rodney… y aquella casa del final del paseo que se llamaba… Rodways. Uno de aquéllos tenía que ser el Rods que figuraba en el pedazo de papel.

«Rods. Esto sí que es una pista. Estoy seguro. Menos mal que esos niños no conocen la existencia de estos pedazos de papel. ¡Ah, yo les aventajo en eso!».

El pobre señor Goon ignoraba que Tonks se los había enseñado a Fatty, ¡o de lo contrario, no hubiera estado tan contento! Recogió sus papeles, frunció el ceño preparando su plan de campaña, y se

puso en pie pesadamente mientras sus botas resonaban a cada uno de sus pasos.

El viejo mendigo seguía en el banco.

«¡Valiente holgazán!», pensó el señor Goon, sacando su bicicleta de la casa y alejándose en ella antes de que Fatty tuviera tiempo de incorporarse.

—¡Maldición! —exclamó Fatty—. Va sin disfraz… y en bicicleta. ¡Me ha fastidiado! No me acordaba de su bicicleta, y ahora no podré seguirle.

No sabía qué hacer. Bueno, los otros se ocupaban de los Rodney y de la casa llamada Rodways. ¡Lo mejor era ir a ver la casa del coronel Cross! ¡Siendo, al parecer, la única persona en Peterswood que usaba zapatos del cuarenta y cinco, bien valía la pena ir a investigar!

Goon fue primero a casa de los Roderick, descubriendo lo que Fatty ya sabía… que en la casa no habitaba ningún hombre. Bien, podía tacharlo también.

Dirigióse a la de los Rodney… y lo primero que vio fueron dos bicicletas apoyadas contra la cerca… ¡dos bicicletas de niña, y a Bets y a Daisy que se dirigían a ellas!

¡Otra vez aquellos niños! ¿Qué estaban haciendo «allí»? ¿Y qué era lo que llevaban? Goon las observó.

—Buenas tardes, señor Goon —exclamó Daisy alegremente—. ¿Quiere venir a la subasta benéfica a comprar un par de zapatos?

Goon contempló los cuatro o cinco pares de botas y zapatos.

—¿De dónde lo habéis sacado? —les preguntó.

—Nos lo ha dado la señora Rodney —repuso Daisy—. Los estamos recogiendo para la subasta, señor Goon. ¿Tiene «usted» algo que pudiera servir? Tal vez un par de botas viejas…

—La señora Rodney nos ha dejado mirar su mueble zapatero, y nos ha dado estos pares —dijo Bets.

Goon no supo qué decir, limitándose a mirarlas. ¡Los Rodney! De manera que aquellos niños impertinentes habían seguido también aquella pista… y rondaban a los Rodney igual que él… pero le habían tomado algo la delantera.

No sabía si entrar o no. La señora Rodney no recibiría de muy buen grado a quien fuera a preguntarle otra vez por sus zapatos.

Dirigió de nuevo su vista hacia el montón de botas y zapatos viejos que Bets y Daisy iban metiendo en las cestas de sus bicicletas.

Daisy vio su interés.

—No. No hay ningún par del cuarenta y cinco —le dijo riendo —. El número mayor que calzan los Rodney es el cuarenta y tres. Eso le ahorrará mucho trabajo, señor Goon.

—¡Bah! —exclamó el señor Goon montando furioso en su bicicleta. ¡Aquellos niños eran una plaga! ¿Y cómo se habrían enterado de lo de los Rods? ¿Les habría enseñado Tonks los pedazos de papel? ¡En ese caso, haría que le cortasen la cabeza!

Se dirigió a casa de los Rodways, que estaba en el camino del río, y estaba apoyando su bicicleta contra el muro, cuando vio que allí habían dos más… esta vez de niño. ¡Bien, como fuesen las de aquellos mocosos impertinentes, les diría unas cuantas cosas!

Larry y Pip estaban allí, y al parecer se detuvieron ante la casa para jugar a la pelota… y uno de ellos acababa de lanzarla dentro del jardín.

—¡Qué poco cuidado tienes, tonto! —le gritó Pip a Larry—. Ahora tendremos que pedir permiso para recoger la pelota.

Fueron a llamar a la puerta que estaba abierta de par en par. Una anciana, sentada en una mecedora, les miró desde un rincón del zaguán.

—¿Qué queréis? —les preguntó con voz asustada.

—Perdone —le dijo Larry, cortés—. Nuestra pelota ha caído en su jardín. ¿Podemos recogerla?

—Sí —respondió la vieja, comenzando a mecerse—. Y decidme si ha pasado ya el lechero, ¿queréis? En ese caso, la botella estará fuera. ¿Y visteis al panadero por el camino?

—No, no le hemos visto —dijo Pip—. «Hay» una botella aquí, junto al escalón. ¿Quiere que la entre?

—Sí, gracias —replicó la anciana—. Ponla en la despensa, eres un buen chico. ¡Ese panadero! ¡Llega tarde todos los días! Supongo que no se me habrá pasado por alto. Me he dormido, ¿sabéis?, y puede que no le haya oído.

Larry echó un vistazo a la casita. Vio un gran sombrero colgado del paragüero, y debajo un impermeable enorme. ¡Ajá! Allí vivía alguien corpulento, eso seguro.

—¡Qué impermeable más grande! —dijo a la anciana—. ¡Es de tamaño gigante!

—Ah, es de mi hijo —replicó la vieja meciéndose muy de prisa —. Es muy alto… pero muy amable y dulce…, lo que yo digo, igual que un perro grandote.

Pip ya había aguzado el oído y exclamó:

—¡Debe ser enorme! ¿Qué número de zapato calza? ¡El cuarenta y cinco por lo menos!

La vieja lanzó una especie de risa.

—¡Qué cosas tienes! ¡El cuarenta y cinco! Mirad ahí… en ese estante… ésas son las botas de mi hijo… ¡y os sorprenderán!

Sí que «fueron» una sorpresa…, pues los zapatos no eran mayores que los de Larry… ¡un treinta y ocho! Los niños los contemplaron con asombro.

—¿De verdad calza el treinta y ocho? —dijo Larry—. ¡Qué pies tan pequeños tiene siendo un hombre tan corpulento!

—Sí. Pies y manos pequeños… es cosa de familia —exclamó la anciana mostrando sus pies y manos. Pip miró a Larry. Rodways quedaba definitivamente descartado. ¡El ladrón no vivía allí!

Alguien se acercó por el jardín y gritó:

—¡Abuela! ¡Aquí está el panadero!

—¡Cielos… otra vez ese panadero que parece un gallo! —dijo Pip con disgusto—. No podemos librarnos de él.

—¡Una barra, como siempre, panadero! —exclamó la anciana—. Éntramelo.

El panadero dejó su cesta en el suelo, cogió un pan y entró en la casa. Al ver a los dos niños, les sonrió amistosamente.

—¡Aquí estamos otra vez! ¿Habéis venido a ver a la abuela?

Dejó el pan en la bolsa que colgaba en la despensa y volvió a salir recogiendo su cesta, y luego se marchó silbando y moviendo los pies como un gato.

—Ahora id a buscar la pelota —dijo la anciana acomodándose en la mecedora—. Ahora que ya han traído el pan y la leche, podré dormir tranquila.

Los niños salieron, recogieron la pelota y Larry la lanzó al camino. Se oyó un grito de furor:

—¡Vamos! ¿Qué significa eso de arrojarme la pelota? El rostro

furioso del señor Goon asomó por encima del seto, y los niños le miraron sorprendidos.

—¡Caramba…! ¿Es que le he dado, señor Goon? —exclamó Pip, preocupado—. No sabíamos que estaba usted ahí.

—Escuchad…, ¿qué estáis haciendo «aquí»? —quiso saber el señor Goon—. Adondequiera que voy os encuentro. ¿A qué estáis jugando?

—A la pelota —replicó Larry, cogiéndola para arrojársela a Pip, quien no supo detenerla, y dio en la pared y de rebote fue a dar en el casco del señor Goon, quien se tornó del color de la remolacha mientras los niños emprendían la huida.

—¡Sapos! —murmuró el señor Goon enjugándose el sudor del cuello—. ¡Sapos! ¡Cualquiera diría que el caso es suyo! Cualquiera diría que ellos lo hacen todo, y siempre se interponen en mi camino. ¡Bah!

Echó a andar por el jardín en dirección a la casa, pero ahora la anciana estaba profundamente dormida, y no se despertó a pesar de que el señor Goon hablaba a voz en grito. Al ver el impermeable en la percha, se le ocurrió lo mismo que a los niños. Impermeable grande…, hombre grande…, pies grandes…, ¡el ladrón!

Entró en la casa y comenzó a investigar, pero tropezó con una pala y la vieja se despertó sobresaltada, lanzando un grito al ver al señor Goon:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Ladrones! ¡Asesinos! ¡Socorro! ¡Ladrones!

El señor Goon estaba asustado, y se incorporó para hablarle en tono pomposo:

—Vamos, señora, si es la policía quien la visita. ¿Qué número de zapatos calza su hijo?

Aquello fue demasiado para la pobre mujer, que pensó que el policía estaba loco, y comenzó a mecerse tan violentamente que Goon pensó que iba a caerse de la silla.

Le dirigió una última mirada y echó a correr seguido de los gritos de la vieja. Montó de un salto en su bicicleta y echó a correr por el camino como un relámpago. ¡Pobre señor Goon… no deseaba la compañía de una anciana furiosa!

Capítulo XV

Más sobre botas

Fatty había ido a casa del coronel Cross, que era apacible y pequeña, y estaba situada no lejos del río. Sentado en el jardín había un hombre corpulento con bigote blanco, y el rostro muy encarnado.

Fatty le estudió al amparo del seto. Su aspecto era fiero… muy fiero, y consideró una suerte encontrarle dormido. Y no sólo dormido, sino roncando.

Fatty miró sus pies. ¡Eran enormes! ¡El remendón tuvo razón… el coronel calzaba por lo menos un cuarenta y cinco, y Fatty creyó ver también en una de sus botas un tacón de goma! ¡Diantre…, si hubiera dado por fin con el ladrón! Pero el coronel Cross no tenía aspecto de ladrón. Cualquier cosa menos eso, pensó el niño.

Fatty deseaba haber llevado un telescopio pequeño o unos prismáticos para poder ver con más detalle el tacón de goma. No se atrevía a entrar arrastrándose por el jardín para mirar los tacones. Desde luego que el coronel estaba profundamente dormido con una pierna cruzada sobre la otra… ¡pero pudiera ser uno de esos durmientes de sueño ligero que se despiertan de pronto!

Y el coronel se despertó de repente. Lanzó un ronquido más potente que los otros, que le hizo despertar dando un salto. Se incorporó para enjugarse el rostro con un pañuelo a cuadros. Desde luego, era un gigante. De pronto vio el rostro de Fatty por encima del seto y explotó:

—¿Por qué me ha despertado? ¿Qué está haciendo aquí? ¡Hable, hombre!

—Yo no le he despertado, señor —respondió Fatty en tono

humilde—. Sólo estaba mirando sus pies.

—Dios nos asista… ¿Mis pies? ¿Por qué? —quiso saber el coronel.

—Estaba deseando que tuviera usted un par de botas viejas que darme —repuso Fatty con gran humildad—. Soy un viejo vagabundo, señor… y tanto andar es malo para los pies. Muy malo, señor. Tengo los pies muy grandes, señor, y es difícil encontrar botas que me vayan bien… me refiero desechadas.

—Vaya a la parte de atrás y pídaselas a mi ama de llaves —dijo el coronel con un gruñido—. ¡Pero procure hacer algo a cambio si le dan algún par! ¡Hrrrrrp!

Fue un ruido maravilloso… parecido al relincho de un caballo, y Fatty decidió usarlo en el futuro. ¡Hrrrrrp! ¡Estupendo! Cualquier día asustaría a los otros.

—Gracias, señor. ¡Cortaré leña o lo que sea si puedo conseguir un par de sus botas! —dijo.

Abandonó el seto y fue a dar la vuelta a la casa. Una mujer de aspecto amable le abrió la puerta de atrás.

—Buenos días, señora, el coronel dice que mire usted a ver si puede darme un par de botas viejas —le dijo Fatty con el sombrero en las manos y luciendo su pelambrera gris.

—¡Otro soldado jubilado! —suspiró el ama de llaves—. No hay ningún par de botas… pero puede que haya un par de zapatos viejos. ¡Y la verdad es que no están muy gastados! ¡Vaya… vaya… el coronel ha llegado ayer y ya está regalando sus cosas, como de costumbre!

Fatty aguzó el oído.

—¿Dónde ha estado? —preguntó.

—Oh, en la India —dijo la mujer—. Y ahora ha vuelto por última vez. Llegó ayer en avión.

«Ah —pensó Fatty—, entonces el coronel queda descartado. No es que pensase que pudiera ser él… ¡no tiene el menor aspecto de ladrón! ¡No obstante, hay que vigilar a todos los sospechosos y seguir todas las pistas!».

—¿Dice usted que regala muy a menudo los zapatos del amo? —le preguntó.

—No sólo zapatos… de todo —fue su respuesta—. Es una fiera,

¿sabe?, pero también es muy bueno… y siempre está regalando cosas a los viejos soldados. Pero desde que está fuera, ha enviado sus cosas cada año a la subasta benéfica.

—¡Vaya… espero que no haya enviado zapatos o botas de su talla! —exclamó Fatty riendo—. ¡A mí me irían de primera!

—El año pasado envié un par de botas —dijo la mujer—. A usted le hubieran ido bien. Pero no sé quién compraría zapatos tan enormes. Yo le dije a la señorita Kay cuando vino a pedírmelas: «¡Vaya, ahí las tiene, pero apuesto a que no las vende!».

Fatty tomó nota mentalmente de buscar a la señorita Kay para preguntarle si recordaba quién compró las botas pertenecientes al coronel. ¡Tal vez fuese el ladrón!

—El coronel me dijo que hiciera alguna cosa a cambio —dijo Fatty.

—Bien, pues vaya a quitar las malas hierbas de aquel parterre del jardín —replicó el ama de llaves. Yo no puedo agacharme. Se ha vuelto a dormir. Le oigo roncar, así que no le moleste.

—Lo haré con sumo placer —dijo el viejo vagabundo, y la mujer le miró marchar arrastrando los pies, y le pareció tan débil que casi se arrepintió de haberle mandado limpiar el parterre.

Fatty se arrodilló comenzando a arrancar hierbas. Transcurrieron diez minutos mientras se dedicaba a esta tarea y ordenaba sus ideas. Iba empezando a creer que las pistas Frinton 2 y Rods 1, no eran tales pistas… sino sencillamente pedazos de papel que fueron a parar por casualidad al jardín de Villa Norton. Las verdaderas pistas eran las grandes huellas de pisadas y guantes… y tal vez la extraña marca con las líneas entrecruzadas.

Sin embargo, si las botas del coronel le conducían hasta el ladrón que las compró, los pedazos de papel le habrían sido útiles al fin y al cabo. Fatty reflexionaba rápidamente mientras trabajaba.

Oyó el ruido de unos neumáticos de bicicleta en el camino, y luego el ruido cesó como si el que la montase se hubiera apeado. Una cabeza asomó con cautela por encima del seto en el momento en que Fatty se asomaba por el otro.

¡Goon era quien miraba por encima del seto! Y vio a Fatty en el mismo momento en que Fatty le descubría a él, y lanzó un gruñido de sorpresa. ¡Aquel vagabundo!, le había dejado durmiendo en el

banco frente a su casa… y ahora estaba trabajando en el jardín del coronel. Goon no podía dar crédito a sus ojos.

Fatty le saludó sonriente con una inclinación de cabeza, y a Goon casi se le salen los ojos de las órbitas. Estaba furioso. A todas partes a donde fuera siempre se le adelantaba alguien… primero aquellas niñas… luego unos niños… y ahora este vagabundo sucio y sordo. Si Goon hubiera sido un perro hubiese gruñido con recelo.

—¿Qué está «haciendo» aquí? —le preguntó Goon en voz baja y ronca.

—Quitando las malas hierbas —replicó Fatty olvidando su sordera—. Es un trabajo agradable.

—Nada de impertinencias —comenzó Goon sin preocuparse por si despertaba al coronel. Pero era demasiado tarde. El coronel despertóse una vez más con gran sobresalto y tras incorporarse se enjugó la frente. Entonces divisó el rostro brillante y acalorado de Goon, que seguía dirigiéndose a Fatty.

—¿Qué está haciendo en este barrio? —decía Goon en tono agresivo.

El coronel explotó.

—¿Qué es esto? ¿Qué es esto? ¿Se dirige usted a mí? ¿Qué está usted haciendo, eso es todo lo que yo quisiera saber?

Aquel ruido sobresaltó a Goon, y Fatty rio por lo bajo mientras seguía arrancando hierbas.

—No ocurre nada, señor. Estaba hablando con este vagabundo —replicó Goon, con dignidad—. Yo… er… tuve ocasión de reprenderle esta mañana, señor. No debemos consentir que circulen por aquí vagabundos y maleantes… habiendo tantos robos y demás.

—No sé de qué me está usted hablando —dijo el coronel Cross —. Márchese. Los policías debieran tener algo mejor que hacer que venir a despertarme gritando a los vagabundos, a los que se ha dado trabajo en mi jardín.

—En realidad, vine a hablar con usted, señor —dijo Goon, desesperado—. En privado.

—Si se cree usted que voy a levantarme y a entrar en la casa para oír un montón de tonterías acerca de robos, vagabundos y maleantes, se equivoca —exclamó el anciano coronel en tono fiero —. ¡Si tiene algo que decir, dígalo aquí! Ese viejo vagabundo no

entenderá una palabra.

Fatty volvió a reír para sus adentros mientras Goon se aclaraba la garganta.

—¡Pues… yo… er… vine… para hablarle de sus botas!

—Loco de remate —exclamó el coronel mirando a Goon de hito en hito—. ¡Está loco! ¡Debe ser el calor! ¡Quiere hablarme de mis botas! Márchese y acuéstese. ¡Está usted loco!

Goon tenía miedo de seguir con el mismo asunto, y se alejó en su bicicleta en espera de que saliera el vagabundo. ¡Deseaba decirle unas palabras! ¡Oh! ¡Ya le enseñaría él a contestarle con descaro desde el jardín del coronel!

Fatty terminó de limpiar el parterre, y salió de puntillas porque el coronel había vuelto a dormirse. Dio los buenos días al ama de llaves, y echó a andar por el camino con el par de zapatos colgado del cuello. ¡Estaba deseando que llegara el momento de abrir su cuaderno de notas y comparar el dibujo de los tacones de goma!

No vio al señor Goon hasta que estuvo casi ante él, y entonces el policía se le adelantó echando fuego por los ojos, pero al ver el enorme par de zapatos que colgaba del cuello de Fatty se detuvo en seco.

Pensar que él había ido hasta allí para hablar amistosamente con el coronel y preguntarle por sus botas, y le habían dicho que se marchara porque estaba loco… y aquel vagabundo sucio había mendigado un par y ahora lo llevaba colgando del cuello. ¡Unos zapatos que podían ser una pista importante!

—¡Démelos! —le ordenó Goon tratando de arrebatarle los zapatos, pero el vagabundo feble y achacoso se escabulló hábilmente a un lado, echó a correr por la carretera como un colegial en una carrera.

¡Y eso era! Fatty emprendió veloz carrera alejándose antes de que Goon se recobrara lo suficiente de su sorpresa para montar en su bicicleta.



Fatty dobló un recodo y penetró en un campo a través del seto, sabiendo que Goon no podría atravesarlo en su bicicleta. ¡Tuvo que dar un larguísimo rodeo para despistarle!

Cruzó aquel campo, luego otro, bajó por un camino, dobló una esquina, y… ¡allí estaba la puerta de su propia casa! Entró en el jardín y se dirigió al cobertizo. La cocinera distinguió la imagen de

un vagabundo desde la ventana de la cocina, pero desapareció en seguida, y le quedó la duda de si le había visto o no.

Fatty penetró en el cobertizo y apoyó la espalda contra la puerta, jadeando. ¡Uf! ¡Qué carrera! Goon había quedado bien atrás, y ahora podría examinar tranquilamente los tacones de goma.

Capítulo XVI

¡Al fin sobre la pista!

Fatty sacó su cuaderno de notas y nervioso fue volviendo sus páginas hasta dar con los dibujos que hiciera de las huellas de zapatos, y fijó su atención en el esquema del tacón de goma marcado en una de las pisadas.

—Una línea cruzada, dos líneas pequeñas debajo… una más larga, y tres juntas.

Luego comparó el diseño con el tacón de goma de uno de los zapatos.

—¡Es el mismo! —exclamó con entusiasmo—. ¡Son absolutamente iguales! Eso demuestra… que aunque no haya sido el coronel, es alguien que usa sus botas viejas… alguien que compró un par el año pasado en la subasta benéfica de la señorita Kay. ¡Al fin estoy sobre la pista!

Estaba emocionado. Después de tantas idas y venidas, vigilancias y entrevistas que al parecer no le conducían a nada, por «fin» tenía algo en qué trabajar. ¡Cosa que no ocurría al señor Goon!

Fatty comenzó a bailar por el cobertizo, lo cual resultaba muy cómico, porque aún seguía disfrazado de vagabundo. Llevaba un zapato en cada mano y las agitaba graciosamente como si estuviera bailando la danza de los velos o de las flores.

Oyó un ruido en la ventana y se detuvo en seco. ¿Sería Goon, o su madre?

Ninguno de los dos. Era el rostro sonriente de Larry, divertido ante el espectáculo de la ridícula danza del vagabundo. Fatty corrió a abrirle la puerta y todos los demás estaban allí sonriendo al ver la excitación de Fatty.

—¿Qué ocurre, Fatty? Tienes buenas noticias… —exclamó Daisy, satisfecha.

—Tengo que quitarme estas cosas —replicó Fatty arrancándose la peluca y quitándose de pronto más de cuarenta años—. ¡Uf…, esta peluca me da demasiado calor en este tiempo! Y ahora, ponedme al corriente de todo mientras me adecento.

Todos le dieron su informe. Primero las niñas, quienes se rieron al contarle la cantidad de botas y zapatos que habían dado los Rodney para la subasta benéfica.

—¡Ya nos los hemos llevado para entregárselos a la señorita Kay, que es la persona encargada de la subasta! —explicó Daisy—. ¡Oh, Dios…, si hubieras visto la cara de Goon cuando nos vio con el montón de zapatos y botas! De todas maneras, en casa de los Rodney no hay nadie con los pies grandes, de manera que aquí termina otra pista. No creo que esos pedazos de papel significaran nada.

—Ni yo —replicó Larry—. «Nosotros» también hemos tropezado con el viejo Ahuyentador… llegó a casa de los Rodways mientras estábamos allí. ¡Y al vernos, casi le da un ataque al corazón de lo furioso que se puso! La verdad es que pensamos haber descubierto algo al ver un impermeable colosal colgado del perchero. ¡Pero no… su propietario lleva los zapatos bien pequeños!

—Ahora cuéntanos lo que hiciste en casa del coronel Cross —le pidió Daisy—. ¡Adelante, Fatty!

Fatty les relató la historia con sumo gusto, y al llegar al punto en que había alzado la cabeza viendo la de Goon asomada al otro lado del seto, y en medio del coronel durmiendo, los otros se retorcían de risa.

—¡Oh, Fatty…, cómo me hubiera gustado estar allí! —exclamó Daisy—. ¿Y qué hay de los zapatos? Cuéntanos.

Fatty se lo contó todo, mostrándoles los zapatos con orgullo.

—¡Y ahora la mejor noticia de todas! —dijo volviendo los zapatos de repente para que pudieran ver los tacones de goma—. ¿Veis los tacones? ¡Pues bien, fijaros!

Y colocó su cuaderno de notas junto a uno de los zapatos de manera que el dibujo quedaba al lado del tacón, y los niños lo examinaron en seguida.

—¡Es el mismo dibujo! ¡El mismo! Caramba, ahora sí que vamos a alguna parte. Pero… no puede ser el coronel…

—No —replicó Fatty, explicándoles cómo el año anterior había sido enviado uno de sus pares a la subasta benéfica—. Y «si» podemos averiguar quién los compró, creo que habremos echado el guante al ladrón. Descubriremos que la persona que los compró es alguien que tiene los pies grandes… alguien a quien el remendón no conoce porque seguramente él mismo se remienda las botas. ¡Al fin estamos sobre la pista!

Todos estaban emocionados, y observaban cómo Fatty volvía a recobrar su personalidad, limpiándose el maquillaje del rostro, quitándose las cejas con sumo cuidado, y sacando sus pies doloridos de las viejas botas que calzaba, y frotándoselos para hacerlos reaccionar.

—Llevaba tres pares de calcetines —explicó—, porque las botas son muy grandes y duras… pero incluso así creo que cojearé varios días.

—Lo haces todo tan a conciencia, Fatty —le dijo Bets con admiración contemplando cómo volvía a ser el Fatty de siempre.

—Es el secreto del éxito, Bets —le dijo Fatty con una sonrisa—. ¿Y ahora… qué haremos a continuación? Yo creo que nuestros pasos futuros son muy importantes… y habrá que moverse de prisa antes de que el viejo Goon se ponga otra vez en movimiento.

Daisy lanzó una risita recordando cómo habían descubierto a Goon a pesar de su disfraz. ¡Pobre Ahuyentador! ¡Cómo le habían tomado el pelo! «Por favor, ¿puede decirme la hora que es?». «Por favor, ¿tiene usted cambio de una moneda?». ¡Oh…, no sabía cómo eran capaces de ser tan impertinentes!

—¿Alguno de vosotros conoce a la señorita Kay? —preguntó Fatty atándose sus zapatos—. Al parecer se encargó de la subasta celebrada el año pasado. ¿Se cuida también este año?

—Sí —replicó Daisy—. Es la que recogió los zapatos de los Rodney. Pero, Fatty, no podemos ir a preguntarle directamente quién compró esas botas del coronel el año pasado… le parecerá muy extraño.

—No pienso hacer ninguna pregunta tonta —dijo Fatty con dignidad—. ¡Tengo una idea muy buena!

—¡«Claro» que Fatty tendrá una idea buena! —dijo Bets con lealtad—. Siempre las tiene. ¿Cuál es Fatty?

—Sencillamente, voy a llevar nuestra mejor prueba a la señorita Kay y a regalárselos para la subasta… los zapatos del coronel… mencionado casualmente que tal vez la persona que los compró el año pasado quiera comprar la misma medida este año —explicó Fatty—. ¡Si llevan la misma clase de tacones de goma y todo!

Todos le miraron con admiración. Aquél era el medio mejor y más directo para conseguir la información vital que deseaban sin despertar la menor sospecha. Una idea digna de Fatty.

—Estupendo, Fatty —le dijo Pip, y los otros estuvieron de acuerdo.

—Ahora vamos a merendar —dijo Fatty consultando la hora—. Iré a ver si consigo que la cocinera me dé algo. Ven conmigo, Bets… a ti te quiere mucho… y lo llevaremos debajo de ese árbol para descansar un poco, puesto que hoy hemos trabajado de firme.

Fatty y Bets se fueron juntos, volviendo con una espléndida merienda en dos bandejas y con «Buster», que estaba muy excitado. La cocinera se había cuidado de él todo el día, para evitar que siguiera a Fatty, y ahora estaba encantado al poder reunirse de nuevo con sus amigos.

—Es un milagro que las bandejas no se hayan roto —dijo Fatty dejando la suya con todo cuidado—. Nunca vi a ningún perro que le gustara tanto meterse entre las piernas cuando uno lleva algo pesado. No toques ese pastel, «Buster». Daisy, no dejes que lo lama todo, o nos quedaremos sin nada. Oh, cielo, ahora ha pisado los bollos.

Bets cogió a «Buster» y lo retuvo junto a ella.

—No puede evitar el bailar de contento porque ya has vuelto —le dijo—. ¡Mirad qué cosas más buenas hemos traído para todos! ¡Creo que nos hemos ganado una buena merienda!

Estuvieron charlando y comentando los sucesos de aquel día, riendo siempre que se acordaban del pobre señor Goon y su desesperación al encontrarles siempre fuera donde fuese.

—Esta tarde voy a ir a hablar con la señorita Kay —les anunció Fatty—. ¡Y le llevaré los zapatos! ¡Oh, magníficos y maravillosos zapatos que nos resolverán el misterio! ¡Y antes de las siete, volveré

con el nombre del ladrón! Una pequeña llamada al inspector… una pequeña explicación… y mañana podremos decir a Goon que el caso está resuelto… que el misterio está aclarado… como de costumbre por los Cinco Pesquisidores… y el perro.

—¡Hip, hip, hurra! —gritó Pip—. Oye, Bets…, «no» le des a «Buster» más bocadillos de carne… yo también quiero uno. Fatty, impídeselo. «Buster» ya está bastante gordo. Si engorda más, ya no podrá ayudarte en ningún misterio. ¡No es que nos haya ayudado mucho en éste!

—Ahora le has puesto triste… mira cómo esconde el robo —dijo Bets, dándole otro bocadillo—. Oh, Fatty, déjame ir contigo a ver a la señorita Kay. Ya sabes quién es, ¿verdad? Es la prima de ese horrible panadero… el que siempre se las da de gracioso.

—Es tan tonta como él —explicó Daisy—. Ya te dije que esta tarde le llevamos las botas y zapatos de los Rodney. Tiene una colección de cosas horribles. La verdad es que esa subasta es horrible. Estuvo muy contenta con las botas y zapatos. Dice que tienen mucho éxito en la subasta.

—Bueno, creo que voy a ir ahora —dijo Fatty poniéndose en pie y sacudiéndose las migas—. ¿Vienes, Bets? Sí, tú también puedes venir, «Buster».

Bets, «Buster» y Fatty se fueron. Fatty llevaba los zapatos del coronel envueltos en un papel color marrón.

—¡Bueno, hasta luego! —exclamó Fatty alegremente—. ¡Preparad las banderas para cuando volvamos… traeremos el nombre del ladrón!

Capítulo XVII

Una amarga desilusión

Fatty y Bets emprendieron la marcha hacia la casa de la señorita Kay con «Buster» pegado a sus talones, vigilando por si aparecía el señor Goon. Fatty estaba seguro de que aquella tarde había adivinado quién era el viejo vagabundo y no quería encontrárselo precisamente entonces.

La señorita Kay habitaba una casita muy pequeña, vecina a la de su primo y esposa. Bets confiaba no ver al panadero.

—Estoy cansada de reír forzadamente sus chistes tontos —le dijo a Fatty—. Mira…, hemos llegado… ¿No te parece un lugar adecuado para la subasta benéfica? Por lo menos Daisy y yo así lo hemos pensado.

Bets tenía razón. La casita y el jardín tenían un aspecto descuidado y «selvático». En el jardincito había un banco derrumbado, y en el centro una estatua deteriorada. La puerta de la cerca estaba semiarrancada de sus goznes, y le faltaba un barrote. Las cortinas de las ventanas se veían sucias y descoloridas.

—¡Cualquiera diría que la señorita Kay se queda con la mayoría de la subasta! —susurró Bets indicándole con un gesto el banco y la estatua.

La señorita Kay también tenía un aspecto desaliñado cuando les abrió la puerta. Era tan pequeña y avispada como su primo panadero, pero no tan pulcra y limpia.

«Es un conjunto de saldos y retazos —pensó Bets al mirarla—. Se pone encima todo lo que la gente no compra… collares de cuentas, una bufanda agujereada, un cinturón con el bordado estropeado, y esa horrible peineta roja en sus cabellos».

La señorita Kay parecía encantada de verlas.

—«¡Pasad!» —les dijo con voz cortés—. No vienen a verme a menudo jóvenes caballeros… y esta querida pequeña otra vez está por aquí…, ¿viniste esta tarde, verdad, queridita?

—Sí —repuso Bets, a quien no le gustaba que la señorita Kay le llamase «queridita».

—¿Y qué me traes esta vez, encanto? —le preguntó la señorita Kay mientras les conducía a una reducida habitación tan llena de mobiliario que Fatty tuvo gran dificultad en encontrar donde pisar. Tiró una mesita y miró al suelo, alarmado.

—Lo siento mucho —dijo agachándose para recoger las cosas que habían caído. La señorita Kay se inclinó al mismo tiempo y sus cabezas chocaron.

—Oh, lo siento —volvió a decir Fatty, y la señorita Kay lanzó una risita mientras se frotaba la cabeza.

—¡Oh, no es nada! ¡Mi primo dice que tengo la cabeza de madera, de manera que un golpe no significa nada para mí! —Y lanzó otra de sus risitas mientras Bets le sonreía forzadamente.

—Esta niña me trajo «tantísimas» cosas esta tarde para la subasta —prosiguió la señorita Kay—. Y espero que «tú» también me hayas traído algo. ¿Qué hay en este paquete grande?

Ladeó la cabeza y se le cayó la peineta, que se dispuso a recoger con un gritito:

—¡Oh…, parece que todo se me cae! ¿Sabéis? Ese primo mío es tan bromista que dice que un día me venderé yo misma en la subasta por diez céntimos. ¡Ja, ja, ja!

Fatty sentía náuseas. No le gustaba el panadero, pero su prima, la señorita Kay, todavía le gustaba menos. Abrió el paquete y sacó los zapatos. ¡Ahora todo lo que deseaba era obtener la información y marcharse!

La señorita Kay lanzó otro chillido:

—¡Oh! ¡«Qué zapatos tan enormes»! ¿Son «tuyos»? Lo digo en broma, naturalmente. ¡Soy tan bromista! Vaya, es un buen par.

—Son del coronel Cross —replicó Fatty—. El año pasado también envió un par, y yo he pensado que tal vez la misma persona que tiene los pies bastante grandes para que le fueran bien los del año pasado, es probable que quiera comprar éstos. ¿Sabe

usted quién es?

A Bets le comenzó a latir el corazón muy de prisa, y contuvo la respiración en espera de la respuesta de la señorita Kay. Ella y Fatty esperaban un nombre. ¿Quién sería?

—¡Oh, el año pasado no se vendieron! —replicó la señorita Kay—. Hubo «cierto» misterio. La verdad es que «me llevé» un susto… Veréis…

—¿Qué quiere decir… que no se vendieron? —preguntó Fatty, resuelto a que no se apartase de la cuestión.

—Pues, encanto… ¡que «desaparecieron»! —exclamó la señorita Kay hablando en voz tan baja que apenas la oyeron—. ¡Desaparecieron! Una noche estaban aquí, preparados para la venta… ¡y a la mañana siguiente habían desaparecido!

—¿Los robaron? —quiso saber Fatty, desilusionado.

—Oh, sí… no cabe la menor duda —repuso la señorita Kay—. Lo curioso es que no se llevaron nada más… sólo esas botas grandes. Estaban debajo de la mesa de ahí… donde tengo todas las botas y zapatos este año… y el ladrón escogió ese par grande y se marchó con él. Ya estaban marcados con el precio y todo. A decir verdad, yo pensaba vendérselos a ese simpático policía… el señor Goon. Pero desaparecieron una noche.

—¿Y sabe usted quién los robó? —preguntó Fatty—. ¿Conoce a alguien que tenga los pies grandes y que pudiera haberlos robado? En el pueblo tiene que haber alguna persona… ¿quién si no iba a saber que tenía usted un par de botas enormes que le irían bien? ¡Y además supieron encontrarlas… debajo de la mesa de su casa!

La señorita Kay lanzó otro grito.

—¡Qué listo eres, encanto! Tan listo como el simpático señor Goon. No, no sé quién se llevaría las botas… y tampoco conozco a nadie que tenga los pies tan grandes.

—¿Lo sabe el señor Goon? —preguntó Fatty.

—Oh, no. Mi primo dijo que puesto que yo las había marcado sólo a ocho pesetas no valía la pena molestar a la policía por un par de botas viejas —explicó la señorita Kay—. Mi primo es muy bueno en ese sentido. Él me dio cuatro pesetas y yo puse otras cuatro en la Caja de la Subasta para que la Beneficencia no perdiera nada. Espero que penséis que hice bien.

—Muy bien —dijo Fatty, molesto por lo ocurrido con las botas de la subasta y contrariado al ver que su idea maravillosa no había servido de nada. Las botas fueron robadas… y nadie sabía quién se las llevó. Al parecer ni siquiera conocían a nadie con los pies grandes. Sabía que había gran escasez de pies grandes en Peterswood, y la verdad era que resultaba bastante desconcertante. Todas las pistas que seguían iban a morir contra un muro. Fatty estaba muy desanimado.

—Me parece que no voy a dejar aquí los zapatos —dijo Fatty, envolviéndolos otra vez—. Quiero decir… que si por aquí hay ladrones que tienen tanta necesidad de botas y zapatos grandes, éstos también pueden desaparecer. Ya se los traeré el día de la subasta, señorita Kay.

Fatty no estaba dispuesto a dejar los preciosos zapatos con los tacones de goma en casa de la señorita Kay después de no haber obtenido la información que deseaba. Sería desperdiciar una pista y estaba decidido a llevárselos.

La señorita Kay pareció a punto de deshacerse en lágrimas, y Fatty se apresuró a ganar la puerta con Bets antes de que ocurriera semejante desastre. En el jardín vecino vio al panadero… el primo de la señorita Kay, y lanzó un gemido. Ahora tendría que soportar otra vez su estúpida charla.

—¡Hola, hola, «hola»! —dijo el panadero en tono jocoso—. Pero si es el señorito Federico Trotteville, el gran detective. ¿Ha resuelto ya el complicado misterio del robo, jovencito?

Fatty aborrecía que le llamasen «jovencito», y en especial que se lo llamase el panadero, y frunció el ceño.

Bets habló por él.

—Casi lo ha resuelto, y no tardará ya. Sólo necesitamos saber el nombre del individuo de los pies grandes, eso es todo. Casi lo conseguimos esta noche.

—Cállate, Bets —le dijo Fatty en voz baja y repentinamente enojado. Bets enrojeció y guardó silencio, pero el panadero siguió hablando:

—¡Vaya, vaya, vaya… esperamos oír pronto grandes cosas! ¿Supongo que los dos robos son obra del mismo hombre? ¡Yo vi sus huellas! El señor Goon y yo lo examinamos todo… ¡Ah, el señor

Goon atrapará al ladrón… antes que tú, jovencito! Está sobre la pista, sí, está sobre la pista. Hoy me lo dijo cuando fui a llevarle el pan. Éstas fueron sus palabras: «Estoy sobre la pista. Pío», dijo eso mismo.

—Interesante —dijo Fatty, contrariado, abriendo la puerta para que pasara Bets. Al panadero no le agradó el tono de voz de Fatty, y se dirigió también hacia la puerta de la cerca de su propia casa, y permaneció allí balanceándose sobre las puntas de sus pies con insolencia, sin dejar de mirar a Bets y a Fatty.

—¡«Interesante» has dicho… eso es! Los orgullosos siempre caen, jovencito. Vigila tus pasos. He oído hablar mucho de ti al señor Goon.

—Basta, Pío —le dijo Fatty en tono tan duro y de persona mayor que Bets pegó un respingo, lo mismo que Pío, que cambió su actitud en seguida.

—No quise molestarle, señor. Era sólo una broma. Yo y mi prima, la señorita Kay, somos muy aficionados a las bromas, ¿verdad, Coz?

Al parecer, Coz era la señorita Kay, que estaba de pie ante su puerta sonriendo y escuchando mientras se balanceaba sobre las puntas y tacones de sus zapatos igual que su primo.

—Contenga su lengua, Pío —prosiguió Fatty con voz de persona mayor—. O de lo contrario se verá en algún apuro.

Se marchó con Bets, furioso, decepcionado y con la cabeza gacha. Pío y la señorita Kay les miraron marchar. Pío tenía el rostro enrojecido.

—¡Qué insolencia! —le dijo a su prima—. ¡Un mequetrefe y hablándome de esa manera! Ya le enseñaré yo. Se cree muy listo, ¿verdad? Ah, el señor Goon tiene razón, ese niño es un sapo.

—¡Oh, no hables así! —le dijo la señorita Kay—. ¡Estás perdiendo tus buenas costumbres!

Bets puso su mano en el brazo de Fatty mientras regresaban a casa.

—Fatty —le dijo—. Siento muchísimo lo que le dije a Pío. No creí que tuviera importancia.

—Bueno, supongo que no la tiene —dijo Fatty—. Pero no hables nunca cuando estoy resolviendo un misterio, Bets. Puedes descubrir

algo… aunque me parece que Pío lo sabe ya todo por Goon… ¡parecen muy amigos! Son tal para cual.

—¿Estás muy decepcionado, Fatty? —le preguntó Bets muy triste al ver a Fatty abatido. No parecía él.

—Sí, lo estoy —repuso Fatty—. Hemos llegado a un punto muerto, Bets. Ya no hay pistas que seguir, ni nada más que hacer. Tendremos que abandonar… ¡es el primer misterio que no sabemos resolver!

Y en un triste silencio, los dos se dirigieron al cobertizo para comunicar a los otros las malas noticias.

Capítulo XVIII

El tercer robo

Durante un par de días los Pesquisidores estuvieron muy alicaídos. Era horrible tener que abandonar… precisamente cuando pensaban que todo iba a resolverse rápidamente y además con éxito.

Fatty estaba muy contrariado, y se preocupaba mucho repasando todas las pistas y detalles de los dos robos tratando de encontrar otra pista que seguir. Pero no lo consiguió. Como le había dicho a Bets, habían llegado a un punto muerto, a un muro inasequible.

El tiempo se estropeó y comenzó a llover. Eso y el aspecto grave de Fatty hizo que los otros cuatro se pusieran insoportables. Irritaron a sus padres, no hacían nada a derechas, y no sabían qué hacer para no aburrirse.

Fatty les animó un poquitín.

—Es que «no me gusta» darme por vencido, ya lo sabéis —les dijo—. Y a decir verdad, nunca me doy por vencido. Ésta es la primera vez… y si alguno se siente inclinado a decir: «Bueno, Fatty, supongo que será por tu bien», le advierto para que no lo diga. «No» es por mi bien. Es para mi mal.

—Bueno, anímate, Fatty —exclamó Daisy—. ¡La verdad es que no resulta nada agradable verte como una gallina bajo la lluvia! Y en cuanto al pobre «Buster», estos días parece como si no tuviera rabo, pues lo lleva siempre entre las patas. ¡No lo menea por nada!

—¡Eh, «Buster»! ¡El bueno de «Buster»! ¡Tu amito ya está bien! —dijo Fatty de pronto al pequeño «scottie», hablándole en el tono alegre de siempre, y «Buster» saltó como si le hubieran disparado, meneando la cola a cien por hora, y ladrando se abalanzó sobre

Fatty como si se hubiera vuelto completamente loco.

Comenzó a dar vueltas por el cuarto de jugar de Pip como si tomara parte en una carrera, y por fin salió por la puerta, bajó la escalera y llegó al recibidor.

Los niños gritaron de alegría. «Buster» era muy divertido cuando se volvía loco. La voz de la señora Hilton les llegó desde la planta baja.

—¡Pip! ¡Fatty! Venid a sujetar a «Buster». Parece que se ha vuelto loco. Oh… ahí viene otra vez. ¿«Qué» le ocurre?

«Buster» subió la escalera con la velocidad del rayo, patinó por el descansillo y fue a descansar debajo de una silla, donde quedó jadeando, completamente agotado, mientras su cola golpeaba contra el suelo.

Todos se sintieron mejor después de este episodio. Fatty consultó su reloj.

—Vamos a Oliver otra vez a tomar algo… yo creo que podré con tres o cuatro merengues.

—Ooooh… sí… Hoy «tengo» algo de dinero —dijo Larry, sacando un billete del bolsillo—. Es el que me dio mi tío Ted hace semanas y no me acordaba dónde lo había guardado para no perderlo. Hoy lo encontré en la caja de mis corbatas.

—Cada uno que pague lo suyo —dijo Pip—. Yo tengo algún dinero y Bets también dispone de fondos.

—Bien —intervino Fatty—. Cuanto más tengamos, mejor. Vamos. Voy a telefonear a mi madre para decirle que nos vamos a Oliver.

Y se marcharon mucho más contentos de lo que habían estado aquellos últimos días. El rabo de «Buster» había vuelto a parecer y lo movía alegremente mientras corría tras ellos. ¡Su amo estaba alegre otra vez… la vida era hermosa!

Prolongaron bastante rato su merienda, charlando animadamente, y comiendo con la misma animación. Ninguno pronunció una palabra referente al misterio. ¡No iban a recordar su fracaso cuando tenían ante ellos bollos, merengues y pasteles de chocolate! Hubiera sido una tontería.

Cuando se hubieron saciado regresaron al cobertizo de Fatty. «Buster» estaba delante, y les sorprendió ladrando de repente con

extremada urgencia.

—¿Qué ocurre, «Buster»? —le gritó Fatty echando a correr. Larry corrió junto a él. ¿Por qué ladraría «Buster» de aquella manera?

Fatty y Larry llegaron al cobertizo. La puerta estaba abierta de par en par, aunque Fatty siempre la dejaba cerrada con llave. Fatty entró corriendo mirando a su alrededor con sorpresa.

¡Todas sus cosas estaban revueltas! Las ropas habían sido descolgadas de las perchas, los cajones vaciados, y todo aparecía en revuelta confusión. Alguien había estado allí revolviéndolo todo.

—Mi dinero ha desaparecido, naturalmente —dijo Fatty, exasperado—. Tenía algunas libras que estaba ahorrando para el santo de mi madre… ¿Por qué las dejaría aquí? Por lo general nunca dejo aquí mi dinero. ¡Maldición!

—¿Falta algo más? —preguntó Larry.

Pip, Daisy y Bets llegaron al cobertizo, y Bets se puso a llorar amargamente, pero nadie se fijó en ella, ni siquiera Fatty.

—Mi cuchillo ha desaparecido… el de plata —dijo Fatty—. Y la cajita de plata donde guardo diversas cosas. Ah, sí… y la pitillera que uso cuando voy disfrazado. ¡Vaya, le habrá venido bien al ladrón! Supongo que creería que era de plata, pero no lo es.

—¡Oh, Fatty! —sollozó Bets—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Han robado? ¡Oh!, ¿qué vamos a hacer?

—Cállate, Bets —le dijo Pip—. Te comportas como un bebé. Vete a casa si es que no puedes prestar tu ayuda.

Bets dejó de sollozar en el acto y miró a Fatty, pero éste estaba completamente absorto en la revisión de todos sus efectos. Salió al exterior para tragar sus lágrimas y ser razonable, cuando de pronto, vio algo que la hizo gritar:

—¡Fatty! ¡«Fatty»! ¡Ven aquí, de prisa!

Fatty apareció a toda marcha seguido de los demás, y Bets le señaló el camino enlodado que había cerca del cobertizo. ¡En él se veían claramente unas huellas… enormes!



—¡Cielos! —exclamó Fatty—. Otra vez nuestro ladrón. El mismo… mirad las marcas hechas por los ladrones… el mismo dibujo de antes.

—¿Estarán también las huellas de los guantes? —preguntó Daisy, excitada, volviendo a entrar en el cobertizo.

—Yo diría que no —replicó Fatty, siguiéndola. En las paredes no

hay papel ni pintura.

—Pues mira… ¡ahí están! —exclamó Daisy, señalándolas con gesto de triunfo. Y ciertamente que había dos grandes huellas de un guante enorme en el espejo que Fatty tenía en su cobertizo.

—Le gusta dejar su marca, ¿verdad? —dijo Larry—. Me lo imagino diciendo: «¡Ésta es la marca del ladrón»!

—Sí —replicó Fatty, pensativo—. Bien, desde luego es el mismo individuo. ¡Gracias a Dios no se ha llevado gran cosa! ¡Pero qué desorden!

—Pronto lo arreglaremos —dijo Bets, deseosa de hacer algo para ayudar al pobre Fatty.

—Revisémoslo todo cuidadosamente antes de tocar «nada» —dijo Fatty—. El misterio ha venido a nuestra propia puerta… y ha revivido de nuevo. Tal vez esta vez seamos capaces de resolverlo.

—¡Supongo que no darás parte a la policía! —exclamó Larry, riendo.

—No —fue la firme respuesta de Fatty—. Lo primero que voy a hacer es medir las huellas de pisadas para estar completamente seguro de que son las mismas que vi antes… en «Villa Norton» y en casa de la señorita Williams.

Y naturalmente, eran las mismas. No había la menor duda posible, y las de los guantes eran iguales también.

—Esta vez no podemos saber si se oyó una tos hueca —dijo Pip — porque no había nadie cerca para oírla. Supongo que no habrá ningún papel, ¿verdad, Fatty?

—Ninguno —repuso Fatty—. Pero ya sabes que tampoco los había en casa de la señora Williams. Estoy empezando a creer que no tienen ninguna relación con los robos. No ligan con nada.

Daisy fue a pasear un poco por el sendero, y al encontrar otra huella junto al camino, casi bajo un arbusto, llamó a Fatty.

—¡Mira! —le dijo—. ¿No es la extraña marca que encontraste en los otros robos?

Fatty se arrodilló para mirar. En el suelo húmedo bajo el arbusto se veía la marca con toda claridad… un gran redondel surcado de líneas entrecruzadas.

—Sí —replicó Fatty, extrañado, mientras volvía las páginas de su cuaderno de notas para comprobar su dibujo con la marca—. Es

la misma. No puedo «imaginar» con qué la han hecho… ni por qué aparece en los robos. Es extraordinario.

Todos contemplaron la extraña marca, y Pip se rascó la frente.

—¿Sabes…? Me parece haberla visto en algún otro sitio aparte de los robos. ¿Dónde puede haber sido? He de hacer memoria.

—Piensa, Pip —le dijo Fatty—. Puede ayudarnos.

Pero Pip no se acordaba. Todo lo que pudo decir fue que le parecía haberla visto en alguna parte el día que fueron a investigar.

—Eso no nos ayuda gran cosa —exclamó Fatty con un suspiro—. Ese día estuvimos en muchos sitios. Ahora será mejor que lo pongamos todo como estaba. No creo que encontremos más pistas. A decir verdad este robo es casi una copia exacta de los otros… huellas gigantes, huellas de guantes, una marca extraña, y pocas cosas robadas.

Colgaron los trajes y volvieron a colocarlo todo en los cajones, revisándolo bien por si aparecía otra pista, pero no descubrieron ninguna más.

—¿Por dónde vendría el ladrón al cobertizo? —preguntó Larry—. ¿Tú crees que entraría por la puerta de atrás? No está lejos del cobertizo. ¿O vino por el camino de la casa?

—Pues… si dejó esa extraña marca bajo el arbusto, más bien parece como si viniera de la casa —dijo Fatty—. Por otra parte, sólo hay huellas grandes alrededor del cobertizo… para no ser vistos. El fondo del jardín queda muy recogido… y no se ve para nada desde la casa.

—De todas maneras creo que será mejor preguntar a la cocinera y a la doncella si han visto a alguien —prosiguió Fatty—. Es posible que le vieran. Y también les preguntaremos quiénes han estado en casa esta tarde. Cualquier repartidor o visita pudo haberle visto.

—Sí, buena idea —replicó Larry—. Adelante… vamos a averiguarlo.

Capítulo XIX

El aviso

La doncella había salido, y estuvo ausente toda la tarde. Sin embargo, la cocinera sí estaba, y se sorprendió mucho al ver a los cinco niños y a «Buster» irrumpiendo en la cocina.

—No me digáis que queréis merendar —comenzó a decir—. Son las seis menos cuarto, y…

—No, no queremos merendar —dijo Fatty—. Sólo venimos a preguntarle algunas cosas. Alguien ha estado revolviendo todas mis propiedades en el cobertizo del fondo del jardín, y quisiera saber si usted ha visto esta tarde a alguien por el camino que lleva allí.

—Cielos —exclamó la cocinera alarmada—. No me digas que ha vuelto a entrar algún vagabundo. El otro día me pareció ver a uno de aspecto repugnante escabulléndose por ese sendero.

Fatty sabía muy bien quién era «aquel» vagabundo, y los demás también, y tuvieron que volver la cara para disimular la risa.

—No… quisiera saber si ha visto alguno hoy —le dijo Fatty—. ¿No vio absolutamente a nadie?

—Ni un alma —replicó la cocinera—. ¡Y todo el tiempo he estado sentada junto a la ventana!

—¿No habrá echado algún sueñecito? —le preguntó Fatty con una sonrisa—. Algunas veces se duerme.

—Bueno, tal vez me haya dormido algunos minutos —repuso la cocinera riendo—. Cuando hace calor como hoy suelo dormirme por las tardes. Sin embargo, estaba bien despierta cuando vinieron los repartidores.

—¿Quiénes han venido? —quiso saber Larry.

—Oh, los de costumbre —dijo la cocinera—. La chica del

colmado, el lechero, el panadero… y dejadme pensar… ¿vino el hombre del gas? No, eso fue esta mañana.

—¿Alguien más? —preguntó Fatty.

—Pues, el señor Goon vino preguntando por tu madre, pero ella no estaba —prosiguió la cocinera. De manera que volvió a marcharse. Vino al mismo tiempo que el panadero, y estuvieron charlando en el jardín. Yo les oí. El señor Goon tropezó con el referido panadero cuando ya se marchaba.

—Apuesto a que hablarían de Bets y de mí —dijo Fatty a los otros—. ¿Alguna otra pista, cocinera?

—Que yo sepa, no —replicó ella—. Y no hablé con el panadero… es demasiado pesado para mí… y le dejé una nota sobre la mesa diciéndole los panecillos que quería. Ni tampoco vi al lechero… ya sabe lo que ha de dejar. Vi a la chica del colmado que tenía la misma prisa de siempre.

—Me pregunto qué quería Goon —dijo Fatty cuando abandonaron la cocina para volver al cobertizo—. Apuesto a que quiere saber si era yo el viejo vagabundo del otro día. ¡Como si mamá lo supiera!

Acababan de atravesar la puerta de la despensa cuando Daisy se detuvo de pronto mirando al suelo.

—¡Mirad! —exclamó señalando con el dedo.

Todos miraron… y allí, junto a la puerta y en una zona húmeda del suelo, aparecía la misma marca circular que vieran debajo del arbusto. La misma que vieron también en los otros dos robos.

—¡Caramba! —exclamó Fatty contemplándolo—. ¡Entonces el ladrón vino hasta esta puerta! Debió dejar esta marca… ¿pero por qué?

—Tu cocinera dice que no vino nadie más que las personas que ha mencionado —dijo Larry—. A mí me parece que el ladrón vendría hasta aquí, atisbaría por la ventana, y al ver a la cocinera dormida iría al cobertizo para llevar a cabo su sucio trabajo.

—¿Entonces por qué no ha dejado huellas grandes? —le preguntó Daisy—. Sólo se ven pisadas corrientes que van y vienen del fondo del jardín. Lo he mirado. No hay ninguna huella grande… Por lo menos algo mayor del treinta y ocho.

—¡No lo entiendo! —dijo Pip.

Ninguno lo entendía. Se habían realizado ya tres robos en distintos sitios, todos por el mismo ladrón a todas luces… un ladrón que dejaba siempre las mismas huellas… y sin embargo nunca fue visto, a pesar de que debía ser un sujeto muy corpulento.

—¡Es invisible… por eso puede hacer esas cosas! —exclamó Daisy—. Quiero decir… que seguramente «alguien» tuvo que verle las otras veces. Pero él entra y sale, deja las huellas de sus guantes y sus pies, y hace lo que quiere.

—¡Cómo se debe estar riendo de todos nosotros!

—No «puede ser Goon», ¿verdad? —dijo Bets de pronto—. Tiene los pies y las manos grandes, y una tos cascada y hueca como el balido de una oveja, y además te odia, Fatty. Hoy estuvo aquí también… ¿por qué no pudo haberse sentido vengativo y por eso revolvió todas tus cosas?

—Confieso que le «hubiera gustado» hacerlo —replicó Fatty—. Pero recordad que no estaba aquí cuando se cometió el primer robo… y la verdad es que no le considero tan tonto como para hacer cosas tan estúpidas… quiero decir que el robar a la gente de esta manera es una inmoralidad, y Goon arriesgaría su trabajo y su sueldo. No, descártalo, Bets.

—¿Vas a ir a preguntar al lechero y a los otros si vieron a alguien? —quiso saber Bets, mas Fatty meneó la cabeza.

—No. Estoy casi seguro de que si el lechero, el panadero o la chica del colmado hubieran visto a alguien aquí esta tarde, con unas botas grandes, hubieran avisado a la cocinera. Sea como fuere, no pienso volver a interrogar a ese panadero que parece un gallo… ¡cómo se alegraría si supiese que me han robado! Se frotaría las manos lleno de satisfacción balanceándose sobre las puntas y tacones de sus zapatos con alegría.

—Sí, es cierto —dijo Bets balanceándose lo mismo que viera hacer al panadero—. Es un hombrecillo repugnante. Espero que no se entere de esto.

—Nadie tiene que saberlo —replicó Fatty con firmeza—. No voy a consentir que venga Goon a mi jardín y comience a revolver en mi cobertizo. ¡Cómo le gustaría ver mi caja de maquillaje, y quitarme todas mis pelucas, bigotes y patillas!

—Bueno, ninguno de nosotros dirá una palabra de lo ocurrido

esta tarde —dijo Larry—. Así intrigaremos al ladrón. Se preguntará por qué no hay noticias de su último robo.

—El ladrón hizo saltar la cerradura de tu cobertizo, Fatty —le dijo Bets—. ¿Cómo vas a cerrarlo esta noche?

—Iré a comprar un candado —repuso Fatty—. Eso será lo más sencillo de momento… poner un candado a la puerta. Cuando os vayáis a casa, yo iré con vosotros. Podré encontrar alguno en el garaje… allí no cierran hasta las siete en punto.

De manera que a las siete menos diez Fatty y los otros iban por el camino hacia el garaje del pueblo. Compraron un candado pequeño, pero fuerte, y salieron examinándolo.

Una voz a sus espaldas les hizo pegar un respingo. Era el señor Goon que salía a hacer su primera ronda nocturna.

—¡Oh! ¡Un candado! ¡Tal vez lo necesite, señorito Federico! Será mejor que ande con cuidado.

Todos se volvieron asombrados.

—¿Qué quiere usted decir, señor Goon? —preguntóle Fatty.

—He sabido que tú vas a ser la próxima víctima del ladrón —dijo Goon dándose importancia—. Esta tarde fui a advertir a tu madre. Cuida de que esta noche esté todo bien cerrado con llave… ventanas y todo. Y que ese perro tuyo tan impertinente se quede en el recibidor.

—¿Qué significa todo esto? —dijo Fatty esperando que nadie hubiera descubierto el robo ya cometido aquella tarde—. ¡Qué tontería, señor Goon!

El señor Goon se irguió otro poco, y Bets temió que fuesen a saltar los botones de su uniforme. Rebuscó en el bolsillo superior de su chaqueta y sacó su cuaderno de notas. Después de quitarle la goma elástica, fue volviendo sus hojas una por una lentamente, mientras todos le observaban en silencio.

Sacó un pedazo de papel muy sucio para entregárselo a Fatty.

—Ahí tienes. Si esto no es un aviso, no sé qué será. Claro que no necesitas hacer caso… y de todas formas yo iré dos o tres veces por allí esta noche para que no ocurra nada en tu casa.

Fatty cogió el pedazo de papel en que estaban escritas tres palabras mayúsculas:

Fatty se lo pasó a los otros en silencio. Ellos sabían algo que Goon ignoraba… que el aviso llegaba tarde. ¡Piesgrandes, el ladrón, había estado ya en casa de los Trotteville!

—¡Ahí tenéis! —exclamó Goon disfrutando por el interés que estaba despertando—. ¡Qué impertinencia! Es lo mismo que si dijera: «Valiente policía estás hecho… te digo dónde iré a robar la próxima vez». Y además se firma Piesgrandes. ¡Eso tiene gracia!

—Goon, ¿lleva usted encima los otros pedazos de papel? —le preguntó Fatty—. Los que encontró en «Villa Norton», y que llevaban escrito, Frinton, dos y Rods, uno. Sería interesante compararlos.

Goon lanzó un gruñido.

—¿Crees tú que no los he comparado ya, don sabelotodo? Ya lo hice, pero esta nota está escrita con mayúsculas y las otras no. No les veo el menor parecido.

—Yo creo que se equivoca, señor Goon —dijo Fatty volviendo a hablar como una persona mayor—. Y si usted quiere, le mostraré en qué consiste su semejanza.

—¡Bah! —exclamó Goon con disgusto—. Tú crees que lo sabes todo, ¿en? Pues yo te digo que he comparado los tres pedazos de papel y éste es diferente.

—No lo creo —replicó Fatty.

Aquello molestó a Goon, que sacó las dos notas del mismo bolsillo donde guardaba su librito de notas. Se los mostró a Fatty junto con el tercero.

—¿Lo ves? ¡No se parecen en nada! —dijo en tono de triunfo.

—Yo no me refiero a las palabras escritas en los papeles —dijo Fatty—, sino en el «papel» en que están escritas. Es exactamente el mismo. Quien escribió las primeras notas, ha escrito también ésta. De manera que estos pedazos de papel «eran» pistas a pesar de todo… aunque no condujeran a nada.

El señor Goon miró los pedazos de papel. Fatty tenía razón. Evidentemente habían sido arrancados de la misma hoja o bloc de papel… estaban bastante amarillentos y la superficie era un poco áspera.

El señor Goon aclaró su garganta. ¡Aquel niño! Siempre le ponía en ridículo. Se guardó los papeles en el bolsillo.

Volvió a carraspear.

—¿Crees que no lo había notado? —le dijo—. ¡Vaya, si salta a la vista!

—Pues parece que usted la tiene bastante mala —replicó Fatty—. Bien, no pienso hacer el menor caso de ese aviso, señor Goon, de manera que esta noche puede dormir tranquilo. ¡Le aseguro que no habrá ningún robo en casa de los Trotteville!

Capítulo XX

Goon

Los cinco niños, con «Buster» prosiguieron su camino. Fatty reflexionaba intensamente, y los otros respetaron sus meditaciones guardando silencio, hasta llegar a la esquina donde debían separarse Larry y Daisy.

—¿Alguna orden, Fatty? —le preguntó Larry con respeto.

—Er… ¿qué? Oh, órdenes. No ninguna —dijo Fatty saliendo de su abstracción—. Siento haberme vuelto tan estúpido de repente, pero es extraño, ¿no?… me refiero a ese aviso. ¿Por qué lo envió el ladrón? Tiene que estar muy seguro de sí mismo… aunque claro que pudo mandarlo al señor Goon «después» de efectuado el robo. No lo entiendo.

—¿Cuándo lo recibió Goon? —quiso saber Daisy—. Yo no se lo oí decir. ¿Se lo preguntasteis?

—No. Estaba tan sorprendido al ver que el tercer papel era de la misma clase que los dos primeros, lo cual significaba que tenían relación con el ratero, y por eso no le hice las preguntas que debía haber hecho —repuso Fatty con pesar—. Eso significa que tendré que volver en busca de más información. ¡Goon estará encantado!

—¿Otra vez hay misterio? —preguntó Bets.

—Sí, Bets —replicó Fatty—. ¡Y mucho! ¡Maldito Piesgrandes! Esta noche voy a soñar con él. Realmente es un misterio cómo consigue entrar en las casas sin que le vean… quiero decir, que todos nosotros estamos vigilando, y Goon, y el panadero, y la chica del colmado, y Dios sabe cuánta gente más… para encontrar al hombre de los pies grandes… y no obstante ese individuo tiene la desfachatez de ir a mi casa, entrar por la puerta principal, dirigirse

a la de la cocina, y luego al cobertizo, para volver a salir con los objetos robados… y sin que le vea nadie.

—¡«Debe ser invisible»! —dijo Bets, convencida.

—El Caso del Ladrón Invisible… o el Misterio del Ladrón Piesgrandes —exclamó Fatty—. Es un caso raro… con montones de pistas que no conducen a ninguna parte.

Todos se despidieron antes de separarse. Fatty regresó a casa del señor Goon. Tenía que averiguar dónde pusieron el papel para entregarlo, y a qué hora fue recibido.

Llegó ante la casa del señor Goon. El policía, que ya había regresado, estaba pasando unos diez minutos deliciosos probándose una variedad de bigotes nuevos que le llegaron por correo aquel día.

Hallábase sentado delante del espejo retorciendo las guías de un bigote muy fino, cuando oyó llamar a la puerta. Fue a mirar por la ventana. Ah… era aquel niño gordito. Goon se sonrió.

Se puso un sombrero inclinado sobre la frente, y tras fruncir el ceño y retorcer aún más su nuevo bigote, se asomó a la ventana.

—¿Qué quieres? —preguntó con voz ingenua.

Al alzar la cabeza, Fatty quedó muy sorprendido al ver aquella cara. En el acto reconoció a Goon… no cabía equivocación posible con aquellos ojos de sapo. No obstante, si Goon deseaba creer que podía pasar sin ser reconocido con añadirse un bigote y fruncir el ceño, no iba a ser él quien le desengañara.

—Er… buenas tardes —le dijo Fatty, cortés—. ¿Podría hablar con el señor Goon? ¿O está ocupado?

—Está ocupado —dijo aquel rostro con voz cavernosa, y el bigote subió y bajó.

—Oh, qué lástima. Es bastante importante —manifestó Fatty.

—Iré a ver si puede recibirte —dijo la cabeza antes de desaparecer.

Fatty rio por lo bajo. Un minuto más tarde se abrió la puerta y apareció Goon sin el ceño y sin el bigote. Aquella vez le recibió amistosamente. Su disfraz había engañado a aquel niño gordito… ¡Ah, Fatty no era tan listo como se pensaba!

—Buenas tardes, señor Goon —le dijo Fatty—. ¿Le dijo su amigo que deseaba verle?

—Sí —replicó Goon—. ¿Qué quieres?

—Me olvidé de preguntarle cómo y cuándo recibió la nota —dijo Fatty—. Puede ser importante.

—No sé «ni» cuándo llegó —repuso Goon.

—Bien… ¿Cuándo la encontró? —quiso saber Fatty.

—Estaba abstraído revisando algunos papeles en la oficina —explicó Goon—. Eran muy importantes, ¿sabes? Pues bien, vinieron el lechero y el panadero y dejaron la leche y el pan como de costumbre… y cuando yo fui a la cocina a tomarme una taza de té, cogí la botella de leche… y allí estaba la nota, encima de la botella.

—Gracias —dijo Fatty—. De manera que no sabe a qué hora fue, pero tuvo que ser después de haber llegado el lechero y el panadero. ¿«Les» oyó usted entrar?

Puesto que el señor Goon había estado durmiendo toda la tarde, no oyó a nadie, pero eso no iba a decírselo a Fatty.

—Supongo que les oiría llegar —dijo—. Pero cuando estoy leyendo documentos oficiales… me abstraigo por completo. Yo creo que los repartidores llegaron a la hora acostumbrada… a las tres, poco más o menos.

—Gracias —replicó Fatty—. Eso es todo lo que deseaba saber. ¿Y entonces fue usted a casa para advertirme? Nuestra cocinera dijo que había venido usted.

—Sí. Fui en seguida —prosiguió Goon—. Como era mi sagrado deber. Es una lástima que no quieras hacer caso del aviso. No obstante, yo iré por allí esta noche.

—¡Como es su deber sagrado! —exclamó Fatty—. Bueno, me marcho. Siento haber molestado a ese amigo suyo, señor Goon.

—¡Oh, no tiene importancia! —dijo Goon satisfecho al descubrir que Fatty no había sabido ver quién era su «verdadero amigo».

—Es muy guapo, ¿verdad? —dijo Fatty en tono inocente, y Goon le dio la razón al punto.

—Sí, mucho. Y tiene un buen bigote —replicó.

—Ya lo creo —convino Fatty—. En realidad es el bigote el que le da tan buena apariencia. Sin él sería muy corriente, y la verdad, bastante feo. ¿No está usted de acuerdo conmigo?

Y antes de que el pobre Goon hubiera recuperado el habla, Fatty había desaparecido. ¡Qué niño! Era escurridizo como una anguila.

¿Y qué quiso decir exactamente con aquellos últimos comentarios?

Fatty se encaminó a su casa nuevamente, absorto en sus pensamientos. Cenó solo porque sus padres habían salido, y ni siquiera reparó en la deliciosa comida que le había preparado la cocinera, cosa que a ella le contrarió mucho, tan embebido estaba en sus pensamientos.

Después de cenar subió a su habitación y quiso distraerse leyendo una novela de misterio, muy emocionante, pero su propio misterio era mucho más interesante para él, y al cabo de poco rato tuvo que dejar el libro para volver a sus meditaciones.

«Lo que no entiendo —se dijo para sus adentros— es que todas las distintas pistas que tenemos debieran encajar como las piezas de un rompecabezas y formar la imagen definitiva del ladrón, y no es así. Y no obstante, si lograra hacer que encajasen podría resolver el misterio al momento… saber quién es el ladrón… cómo consigue pasar inadvertido… por qué no le importa dejar sus huellas por todas partes… cómo se marcha con su botín sin temor o que le cojan con las manos en la masa… y por encima de todo por qué envió ese aviso. Tiene que estar muy seguro de sí mismo y de su poder».

En cuanto se metió en la cama se quedó dormido, pero sus preocupaciones le despertaron otra vez, y entre dormido y despierto, permaneció tendido mientras su mente daba vueltas y más vueltas a todas las pistas y detalles. Todo se mezclaba en su cerebro semidormido… el carrito de lechero y la nota de aviso sobre la botella de leche… la cesta del panadero y varios pares de botas grandes… toses huecas y bigotes grandes… no tenían fin las lágrimas que aparecían en su mente.

¡Y entonces «Buster» comenzó a ladrar! Fatty se despertó del todo incorporándose.

«¡Cielos! ¿Es que aquel aviso era para advertir que el ladrón iba a entrar en la casa?», pensó Fatty poniéndose la bata. Él se imaginó que se refería al robo del cobertizo. Corrió a la planta baja y abrió la puerta principal para dejar que saliera «Buster», pues el perro había corrido hasta la puerta y lo estaba arañando.

—Bueno, si el ladrón está fuera, vas a darle un buen susto, «Buster» —le dijo Fatty, y el perro salió disparado hacia el jardín

donde se oyó un grito de angustia.

—¡Largo! ¡Lárgate! ¡Lárgate, te digo!

Fatty se echó a reír. Era el pobre Goon, que estaba allí cumpliendo solemnemente con su «deber sagrado» en plena noche. Había ido a asegurarse de que la casa de los Trotteville no había sido robada.

—¡«Buster»! ¡Ven aquí! —gritó Fatty, y el grito despertó a sus padres, a la cocinera y a la doncella. Todos se congregaron en el descansillo.

—¡Federico! ¿Qué es ese alboroto? —le dijo su padre, bajando la escalera. «Buster» estaba ya en brazos de Fatty, debatiéndose para volverse a escapar. ¡Oh, qué alegría poder salir a medianoche y encontrar a su merced los tobillos de Goon! Para «Buster» había sido una maravillosa sorpresa.

El señor Goon apareció en el umbral, muy enojado.

—Tú me has soltado el perro —comenzó a decir—. Y yo estaba cumpliendo con mi deber, guardando tus propiedades.

La señora Trotteville no estaba dispuesta a perder el tiempo con Goon.

—¿Qué quiere? —le preguntó a Fatty.

—No lo sé —dijo Fatty—. ¿Qué dijo usted que quería, señor Goon?

—No quiero nada, como sabes muy bien —replicó Goon de mala manera—. Yo sólo estaba cumpliendo con mi deber, después de ese aviso…

—¿De qué está hablando? —dijo el señor Trotteville, acercándose a la puerta.

—De un aviso —repuso Fatty.

—¿Qué aviso? —preguntó el señor Trotteville completamente despistado.

—Pues de ese aviso de Piesgrandes —dijo el señor Goon, sorprendido y sin comprender que Fatty no había dicho nada a sus padres.

—¡Piesgrandes! ¿Es que está loco? —exclamó el señor Trotteville —. Escuche, Goon, venga usted por la mañana a hablar cuanto quiera de pies grandes…, pero no a media noche. Váyase a su casa y acuéstese.

Goon lanzó un gruñido y estaba a punto de decir algo muy desagradable, cuando el señor Trotteville le cerró la puerta con firmeza.

—¿Es que está loco? —le preguntó a Fatty.

—No más que de costumbre —fue la respuesta de Fatty—. Bueno, si vuelve otra vez, soltaré a «Buster»… ¡y después no volverá muy a menudo!

Pero el señor Goon no volvió. Se marchó lleno de furor pensando todas las cosas que le gustaría hacer a aquel jovencito… sí, y a ese maldito perro también.

«Y yo estaba cumpliendo con mi deber sagrado —se dijo para su coleto—. ¡Bueno, pues que les roben, eso es, por mí ya pueden robarles!».

Capítulo XXI

Pip gasta una broma

A la mañana siguiente Fatty volvía a estar muy pesimista. Desayunóse en completo silencio ante la sorpresa de su madre.

—¿Te encuentras bien, Federico? —le preguntó.

—¿Qué, mamá? Oh, sí… muy bien —replicó Fatty—. Es que estoy pensando, eso es todo.

—Espero que no hayas vuelto a meterte otra vez en uno de esos horribles misterios —dijo la señora Trotteville.

Fatty no respondió. ¡«Se había» metido en uno… y estaba completamente perdido! Tres robos distintos… uno en su propio cobertizo… montones de pistas… y ninguna solución a menos que se decidiera a pensar que el ladrón era invisible lo cual era imposible.

«Lo peor de todo es que se está riendo de nosotros todo el tiempo —pensó Fatty, exasperado—. Yo creo que es alguien que nos conoce. ¿“Le” conocemos nosotros? Y está tan seguro de sí y de su habilidad para pasar inadvertido que incluso ha tenido la desfachatez de avisarnos dónde iba a cometer su próximo robo».

Pensó en la visita que hizo a la señorita Kay y sus grandes esperanzas al ir allí. Si aquellas botas no hubieran sido robadas, todo hubiese sido sencillo.

—Federico, tienes que ir a cortarte el pelo esta misma mañana —dijo la señora Trotteville—. Lo llevas demasiado largo.

—Está bien, mamá —replicó Fatty, que había estado esperando aquella sugerencia desde dos semanas atrás. Sabía que llevaba el cabello demasiado largo, pero así le resultaba más fácil disfrazarse sin necesidad de peluca. Podía erizarlo y peinarlo de distintas

maneras bajo el ala de un sombrero.

—Telefonea y pide hora —le dijo su madre—. Así no tendrás que esperarte.

Cuando los otros fueron a reunirse a las diez de la mañana en el cobertizo de Fatty para ver si había ocurrido algo nuevo, encontraron a su jefe muy abatido.

—Tengo que ir a cortarme el pelo —les dijo—. Volveré dentro de media hora. Podéis esperarme aquí o ir a tomar el primer helado del día mientras yo estoy en la peluquería.

—De acuerdo —replicó Larry—. ¿Ha ocurrido algo más?

—No mucho… excepto que Goon vino a medianoche para ver si nos habían robado… y yo creí que era el ladrón y le solté a «Buster». ¡Cielo, cómo se emocionó al encontrarse con los tobillos de Goon!

Todos se echaron a reír y Fatty se animó un tanto.

—Bueno, ¿qué vais a hacer? ¿Esperarme aquí? —preguntó Fatty.

—Sí. Creo que sí —dijo Larry—. Hoy estamos mal de dinero. Nos tenderemos bajo los árboles hasta que vuelvas. No tardes.

Fatty se marchó todavía abatido, y los demás se miraron unos a otros. No era agradable que Fatty estuviera pesimista. No ocurría muy o menudo, pero cuando así era su pesimismo influía en todo el grupo.

—Ojalá pudiera hacer algo para animar a Fatty —dijo Bets.

—Pues…, gastémosle una broma —dijo Pip.

—Hace demasiado calor —replicó Larry—. Ni tampoco tenemos mucho tiempo. No tardará en volver.

Pip se llegó hasta el cobertizo de Fatty mirando a su alrededor, con la esperanza de que se le ocurriese algo que hiciera reír a Fatty. Se preguntaba qué podría hacer… ¿disfrazarse de manera que Fatty no le reconociese? No, no le quedaba tiempo para vestirse a conciencia.

Sus ojos se posaron en el enorme par de zapatos que Fatty había conseguido en casa del coronel Cross y que se había negado a dejar en manos de la señorita Kay. Allí estaban, colgados de una percha por los cordones. ¡Al contemplarlos, Pip tuvo una idea!

Se sonrió. Cielos… desde luego que «tenía» una idea… que sorprendería a Fatty y a los otros, y él se divertiría. ¡Cómo iba a

engañarles!

Se quitó sus zapatos de goma guardándoselos en el bolsillo, y luego se puso los zapatones. Los pies le bailaban dentro, pero podía andar, y Pip salió cautelosamente del cobertizo sin ser visto por los otros que estaban al otro lado de un arbusto.

Sabía que Fatty volvería por la puerta del jardín cercano al cobertizo y también que allí había un parterre que acababa de ser cavado y preparado por el jardinero para plantar lechugas.

Pip pisó la blanda superficie, dando unos pasos hacia un lado, y luego otros hacia el otro. Después se detuvo para ver su obra… ¡maravilloso! ¡Parecía como si Piesgrandes, el ladrón, les hubiera vuelto a visitar dejando sus enormes huellas bien visibles!

Pip sonrió otra vez dando unos pasos más y pisando con todas sus fuerzas. Luego volvió al cobertizo sin hacer ruido y se quitó los zapatos, poniéndose otra vez los suyos. ¡Le gustaría ver la cara de Fatty cuando al volver descubriera aquellas pisadas!

Fue a reunirse con los otros.

—¿Queréis que vayamos al encuentro de Fatty? —les dijo—. Vamos. Le agradará, y el camino es corto.

—Como quieras —dijeron Larry y Daisy en seguida.

—La señora Trotteville está en el jardín, delante de la casa —dijo Pip mirando entre los árboles—. Será mejor que vayamos a saludarla.

No quería que los demás vieran entonces las preciosas huellas que había preparado, si no que fueran vistas por todos a un tiempo.

Saludaron cortésmente a la señora Trotteville y luego se fueron llegando casi hasta la peluquería antes de encontrar a Fatty, que avanzó hacia ellos bien esquilado. Como siempre, «Buster» iba trotando a su lado.

—Hola… ¿habéis venido a buscarme? —dijo Fatty, complacido—. Bien. ¡A cambio os invito a todos a helado!

—Oh, no, Fatty —exclamó Daisy—. Siempre te gastas el dinero con nosotros.

—Vamos —insistió Fatty y todos fueron a tomarse un helado.

Pip se tomó el suyo con toda la paciencia que pudo. Esperaba que los demás se apresuraran. ¿Y si el jardinero había vuelto a trabajar en el parterre borrando las pisadas? Entonces ya no habría

broma.

Por fin terminaron sus helados y volvieron a casa de Fatty. ¡Pip quería que corriesen, pero nadie corrió!

—Entonces por la puertecita del jardín de atrás —dijo Fatty como Pip esperaba—. Está más cerca.

Entraron todos. El parterre, con las pisadas, no estaba muy lejos de la puerta. Bets iba delante correteando con «Buster», y de pronto las vio, deteniéndose sorprendida.

Luego las vio Fatty, quien se detuvo en seco como si no pudiera dar crédito a sus ojos. Larry y Daisy miraron al suelo con extrañeza.

—¡Caramba! —exclamó Fatty—. ¿Qué os parece «esto»? ¡Y además recién hechas!

Pip sonrió… y quiso ocultar su sonrisa… pero nadie le miraba. Todos los ojos estaban fijos en las enormes pisadas.

—¡«Vaya»! ¡El ladrón ha estado aquí… mientras nosotros hemos salido! —exclamó Daisy—. ¡Sólo hace unos minutos!

—Allí está el jardinero… le preguntaremos quién ha estado aquí —dijo Fatty, pero el jardinero meneó la cabeza.

—Mientras yo he estado trabajando no ha venido nadie al jardín —dijo—. Y hace cosa de una hora que estoy aquí. ¡No he visto a nadie!

—¡Invisible como de costumbre! —gimió Fatty—. No lo entiendo. Entra y sale cuando quiere… y nadie le ve.

Y sacando una lupa, se inclinó sobre las pisadas. Frunció el ceño y luego sacó un librito de notas consultando sus dibujos. Al fin se enderezó.

—Es curioso —dijo—. No lo entiendo. Estas pisadas son del mismo tamaño… y el dibujo del tacón de goma es el mismo…, pero la huella no es «exactamente» igual. El ladrón no llevaba las mismas botas.

«¡Qué listo es Fatty! —pensó Pip—. Incluso ha descubierto que son las huellas de los zapatones y no de las botas que usa el verdadero ladrón. ¡Es realmente maravilloso!».

Los cinco niños fueron hasta los árboles y se sentaron. Pip tenía la cabeza vuelta porque no lograba contener su risa. ¡Qué broma! ¡Qué divertido era verles a todos tan serios y preocupados… por aquello!

—No comprendo —dijo Fatty—. No comprendo nada en absoluto. Recorrió todo el parterre sin motivo alguno. Debe ser tan loco como ladrón. Quiero decir…, ¿cuál era su propósito? Sólo darse importancia, supongo.

Pip tuvo un acceso de risa que disimuló con otro de tos, mientras Bets le miraba, sorprendida.

—¿Por qué te ríes? —le preguntó—. ¿Cuál es el chiste?

—No hay tal chiste —dijo Pip tratando de dominar su rostro, pero un instante después su boca volvía a distenderse en una amplia sonrisa y temió volver a echarse a reír.

—De un momento a otro espero ver surgir pisadas ante mí como por arte de magia —dijo Fatty, abatido—. Yo creo que voy a volverme loco.

Pip lanzó un grito rompiendo a reír al mismo tiempo que rodaba por la hierba. Estuvo riendo ante el asombro de los demás hasta que le dolieron los costados.



—¡Pip! ¿Qué es lo que te hace reír? —quiso saber Fatty.

—Es… er… oh…, no puedo decirlo —tartamudeó Pip volviendo a reír.

—Se ha vuelto loco —dijo Larry con desprecio, y Fatty miró a Pip con severidad.

—Basta ya, Pip… y dinos de qué te ríes —le dijo—. Vamos…, tú

has hecho algo. ¿Qué es?

—Oh, son esas pisadas —respondió Pip—. Las hice muy bien, ¿verdad?

—¿Qué quiere decir? —exclamaron todos y Fatty sacudió a Pip por los hombros.

—¡Yo las hice! —exclamó Pip sin poder contener la risa—. ¡Me puse esos zapatos y yo mismo las hice!

Capítulo XXII

Reunión a las dos y media

Larry, Daisy y Bets se abalanzaron sobre Pip y le estuvieron vapuleando hasta que él pidió clemencia. «Buster» se unió, al jolgorio ladrando con desafuero; sólo Fatty no dijo nada. Continuaba sentado como si se hubiera convertido en piedra.

Los otros se dieron cuenta de que Fatty no participaba del castigo de Pip, y se sentaron para mirarle, mientras Pip se enjugaba el rostro.

Fatty continuaba inmóvil como herido por el rayo mirando entre los árboles con tal concentración que impresionó a sus compañeros haciéndoles guardar silencio.

—¡Fatty! ¿Qué estás pensando? —le preguntó al fin Bets con timidez, y él se volvió para mirarla.

—Es la broma de Pip —replicó—. ¡Atiza… y pensar que nunca hubiera adivinado cómo lo hizo el ladrón! ¡Pip ha resuelto el misterio!

Los otros le miraron sorprendidos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Larry al fin.

—¿Es que «todavía» no lo veis? —repuso Fatty, impaciente—. ¿Qué hizo Pip para hacernos creer que era un ladrón de pies grandes? Se quitó sus zapatos y se puso unos grandes… y comenzó a danzar con ellos por encima del parterre. ¡Pero tiene los pies más pequeños que Bets! Sin embargo, todos caímos en el engaño.

—Empiezo a comprender —dijo Pip.

—¡Y caímos también en el engaño del ladrón, que era exactamente el mismo! —exclamó Fatty dándose una palmada en la rodilla—. ¡Somos tontos! ¡Parece mentira! Hemos estado buscando

un individuo de pies grandes, y el verdadero ladrón se ha estado riendo de nosotros todo el tiempo… un individuo de pies pequeños… ¡y manos también pequeñas!

—¡Oh…!, ¿quieres decir que se puso unos guantes grandes en las manos? —preguntó Bets—. ¿Para que la gente pensase que tenía las manos y los pies grandes?

—Claro. Probablemente empleó unos guantes usados de ésos que la gente guarda para trabajar en el jardín —continuó Fatty—. ¡Y no es extraño que dejara tantas huellas… si lo hizo «a propósito»! ¡No le «interesaba» tener cuidado! Para él, cuantas más huellas, mejor.

Ahora comenzaba a hacerse luz en todos los cerebros. ¡Tanto buscar a un hombre corpulento de pies y manos grandes, cuando debieran haber buscado todo lo contrario!

Pero ¿«quién» era el ladrón? Sabían que no era corpulento…, pero eso no les proporcionaba el nombre del ladrón.

—Supongo que aquella tos hueca era fingida también —dijo Larry—. ¿Y qué me dices de los pedazos de papel, Fatty? ¿Pertenecen realmente al misterio?

—Creo que sí —repuso Fatty frunciendo el entrecejo—. Ahora empiezo a atar cabos. ¡Yo…, «cielos»!

—¿Qué? —exclamaron todos a una.

—¡Creo que ya sé quién es! —dijo Fatty, enrojeciendo de excitación.

—¿Quién? —preguntaron todos.

—Pues…, no lo digo, por si acaso me equivoco —dijo Fatty—. Tengo que pensarlo un poco más… para ver si encajan todas las piezas. ¡Pero creo que ya lo tengo! ¡Creo que sí!

Era exasperante que Fatty no quisiera decirles nada más, y los otros le miraron tratando de leer su pensamiento.

—Si estoy en lo cierto —prosiguió Fatty—, todas nuestras pistas, incluyendo los pedazos de papel, forman parte del misterio… sí, incluso aquella extraña marca circular con las líneas entrecruzadas. Y creo que sé también cómo el ladrón pudo llevar esas botas tan grandes por todas partes sin que nadie las viera… y llevarse los objetos robados también sin que nadie lo adivinara. Caramba, es listo.

—¿Quién «es»? —preguntó Bets dando una palmada en el

hombro de Fatty.

—Escucha…, quiero ir a pensar con tranquilidad —dijo Fatty poniéndose en pie—. Es muy importante estar seguro de todos los detalles… muy importante. Esta tarde os lo diré. Nos encontraremos aquí a las dos y media.

Y dicho esto, Fatty desapareció en el interior del cobertizo, acompañado de «Buster» y cerró la puerta. Sus compañeros se miraron unos a otros, irritados. ¡Caramba con Fatty! ¡Ahora tendrían que devanarse los sesos durante varias horas!

Fatty abrió la puerta y asomó la cabeza un momento.

—Si yo puedo pensar en todo, vosotros también. ¡Sabéis tanto como yo! ¡Emplear vuestros cerebros y ver qué sacáis en claro!

—Yo no saco nada —dijo Pip dando un puntapié a la hierba—. Lo único que me satisface es que haya sido mi broma la que ha puesto a Fatty sobre la pista verdadera. Yo creo que tiene razón, ¿y vosotros? Me refiero a que el ladrón llevara unas botas demasiado grandes para él.

—Sí. Creo que sí —repuso Daisy, y todos estuvieron de acuerdo. La niña se levantó—. Bueno, vamos… Fatty no quiere que merodeemos por aquí si es que realmente piensa resolverlo todo. Vaya…, espero que lo descubra antes que Goon.

Todos estuvieron reflexionando intensamente durante las horas siguientes. Fatty pensó más que ninguno, y poco a poco fue encajando todas las piezas, y poco a poco todo se fue aclarando. ¡Naturalmente! Todas aquellas pistas extrañas encajaban formando la imagen del ladrón… y el ladrón sólo podía ser uno…, nadie más.

Aquella tarde, a primera hora, Fatty realizó una llamada telefónica. Estuvo hablando con el inspector Jenks para preguntarle si podría ir a las dos y media. El inspector demostró interés.

—¿Acaso eso significa que has resuelto el último misterio… el misterio del ladrón de los pies grandes? —le preguntó.

—Eso espero, inspector —repuso Fatty con modestia—. ¿Puedo pedir al señor Goon que venga? A él… también… ha de interesarle.

El inspector se echó a reír.

—Sí, claro. Bien. A las dos y media estaré en tu casa.

El señor Goon también fue invitado. Estaba sorprendido y nada contento, pero al saber que el inspector iba a estar presente, no tuvo

más remedio que decir que sí, que también iría. Pobre Goon… qué preocupado e intrigado pasó la mañana. ¿Es que aquel niño gordito había vuelto a tomarle la delantera?

A las dos y media llegó el inspector. La señora Trotteville no estaba en casa, como Fatty sabía muy bien, y luego llegó el señor Goon. A continuación el resto de los Pesquisidores, que se sorprendieron al ver al inspector Jenks y al señor Goon sentados en el despacho con Fatty.

—¿Por qué estáis en esta habitación? —preguntó Bets—. Nunca la usas para recibir visitas. ¿Es algo relacionado con el misterio, Fatty?

—Cierto —repuso Fatty, que estaba excitado y tranquilo a la vez. El señor Goon jugueteó con sus dedos y el inspector miró a Fatty con interés. ¡Qué niño! ¡Lo que daría él por tenerle como hombre de confianza cuando fuese mayor! Pero para eso tenían que transcurrir años.

—Ya estamos todos —dijo Fatty, que tenía a «Buster» debajo de su silla para que no molestara a Goon—. De manera que voy a empezar. Puedo decir en seguida que he descubierto quién es el ladrón.

El señor Goon masculló algo entre dientes que sonó así como: ¡Bah!, pero nadie le hizo caso y Fatty continuó:

—Teníamos algunas pistas sobre las que trabajar… unas huellas de pisadas muy grandes que siempre aparecían muy visibles y bien marcadas… y unas huellas de guantes también enormes, asimismo tan visibles que a nadie pasaron por alto. Teníamos también dos pedazos de papel, en uno había escrito Frinton, 2, y Rods, 1, en el otro. También una marca circular muy curiosa y nada más.

»Ahora bien… el caso era que nadie había visto entrar o salir al ladrón, y sin embargo, debió haber estado a la vista de todos… y al parecer tenía los pies más grandes de Peterswood con excepción de los del señor Goon, aquí presente, y los del coronel Cross».

El pobre señor Goon trató de ocultar sus pies debajo de la silla, pero sin conseguirlo.

—Bien, examinaremos cada una de las piezas —prosiguió Fatty —. Seguimos las indicaciones de los pedazos de papel y fuimos a Frinton Lea haciendo averiguaciones en todas las casas y familias

cuyo nombre comenzara por Rod. Visitamos al zapatero remendón para informarnos de quiénes llevaban zapatos grandes y él nos dijo que el coronel Cross. El señor Goon y yo fuimos a ver al coronel… por separado, naturalmente…, yo estaba arrancando hierba en el jardín cuando llegó usted, ¿verdad, señor Goon?

El señor Goon abrió mucho los ojos, pero nada dijo.

—Pues bien, fue el coronel Cross quien nos puso sobre la pista de dónde pudo haber adquirido el ladrón sus botas grandes —continuó explicando Fatty—. ¡Regala sus zapatos viejos para las ventas benéficas! Y allí supimos que el año pasado regaló un par a la señorita Kay para la subasta, y supimos que si lográbamos averiguar quién los compró, sabríamos quién era el ladrón.

Goon produjo un ruido muy curioso y volvió a carraspear.

—Aunque entonces nos llevamos un chasco —dijo Fatty—. ¡Las botas no fueron adquiridas por nadie, sino robadas! ¡Y por el ladrón, naturalmente, para usarlas en el futuro! Y eso nos llevó a un punto muerto. Sin botas, y sin ladrón, tuvimos que darnos por vencidos.

—Y entonces Pip nos gastó una broma y eso te hizo ver cómo lo había hecho el ladrón —exclamó Bets, incapaz de contenerse. Fatty le sonrió.

—Sí. La broma de Pip me hizo comprender que el ladrón también nos había gastado una broma… ¡la misma de Pip! Se puso unos zapatos grandes encima de sus propios zapatos para dejar unas pisadas enormes y hacernos creer que era un tipo gigante… y lo mismo hizo con los guantes.

—¡Ah! —exclamó el inspector—. Buen trabajo, Federico. ¡Eres muy inteligente!

—¡Así que entonces tuve que cambiar mis ideas y comenzar a pensar en un individuo «pequeño» en vez de un gigante! —dijo Fatty—. Uno que fuese a nuestras casas sin ser preguntado y sin despertar en absoluto sospechas ni recelos.

El señor Goon se inclinó hacia adelante respirando pesadamente. Los otros tenían la mirada fija en Fatty. ¡«Ahora» iba a decirles quién era el ladrón!

Pero no lo dijo; hizo una pausa como si se detuviera a escuchar algo. Todos escucharon y oyeron el clic de la puerta de la cerca, y

unos pasos que se aproximaban por el sendero que corría junto a la pared del despacho y que llevaba a la cocina.

—Si no tiene inconveniente, inspector, voy a presentarle al ladrón —dijo Fatty, levantándose, y dirigiéndose a la puerta del despacho que daba al jardín, y que abrió en el momento en que pasaba un hombrecillo menudo.

—Buenas tardes —le dijo—. ¿Quiere entrar un momento? Le necesitamos.

Y entró una figura menuda, de andar afectado, con un cesto colgado del brazo… ¡era Pío, el panadero!

Capítulo XXIII

¡Bien hecho, Fatty!

—¡Pío! —exclamó el señor Goon casi levantándose de su silla por el asombro.

El inspector alzó la vista sin inmutarse, y todos los niños se quedaron sin respiración, excepto Fatty, naturalmente. «Buster» se abalanzó sobre Pío ladrando a más y mejor.

—Abajo, «Buster», vuelve debajo de mi silla —le ordenó Fatty, y el perro obedeció.

Pío miró a su alrededor sorprendido y alarmado.

—¡Oiga! ¿Qué significa esto? —exclamó—. Tengo mucho quehacer.

—Siéntese —le dijo el inspector—. Le necesitamos unos minutos.

—¿Para qué? —preguntó Pío enrojeciendo—. Oiga, señor Goon, ¿qué significa esto?

Pero Goon no lo sabía, y continuó sentado sin articular palabra. ¡No pensaba buscarse complicaciones demostrando ser amigo de Pío!

—Pío —le dijo Fatty—. Le he hecho entrar por razones personales. Deje la cesta en el suelo…, eso es. Y quite el paño que la cubre.

Pío lo quitó de mala gana. En el cesto se amontonaban panes y panecillos, y debajo había otro paño blanco.

—Coja los panes y póngalos encima de la mesa —fue diciendo Fatty—. El paño de debajo también.

—¿Qué significa esto? —dijo Pío otra vez, pareciendo asustado —. Ya te he dicho que tengo mucho trabajo, y no me gusta tocar el pan.

—Haga lo que le dicen, Pío —le ordenó el inspector.

Pío sacó los panes inmediatamente, dejándolos encima de la mesa. Y luego quitó el paño de debajo. Fatty miró el fondo de la cesta, y en silencio fue sacando todas las cosas que habían estado cuidadosamente ocultas… ¡un par de botas y otro de guantes, muy grandes!

Los puso sobre la mesa, y Pío se desplomó en una silla, temblando.

—¡Así es cómo se las arreglaba para ir a todas partes con las botas y los guantes preparados para cualquier oportunidad que se le presentara para robar! —dijo Fatty—. Nunca sabía qué tarde iba a presentarse la ocasión… tal vez una casa en la que sólo estuviera la doncella o la señora durmiendo la siesta… y que como sabemos se le presentó.

Fatty cogió una de las botas, dándole la vuelta para mostrar al inspector el tacón de goma.

—Supongo, inspector, que tomaría usted nota del dibujo de las huellas de los parterres de «Villa Norton» —le dijo— o si no usted, Tonks… de manera que usted verá que los tacones de goma de estas botas y sus dibujos son los mismos. Eso prueba que el ladrón utilizó las botas que Pío lleva en su cesta.

Fatty volvióse hacia el tembloroso panadero.

—¿Quiere darme su cuaderno de notas… en el que apunta los encargos o llamadas telefónicas? —le dijo.

Pío frunció el ceño, pero introdujo su mano en el bolsillo y sacó una libreta de papel barato.

Fatty la cogió y luego le dijo a Goon:

—¿Lleva usted encima esos dos pedazos de papel, señor Goon?

El policía los llevaba y se los entregó. Fatty los estuvo comprobando, así como el aviso, con la libretita. El papel era el mismo, barato, delgado, y con cierta pelusilla en su superficie.

—Esos dos pedazos de papel que usted encontró en «Villa Norton», inspector, eran notas de Pío para recordar la cantidad de panes que debía dejar… dos para Frinton Lea y uno para los Rodways. Parece ser que toma nota de los encargos y los pone en la cesta para acordarse. El viento debió hacerlos caer en el jardín de «Villa Norton».

—¡Bah! —exclamó Goon otra vez mirando el papel y las notas —. ¡Nunca se me ocurrió pensar que fueran eso… notas de pedido!

—Ni a mí tampoco —confesó Fatty—. Hasta que comencé a atar cabos descubriendo que todo señalaba a la misma persona… ¡a Pío!

—Espera un momento —intervino Larry—. ¿Cómo explicas lo que más nos ha intrigado en el robo de «Villa Norton»… cómo se las arregló el ladrón, es decir, Pío… para bajar sin ser visto por Jinny?

—Eso es fácil —replicó Fatty—. Se deslizó por la ventanita del cuarto trastero, y luego por la cañería hasta el suelo. Es lo bastante pequeño para pasar por esa ventana sin gran dificultad.

—Sí…, pero, aguarda, Fatty… esa ventana estaba «cerrada» cuando Tonks y yo fuimos a registrar la casa —dijo el inspector—. No pudo salir por allí y cerrarla desde fuera… ¡colgado de la cañería!

—No la cerró entonces —explicó Fatty con una sonrisa—. Se deslizó por la cañería y luego fue corriendo al sitio donde había arrojado los objetos robados, los metió en la cesta debajo del paño blanco… se quitó las botas que se había puesto encima de los zapatos… y con la osadía de un león fue a la puerta trasera… apareciendo como Pío, el panadero.

—Y cuando subió arriba con Jinny para buscar al ladrón, cerró la ventanita por donde había escapado —exclamó Larry, comprendiéndolo todo de repente—. Cielos, qué listo ha sido. «Él» era el ladrón… y luego entró en la casa después del robo fingiendo buscar al ladrón… ¡y todos le creímos tan valiente!

—¡Bah! —exclamó Goon mirando a Pío con rencor—. ¿Se cree muy listo, eh? Embaucando a todo el mundo con mentiras… y haciéndose pasar por un héroe también…, buscando a un ladrón que estaba dentro de sus propios zapatos.

—Desde luego que arrojó tierra a los ojos de todo el mundo —dijo Fatty—. Fue un truco muy hábil que precisaba gran osadía y una mentalidad rápida. Es una lástima que no emplee su inteligencia en una causa mejor.

—Fatty… ¿y la marca circular… con líneas entrecruzadas? —le preguntó Bets—. ¿También era una pista?

—Sí —repuso Fatty con una sonrisa—. Sal un momento y te enseñaré cómo hizo esa señal. ¡Me hubiera dado de cachetes por no

habérseme ocurrido antes!

Todos se congregaron alrededor de la puerta, excepto Pío, quien continuó sentado, mordiéndose las uñas. Fatty llevó la cesta hasta la puerta, dejándola sobre una parte húmeda del sendero, y luego volvió a levantarla.

—¡Mirad! Ha dejado una marca redonda… y con líneas entrecruzadas —exclamó Daisy—. ¡Oh, Fatty…, qué listo eres!

—Atiza… «yo» vi esa marca en la casa de los Rodways —exclamó Pip de pronto—. ¿No te acuerdas, Larry… cuando estuvimos en la casa hablando con la vieja? Llegó el panadero y dejó la cesta fuera cuando entró a dejar el pan. Y cuando se hubo marchado, yo vi la señal que había dejado su cesta y me recordó algo… claro… ¡era el dibujo del cuaderno de Fatty!

—Eso es —dijo Fatty—. Esa marca aparecía siempre en todos los lugares donde se cometía un robo… porque Pío tenía que dejar la cesta en alguna parte, y si estaba en un camino polvoriento o húmedo, la pesada cesta siempre dejaba su marca. ¡Por eso encontramos esa marca circular en cada robo! ¡Si hubiéramos adivinado lo que era, pronto hubiésemos estado sobre la pista!

Habían vuelto a entrar en la habitación, y Fatty puso de nuevo los panes en la cesta envueltos en sus paños.

—No me extraña que Pío fuese tan meticuloso en poner siempre un trapo blanco sobre el pan —dijo—. Le era muy conveniente para ocultar lo que llevaba debajo… no sólo las botas y guantes… ¡sino todo lo que robaba!

—Muy listo —exclamó el inspector—. Llevaba las cosas que necesitaba para robar, además del pan, y aún le quedaba sitio para su botín… todo convenientemente escondido debajo de un paño blanco de aspecto inocente… ¿De dónde saca usted esas ideas, Pío?

Pío nada dijo, y se quedó mirando tristemente sus pulidas botas con sus polainas.

—¿De dónde sacó usted esas botas grandes, Pío? —le preguntó Fatty—. Oh, no necesita molestarse en contestar. Su prima, la señorita Kay, dirige la subasta benéfica, ¿no?, y usted las vio y se las llevó. Dios sabe cuántas veces habrá llevado esas botas en la cesta esperando encontrar una oportunidad para ponérselas y gastar la broma de los pies grandes.

—Yo no las robé —dijo Pío—. Pagué por ellas.

—¡Sí…, pagó cuatro pesetas! —dijo Fatty—. Para que todo el mundo pensara que era un individuo generoso y amable, que pagaba unas botas viejas que habían sido robadas de una subasta benéfica. Yo lo supe y me hice cruces. No me pareció digno de usted.

El señor Goon aclaró su garganta.

—Creo que estará seguro de que ese hombre es el ladrón, inspector —dijo Fatty.

—Bueno, ¿qué le parecen las pruebas, Goon? —le dijo el inspector en tono grave—. Usted también se encargaba de este caso, ¿verdad? Debe haber formado alguna opinión propia. No dudo de que usted también sospechaba de Pío.

El señor Goon tragó saliva un par de veces dudando si debía decir que sí, que «había» sospechado de Pío. Pero al ver la mirada de Fatty fija en él, decidió no hacerlo. Tenía miedo de Fatty y de su agudeza.

—Pues, no, inspector…, no puedo decir que sospechara del panadero —dijo—, aunque ya iba llegando a ello. El señorito Trotteville se me ha adelantado, inspector. ¡Mala suerte para mí! He probado todos los trucos que me enseñaron en el cursillo… los disfraces y demás… y…

—¡Señor Goon! ¿De veras se ha disfrazado usted? —exclamó Fatty simulando sorprenderse—. Escuche…, ¿no sería usted aquel vagabundo sucio? ¡Vaya… si lo era, qué bien me engañó!

Goon miró a Fatty. ¡El viejo vagabundo! Vaya, seguro que era el propio Fatty que había circulado con aquellos andrajos de vagabundo… sí, y que se comió su bocadillo bajo las ventanas del señor Goon. ¡Bah!

—Llévese a Pío, Goon —le dijo el inspector Jenks poniéndose en pie—. Disponga que sea otro quien reparta el pan, o esta tarde nadie podrá tomar el té. Pío, le veré más tarde.

Pío se marchó con el señor Goon. Al lado del corpulento policía aún se veía más menudo. Toda su pedantería había desaparecido. Ya no era aquel gallito presumido… sino más bien un tímido gorrioncillo.

El inspector Jenks sonrió a todos y «Buster» saltó hacia él.

—Buen trabajo. Pesquisidores —les dijo—. Muy bueno. ¡La verdad… estupendo… como dice mi ahijada Hilaria! Y ahora, ¿qué os parece si fuésemos a tomar un helado a cualquier parte? Me estoy derritiendo.

—Ooooh, sí —exclamó Bets, colgándose de su brazo—. Sabía que iba a decir eso, inspector. ¡Lo veía venir! Se lo aseguro.

—Caramba…, algún día serás tan buena adivinadora como Fatty, pues ya sabes lo que la gente piensa —dijo el inspector—. Bien, Federico, estoy satisfecho de ti… y de todos vosotros… desde el principio al fin.

De manera que mientras saboreaba un helado doble la oyó con interés y deleite.

—Es una historia curiosa, ¿verdad? —dijo Fatty cuando hubo concluido—. ¡La historia de un hombrecillo pedante que se creía muy listo… pero que las botas le quedaban grandes!

Bets lanzó una carcajada al oír la última frase.

—¡Sí! Por eso tuvo que ponerse botas del cuarenta y cinco…, pero al fin eso le descubrió.

—Sí —replicó Fatty—. Bueno…, ya hay otro misterio resuelto… y hay que prepararse para el próximo. ¡Puede que sea el más difícil de todos!

FIN



ENID BLYTON. Escritora inglesa nacida el 11 de agosto de 1897 en East Dulwich y fallecida el 28 de noviembre de 1968 en Londres. Su nombre completo fue Enid Mary Blyton, aunque publicó tanto con su nombre de soltera, Enid Blyton, como con el de casada, Mary Pollock. Es una de las autoras de literatura infantil y juvenil más populares del siglo XX, siendo considerada por el «Index Translationum» como el quinto autor más popular del mundo, ya que sus novelas han sido traducidas a casi un centenar de idiomas, teniendo unas ventas de cerca de cuatrocientos millones de copias. Sin embargo, ha sido habitualmente ninguneada por la crítica, que la ha acusado de repetir hasta la saciedad modelos narrativos y estereotipos. Es principalmente conocida por series de novelas como

Los Cinco y *Los Siete Secretos* (ambas ciclos de novelas cuyos protagonistas son jóvenes que forman una pandilla y que desentrañan misterios) o *Santa Clara*, *Torres de Malory* y *La traviesa Elizabeth* (ciclos ambientados en internados femeninos, la otra constante de su narrativa).